

Thomas Keating

**CRISIS DE FE,
CRISIS DE AMOR**

THOMAS KEATING

**CRISIS DE FE,
CRISIS DE AMOR**

Quiero expresar mi gratitud más sincera a St. Bede's Publications, Petersham, Mass. Por conservar, durante tantos años, la anterior edición de *Crisis of Faith*, y a Bonnie Shimizu por ayudarme a actualizar esta nueva edición.

INDICE

PRÓLOGO

Primera Parte LA CRISIS DE LA FE

1. EL COMIENZO DE UNA NUEVA RELACIÓN CON CRISTO.
2. PROFUNDIZANDO EN LOS NIVELES DE COMPROMISO.
3. EL SENTIMIENTO DE LA AUSENCIA DE DIOS
4. LA PURIFICACION DE LA FE
5. EL SILENCIO DE JESUS
6. EL TIEMPO SE HIZO PARA LA ESPERA
7. LÁZARO
8. MARTA Y MARIA
9. EL OBJETIVO DE LA CRISIS DE FE

Segunda parte LA CRISIS DE AMOR

10. UNA FE GRANDE PROVOCA UN GRAN AMOR.
11. EL DESARROLLO DE LA ATENCIÓN ESPIRITUAL.
12. LOS SENTIDOS ESPIRITUALES.
13. EL IMPULSO DE LA ESPERANZA HACIA EL AMOR.
14. EL ÓBOLO DE LA VIUDA
15. LA RECOMPENSA DEL ÓBOLO DE LA VIUDA.
16. LA PLENITUD DE LA CRISIS DEL AMOR
17. LA MAYOR GRACIA DE JUAN
18. LAZARO: SÍMBOLO DE DESPERTAR CRISTIANO.

Tercera Parte: LA FORMACION DEL DISCIPULO

19. PEDRO: LA FORMACION DEL DISCÍPULO

PRÓLOGO

Esta nueva edición de Crisis de Fe es esencialmente idéntica a las ediciones anteriores. Los pequeños cambios que se han efectuado han intentado subrayar con mayor énfasis los progresos en el itinerario espiritual, tal y como nos los presenta el evangelio.

En otros libros he intentado presentar modelos del camino espiritual en un lenguaje actual, apoyándome, entre otras disciplinas, en la psicología evolutiva y la antropología, para expresar la riqueza que la tradición contemplativa cristiana tiene para nuestros tiempos. Pero esa tradición hunde sus raíces en el evangelio, y es ahí donde el Maestro diseña el itinerario. La riqueza de la tradición contemplativa cristiana procede de las instituciones y el ejemplo de aquellos hombres y mujeres que a lo largo de los siglos han vivido en consonancia con el modelo presentado sobre todos los evangelios.

El proceso de transformación cristiana que ahora presentamos como la crisis de la fe y la crisis del amor se fundamenta en los escritos místicos posteriores, especialmente San Juan de la Cruz y su doctrina de la noche oscura del alma y del espíritu. La elección de los términos y de las imágenes subrayan, con frecuencia, algunas intuiciones o puntos de vista, pero el itinerario es fundamentalmente el mismo.

La interpretación de los textos de la Escritura es inagotable y, lo mismo que los midrash de la tradición judía, el sentido espiritual que los Padres de la Iglesia dieron a la Escritura ha sido utilizado una y otra vez para subrayar algunas intuiciones que pueden ser útiles en las diversas etapas del camino espiritual. Esta rica tradición narrativa, me parece, puede ser utilizada para esbozar un itinerario evangélico del camino espiritual, mostrando los progresos de la transformación allí diseñada, toda vez que nuestra capacidad de escucha de la palabra de Dios se ha agudizado gracias a la práctica de la lectio divina y al hábito de la oración contemplativa.

PRIMERA PARTE

LA CRISIS DE LA FE

EL COMIENZO DE UNA NUEVA RELACIÓN CON CRISTO

Pentecostés es la fiesta de la madurez espiritual. No son muchas las personas que valoran esta fiesta, y algunas no tienen ni idea de su significado. Ser capaz de hacerlo implica muchas cosas: un poco de teología, algunos conocimientos de liturgia, y sobre todo, experiencia personal.

Existe una analogía entre el crecimiento espiritual y el crecimiento que acontece en el curso normal de la vida humana. Al acercarnos a la adolescencia y a la adultez pasamos una crisis. En la pubertad, cuando un niño está a punto de convertirse en adolescente, tiene lugar en él una serie de cambios extraordinarios. Y estos cambios son aún mayores cuando un adolescente se acerca a la edad adulta.

Jesús nos dijo muy claramente que, por muy maduros que seamos, tenemos que hacernos como niños para entrar en el reino de los cielos. Esta es una ley de crecimiento de la vida de la gracia.

Recordemos la comida a la orilla del lago de Tiberíades (Jn 21: 1-14) es uno de esos acontecimientos, de los muchos que ocurren entre Pascua y Pentecostés, en los cuales percibimos cómo los discípulos del Señor alcanzan la mayoría de edad. Ellos tuvieron el privilegio de experimentar tantas cosas en unas semanas, que pasaron de la infancia a la madurez espiritual en cincuenta días. Claro que tenían motivo para hacer un curso intensivo. Pero la experiencia nos dice que, si aquel Pentecostés duró cincuenta días, a los cristianos el nuestro nos dura cerca de cincuenta años.

En esa escena vemos a Simón Pedro amablemente rechazado. Estaba acostumbrado a tratar a Jesús de un modo bastante libre y desenfadado. En esta ocasión, salta de la barca, nada hasta la orilla, y llega corriendo a Jesús, chorreando. No sé lo que esperaba oír, o cómo esperaba ser recibido, pero Jesús le dice que se lo tome con calma. No hay prisa. El desayuno está preparado... "Ve y trae un par de peces de los que acabaís de pescar". Y tiene que ir a ayudar a los otros, que han traído la barca hasta la orilla y que están contando los peces: ciento cincuenta y tres. Seguramente tardaron un rato en contarlos.

Un halo de misterio rodea esta escena. Nadie se atreve a preguntar al misterioso personaje "Tú quien eres?", sabiendo que es el Señor. Su presencia les impone respeto. Empiezan a comprender que algo ha cambiado. Tienen que mantenerse en la segunda fila y dejar al Señor que haga lo que quiera. Le toca a Él llevar la iniciativa. Su manera humana de tratarle, la forma de relacionarse con

Él, se ha acabado, y no saben cómo actuar. Todavía no han aprendido otra manera de comunicarse con Él.

Por fin Él les llama: “Venid a desayunar”.

Ellos se sientan alrededor de la hoguera que él ha preparado. Sabe lo agotados que están después de haber bregado toda la noche. Está claro que se preocupa por ellos. Y sin embargo no es lo mismo. No pueden hablar con Él con la misma libertad que antes. Este es el dato que nos ofrece el evangelio: tiene lugar un cambio significativo en la relación de los discípulos con el Maestro.

Lo mismo le pasó a María Magdalena en el huerto, cuando Jesús se le apareció después de la resurrección (Jn. 20, 11-18). Ella se arrojó a sus pies -¿o a sus brazos? Al cabo de un rato, Jesús dijo: “Bueno, suéltame ya. ¿No comprendes que he resucitado de entre los muertos? Nuestra relación ha cambiado. Voy a subir a mi Padre y vuestro Padre. Ve y díselo a los discípulos”.

La relación humana anterior, a la que ella estaba acostumbrada, se ha acabado. Él le hace comprender suavemente que ahora es distinto. María tiene que establecer una nueva relación con Jesús basada en el nuevo nivel de crecimiento espiritual que la resurrección le ha conferido y que la ascensión está a punto de plenificar.

Por último, Tomás pone en cuestión el hecho de la resurrección de Jesús (Jn. 20, 19-25). Cuando ve a Jesús resucitado, escucha esta paradoja: “¡Cuánto mejor hubiera sido que no me vieras y que hubieras creído! ¿Habrías sido mucho más feliz! Habrías madurado mucho más si hubieras aceptado mi resurrección interiormente, en la fe, en vez de empeñarte en una presencia exterior que pudieras ver y tocar”.

A nosotros nos pasa lo mismo que les ocurrió a los discípulos durante aquellos cincuenta días transcurridos entre Pascua y Pentecostés. En un determinado momento de nuestra maduración espiritual Jesús nos pide que nos adaptemos a una nueva relación con Él. Dado que esto ocurre sin previo aviso, pocas personas tienen conciencia de ello cuando les acontece. Sucede poco a poco, lentamente, pero con certeza. Sin embargo, podemos estar tan distraídos interiormente que nunca lleguemos a adaptarnos a una nueva relación con Jesús, y no lleguemos a forjar la que Él quiere tener con nosotros. Todo este proceso puede escapársenos. Algunas personas que han recibido un don especial para la oración pueden llegar a perderlo, porque cuando llega la transición se dejan vencer por el activismo, se agotan o chocan con un obstáculo que les impide forjar esta nueva relación.

Tenemos que forjar relaciones nuevas no sólo con Jesús, sino también con los demás. Muchos creamos dependencias en el ámbito exterior de nuestra vida espiritual. Es decir, que dependemos de *alguien*. Ese alguien puede ser el superior religioso, o el maestro de novicios, o el párroco, o el confesor, un director espiritual o un amigo muy querido y valorado. Pero a todos nos llega esa inevitable transición de la infancia a la adolescencia, el momento que nos describen los evangelios en los pasajes que hemos mencionado. Podemos fallar, y no tener éxito en esta transición a causa de la ceguera o de la incapacidad para aceptar un

buen acompañamiento, por falta de acompañamiento, o por un acompañamiento inadecuado.

A veces, las personas que atraviesan esta etapa de perplejidad y de sufrimiento experimentan gran sequedad y sienten la tentación de distraerse para evitar la angustia de buscar a Cristo en la oscuridad de la fe. Un acompañante espiritual debería ser capaz de no confundir una depresión psíquica con una crisis de crecimiento espiritual en la que la acción de Dios tira por tierra todos los falsos valores. Si a las personas que atraviesan esta etapa se les dice que se lo tomen con tranquilidad, a lo mejor tienen el valor para enfrentarse a esta transición. Pero si perseveran en la oración, avanzarán hacia la nueva libertad. Esta victoria sólo se consigue pagando un precio muy alto, normalmente alguna forma de muerte: en este caso la muerte de unas relaciones y de una vida espiritual superficiales y centradas en uno mismo.

Con frecuencia, las personas que tienen una excelente relación con los superiores, los pastores o los directores espirituales llegan a experimentar alguna forma de incompreensión, quizá se las coloca en un puesto en el que se espera que tengan, y en el que deben tener, una opinión personal. Empiezan a ver la situación de manera distinta a como la ve su confidente espiritual, y se buscan un problema. De repente, sus hasta ahora confidentes parecen distintos, humanamente un desastre. Parece casi actúan mal, que hay cosas equivocadas en su teología moral, o en su sentido de la justicia social. ¡Y chocan! Y entonces piensan que aquella relación tan maravillosa ha muerto para siempre.

Lo que hay que hacer es sencillamente comprender que la antigua relación se ha acabado, y que Dios quiere que se acabe, y que elaboremos una nueva relación fundada en un nuevo crecimiento, en una nueva madurez. Cuando llega el momento de este crecimiento, todas las facetas de la propia vida tienen también que progresar. Ello implica una gran lucha. A veces parece imposible superarla. Dios nos ayuda, si somos fieles, a que acabamos venciendo.

Desgraciadamente, hay bastantes personas que no salen adelante, y se convierten – no hay otra palabra – en amargados. Miran todo esto con acritud. Es el viejo problema del cordón umbilical, en el nivel psicológico. Cuando empiezan a crecer, sienten que algo no funciona. Era todo tan encantador y tan tierno en la relación anterior, sea ésta una consolación sensible, una sintonía encantadora con el superior, o aquel ánimo y consuelo que nos venían de nuestro director espiritual.

Dios mira con simpatía a las personas que atraviesan esta crisis en su vida espiritual. Ellas no saben lo que les pasa, y se concentran en la desintegración de lo que aman, más que en el verdadero crecimiento espiritual que se está realizando en ellos.

Hay situaciones trágicas en las que algunas personas, en vez de crecer, se autoconvencen de que todo el mundo está equivocado. Cuando se les habla de esta transformación pueden reaccionar amargamente para siempre. Esto es lo que pudo haberle pasado a Judas. Se negó a crecer; rechazó avanzar hacia una nueva y más profunda relación con Cristo.

Crecer, madurar, es algo magnífico, a pesar de los riesgos que implica. Si lo miramos desde el lado positivo, firmemente convencidos de que es normal que tengamos que forjar nuevas relaciones, nuestras crisis de fe resultarán una invitación a entrar más profundamente en el corazón de Cristo. La propia transición impide que las personas que antes nos ayudaban continúen haciéndolo. Madurar consiste también en independizarse – no de todo el mundo, sino de aquellos de los que dependemos demasiado de manera que dependamos por completo del Espíritu Santo. En eso consiste la madurez.

PROFUNDIZANDO EN LOS NIVELES DE COMPROMISO

La semilla de nueva vida que se nos ha dado con la pasión, muerte y resurrección de Jesús lleva en sí un dinamismo, y por lo tanto debe crecer y llegar a la madurez. Debemos dejarle espacio para que crezca.

Esta nueva vida no se impone sobre nuestra naturaleza como un ático sobre un apartamento. Al contrario. Para que esta nueva vida crezca necesita el espacio que ocupa el viejo edificio. Esto implica una total demolición, o, por lo menos, una renovación completa de arriba abajo.

Imaginemos que alguien tiene un solar en Wall Street en el que se alza una vieja vivienda. Sería demasiado caro comprar otro solar y construir un edificio nuevo junto al viejo. Lo lógico sería demoler el edificio antiguo y construir el nuevo en su lugar.

La única parcelita en toda la creación sobre la que Dios nos ha dado poder y responsabilidad somos nosotros mismos. En ese espacio sólo hay lugar para un edificio: el que nosotros hemos edificado, o el que Dios quiere construir. Hay que elegir.

La crisis de la que hablamos no se limita a un par de acontecimiento. Lo mismo que en el tránsito de la adolescencia a la adultez, también en este momento tienen lugar una serie de experiencias, cada una fundamentada en la anterior, y cuyo conjunto da origen a una etapa de la vida nueva y estable.

En el proceso de la maduración espiritual tienen lugar dos grandes crisis. La fe y el amor son los centros alrededor de los cuales gravitan estas dos crisis. Evidentemente, las virtudes teologales están orgánicamente relacionadas entre sí – el crecimiento de cada una implica el de las demás. Es más bien cuestión de énfasis. En la primera crisis, el énfasis se pone en el crecimiento, la purificación y el fortalecimiento de la fe; en la segunda, en el crecimiento, la purificación y la profundización del amor.

De momento, vamos a detenernos sólo en la primera crisis, la de la fe. El Evangelio de Juan nos narra la siguiente escena (Jn 4, 46-54)

Jesús iba camino a Caná. Se le acercó un funcionario real de Cafarnaún, suplicándole: “Ven y cura a mi hijo”.

Jesús se resistía a acudir, diciendo: “Si no veis señales llamativas de poder, no creéis”.

Pero el hombre gritó desesperado: “Señor, ven. Mi hijo está muriéndose”.

Jesús respondió: “Vete, Tu hijo está curado”. El hombre se marchó, y a la misma hora en que Jesús pronunció estas palabras –el evangelio tiene cuidado en subrayar este hecho – el muchacho quedó sin fiebre.

Otra escena, esta vez en Cafarnaúm ((Mt. 8, 5-15). Se acercó un centurión y dijo a Jesús: “Mi siervo está enfermo y sufre mucho”.

Jesús dijo: “Iré enseguida y le curaré”. El centurión replicó: “No, di una palabra y mi siervo se curará. Yo no soy digno de que entres en mi casa”.

En estas dos escenas vemos cómo Jesús trata a dos hombres con distintos niveles de fe. El primero creía en el poder de la presencia de Jesús. Su débil fe requería la presencia física de Jesús. No creía que Jesús pudiera curar a su hijo sin acercarse a él e imponerle las manos. Es un símbolo de aquellos que necesitan sentir la presencia sensible del Señor, por lo menos de vez en cuando, para sostener su fe. ¿Y qué hace Jesús? se niega a ir.

¿Por qué? Porque la ausencia de su presencia física va a ser la ocasión de que aumente la fe de este hombre. Cuando el funcionario real volvió a Cafarnaúm fiándose de la palabra de Jesús y encontró que todo había ocurrido como Él le había dicho, creyó en el poder de su sola palabra. Repito, la ausencia de la presencia sensible del Señor es el medio normal que Él utiliza para aumentar nuestra fe y llevarnos a creer en el poder de su sola palabra, sin “señales y prodigios”, es decir, sin el sentimiento de su presencia ni de andamios exteriores.

Jesús plantea al funcionario real una crisis de fe, y con éxito. A partir de entonces, creyó. De hecho, toda su casa se benefició de su crecimiento en la fe.

El centurión tenía más fe. Él ya creía en el poder de la sola palabra de Jesús. Por eso Jesús estaba dispuesto a ir con él y se muestra más condescendiente. Esto dio al centurión la oportunidad de manifestar su mayor fe.

A Jesús le sorprendió y le encantó esta manifestación de fe. Dijo: “No he encontrado tanta fe en Israel”.

Luego dijo al centurión: “Querido amigo, puesto que crees, tendrás todo lo que quieras”.

Jesús revela sus secretos en los detalles de estos dos relatos del evangelio. Merece la pena que los estudiemos con cuidado. Él desea de verdad darnos sus dones, pero nuestra debilidad y nuestra psicología necesitan que actúe con precaución, con una cierta diplomacia. Él solo puede darnos lo que nosotros somos capaces de recibir en cada momento. Los acontecimientos que Él quiere o permite que nos sucedan, si respondemos con fe, le dan la oportunidad de aumentar nuestra fe. No acudió junto a la cama del hijo del funcionario real porque éste necesitaba que su fe aumentara antes de que Jesús pudiera ponerse, por así decirlo, a su disposición.

Nosotros no somos muy diferentes de nuestros amigos del evangelio. Cada uno somos, más o menos, un problema para Jesús. Él nos responde según el nivel de fe que tenemos en cada momento.

La crisis de fe no solo trastoca nuestra relación con el Señor, también cambia todas nuestras relaciones. Con nuestros vecinos, con nuestro jefe, con aquellos a los que intentamos ayudar.

Pongamos un ejemplo. Pensemos en alguien que se encuentra en el mismo momento espiritual que el funcionario real. Tiene gran fe en Jesús, gran ánimo en el servicio de Dios, es un cristiano ejemplar; pero únicamente cuando está sostenido son sólo por la fe en la palabra de Jesús, sino además por experiencias consoladoras. Se entusiasma en la liturgia de algunas fiestas, sobre todo si el coro canta bien.

Jesús piensa: "Creo que esta persona ha permanecido durante suficiente tiempo en la infancia. Veamos si puede hacer un pequeño esfuerzo y caminar con sus propios pies". Y entonces le quita el consuelo de su presencia.

Asimismo, puede haber alguien que esté ayudando mucho a otra persona. Y Jesús se pregunta: "¿Hasta qué punto este colega está sirviéndome de verdad, y hasta qué punto se está apoyando en el otro individuo? ¿De verdad confía en mí? Bien, vamos a averiguarlo".

Se puede producir una desavenencia. Por ejemplo, pensemos en una crisis de obediencia en la vida de un joven religioso. El superior le pide que haga algo que interfiere con el programita de consolaciones sensibles que él mismo se ha trazado. Quiere paz y tranquilidad y eso implica un trabajo sin ningún tipo de responsabilidad. Y llega este encargo que amenaza sus planes. Y entonces suplica al Señor: "¡Mi nido está en peligro! ¡Ven a salvarme!".

Pero el Señor contesta: "Dudo que me sirvas, sin todas esas consolaciones. Dudo que tu fe aguante".

Pero él grita más fuerte: "¡Ven! ¡Ven!".

Jesús contesta: "Cuidaré de ti sin acudir. Cree que todo va bien y que yo controlo la situación, y vete en paz".

Entonces se le presenta un dilema: "¿Creeré en el Señor? ¿Me apoyaré o no en Él? Esa es la crisis.

No hay sólo una crisis, sino toda una serie de ellas, una tras otra. Después de las diez primeras pueden quedar otras ocho. Afortunadamente, Dios continúa pidiendo, continúa volviendo, continúa conduciéndole como un padre hace con su hijo pequeño al que está enseñando a andar. Da unos pasos, cae, se levanta, y da unos pasos más.

¿Cuántos tienen el valor y la fe del funcionario real, que en cuanto Jesús dice "Bueno, se acabaron todas estas consolaciones y andamios", se dan la vuelta, se conforman, y retornan a Carfanaún?

Otro relato más nos muestra el modo en que Dios actúa, esta vez con sus amigos. Me refiero a la familia de Betania que Jesús quería tanto. Lázaro estaba muy enfermo y María y Marta enviaron un mensaje a Jesús, diciéndole: "Señor, tu amigo está enfermo".

Lázaro estaba muriéndose, y sus dos hermanas deseaban ardientemente que se curara. Y sin embargo, no pidieron nada. Únicamente expusieron el problema. Creían en el poder de la presencia física de Jesús. Evidentemente creían también en el poder de su sola palabra, puesto que no le pidieron que acudiera. Él estaba muy ocupado, y ellas no querían molestarle. Todo lo que hicieron fue decirle: "Este es el problema. Tu verás".

El evangelio dice que “Jesús amaba a Marta, a María y a Lázaro”. Pero la frase siguiente resulta extraña. “Cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, se demoró dos días más”.

En su cabeza tenía otro plan. Él sabía que podía confiar en estos amigos. Vio en este acontecimiento una buena ocasión para aumentar su fe y su amor. Quizá había estado esperando una ocasión semejante durante mucho tiempo. Sabía que estaban deseando que fuera. Él los quería. Y sin embargo, “se demoró dos días” – es decir, los ignoró durante dos días.

Si Dios te quiere mucho no esperes que vaya a acudir en el momento que lo necesites. Al contrario parecerá que no acude. Pero lo hace más de lo que pensamos. Tiene todo planeado. Aparenta desinterés. Parece ignorante. Y esta es la señal más segura de que algo maravilloso va a ocurrir. Cuando Jesús acudió por fin a Betania, resucitó a Lázaro de entre los muertos.

EL SENTIMIENTO DE LA AUSENCIA DE DIOS

El evangelio nos narra, de una manera muy sencilla, y mediante acontecimientos simbólicos, como la vida de la gracia, que hemos recibido en el Bautismo, crece desde la infancia hasta la madurez. La curación del hijo del funcionario real y la del siervo del centurión son dos ejemplos de esta manera simbólica de enseñar. Nos muestran la actitud de dos personas con distintos niveles de fe y cómo Jesús actúa con ellos según la fe de cada uno. Volvamos a esos relatos.

La narración de la curación del hijo del funcionario real empieza con estas palabras: “Vino otra vez a Caná de Galilea, dónde había convertido el agua en vino”.

Esto trae a colación otro acontecimiento – la conversión de agua en vino (Jn 2, 1-11). ¿Qué pasó, y por qué Juan menciona el milagro de Jesús, cuando va a relatar el segundo?

Si recordamos, en unas bodas hubo un problema con el vino. El vino se acabó, y María, la madre de Jesús, se preocupó por ello. Habló de ello a Jesús y tras alguna vacilación, éste finalmente accedió y convirtió en vino una enorme cantidad de agua.

Este es uno de los relatos más simbólicos del evangelio de Juan, y el punto de partida para los demás milagros. Según San Agustín, el agua simboliza la antigua Ley y el vino la nueva. El evangelio es el vino nuevo, la gracia de Cristo que ha venido a nosotros mediante la intercesión de la madre de Jesús.

La conversión del agua en vino no es la conversión del agua en un agua mejor. Es la conversión de una sustancia en otra, en algo completamente distinto. Y este es precisamente el núcleo de este segundo milagro, y la razón por la que Juan recuerda el primero. Lo que verdaderamente acontece en este relato consiste en que un hombre realmente se transforma de lo que es, que era algo muy común, en alguien completamente nuevo, muy bueno. Cristo ha venido, nos dice el milagro de Caná, para transformarnos – a la criatura humana en divina, al agua en vino, a algo más pequeño en algo mayor – al precio de dejar de ser lo que éramos antes.

“Vino de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino” (Jn 4, 46-54) Entonces se nos narra la escena en la que un hijo de un funcionario real está postrado en cama en Cafarnaúm con mucha fiebre. Su padre, preocupado, al oír que Jesús había vuelto de Judea a Galilea, va a buscarle, y le suplica que vaya a curar a su hijo, porque cree que está muriéndose.

“Si no veis exhibiciones llamativas de poder, no creéis” le dice Jesús. fue sin duda un reproche. Hay mucha ironía en las palabras “exhibiciones de poder”. Casi tenemos la impresión de que Jesús desprecia sus propios milagros. Para los que no creen como es debido, son vergonzosamente necesarios. En ese momento, es incuestionable que Jesús está planteándose convertir la fe débil de este hombre en algo nuevo. Es un rechazo, sin duda. Jesús subraya exactamente qué es lo equivocado en la petición de este hombre: su falta de fe.

Pero Jesús, al rechazar aparentemente su petición, aumenta su deseo. Y el hombre suplica: “¡Ven Señor, antes de que muera mi hijo!”.

Y Jesús le asegura: “Vete, tu hijo está curado”.

“El hombre creyó lo que Jesús le dijo y volvió a su casa”. No se le pasó por la cabeza hasta el momento que Jesús podía curar a su hijo sin estar presente.

El que Dios nos retire su presencia sensible pretende aumentar nuestra fe, y mientras que no cese esa presencia sensible no podemos avanzar, y permanecemos en el pobre nivel simbolizado en el funcionario real.

Me pregunto que pensaría este hombre mientras volvía a su casa. Por primera vez en su vida había tenido fe en la palabra de Jesús. Hasta ese momento confiaba solamente en el poder de Jesús como hombre. Quizá había oído hablar del milagro en Caná. Ahora tenía fe en su omnipresencia. Creía en su divinidad.

Pero la fe en la divinidad de Jesús se alcanza a cambio de perder su presencia física. Podemos imaginar que en su camino de vuelta – era un largo camino y hacía calor – pensaría en su hijo postrado en cama, tal y como le había dejado. Sin duda se cernían sobre él muchos pensamientos angustiosos. “¿Puede ser?” ¿Esta de verdad curado?”. Imaginemos lo rápidamente que caminaría, y cómo le latía el corazón cuando se aproximaba al pueblo.

Cuando encontró a sus criados, le dijeron “Ayer...” Había sido un largo camino. Había sido una larga noche en la que él se agarró a la fe en aquel hombre que había llegado a creer que era Dios.

María había dicho a los sirvientes en la boda de Caná: “Haced lo que Él os diga”. Este hombre cumplía el mismo encargo. El resultado fue que su fe se convirtió de agua, en vino.

Estaba todavía de camino cuando sus servidores lo encontraron. Sin duda iban corriendo en su busca. Le gritaron: “¡Tu hijo está curado!”.

¡Que momento debió vivir este hombre! Experimentó el vuelco interior que experimenta quien cae en la cuenta de que ha atravesado con éxito una profunda crisis espiritual. Había luchado, creído, esperado. Había sido una prueba larga y dolorosa, pero ya había pasado. Todo estaba bien ¡Lo había conseguido! Y le invadió esa satisfacción interior, superior a cualquier otra: a alegría de saber que estaba, quizá por primera vez en su vida, del lado de Dios.

A los evangelios se le compara, acertadamente, con el vino. Contienen auténticas alegrías que bullen interiormente en lo más profundo de cada uno, como la suavidad del vino, o incluso con el regocijo de quien ha bebido demasiado.

En medio del estremecimiento de haber creído y de haber descubierto que su fe no había sido defraudada, e que su fe no había sido defraudada, el

funcionario real se sintió inundado por una ola de descanso. Estaba convencido de que Jesús era Dios. toda su familia creyó. Su propia fe rebosó sobre todos los de su casa. Sin duda hubo una gran alegría, besos, abrazos y lágrimas.

Esta fue la segunda vez que Jesús manifestó su poder después de volver de Judea a Galilea.

¿Y cual fue la primera vez? La primera vez fue cuando cambió materialmente el agua en vino. Esta segunda vez realiza lo que significaba el primer milagro. Transforma la fe débil de un hombre en una fe fuerte y viva. Pero sólo al precio de una crisis, la de la muerte de sus propios deseos y juicios. La presencia física del Maestro que él deseaba, y que pensaba que necesitaba, tenía primero que desaparecer.

En nuestro proceso de crecimiento espiritual no podemos evitar la crisis de la fe. Este relato nos enseña con claridad que Jesús no nos rechaza cuando nos empuja contra la pared y nos quita los rodrgones que nos parecen tan necesarios. Más bien nos llama a un nuevo crecimiento, a la transformación de nuestra debilidad. Es una llamada a una nueva unión con Él, una llamada a “remar mar adentro”.

La lástima es que con demasiada frecuencia no respondemos a este desafío. Nos atascamos pidiendo la presencia sensible de Cristo o de otros andamios para nuestra fe. Si los abandonáramos y creyéramos en su sola palabra, en su divinidad, experimentaríamos la transformación de nuestra fe, cuyo fruto es la nueva efusión del Espíritu Santo, simbolizado en el evangelio de Juan por el vino. Recordemos que al Espíritu Santo podemos alcanzarlo por los sentimientos no por los razonamientos. Al permitir que la antigua manera de relación desaparezca – o cambie radicalmente – hacemos posible que el Espíritu transforme nuestra fe y la convierta en una consciencia permanente de Dios.

LA PURIFICACION DE LA FE

Al rehusar la petición que le hacía el funcionario real para que fuera a curar a su hijo, Jesús le dio la oportunidad de alcanzar un mayor nivel de fe. El centurión estaba en una situación parecida a la del funcionario. Él también tenía alguien, un siervo, al que quería que lo curasen. En vez de negarse a acudir, Jesús se mostró dispuesto y deseoso de hacerlo. Actuó así para dar al centurión la oportunidad de manifestar la gran fe que tenía en el poder de su sola palabra. Esto dio también a Jesús la oportunidad de llamar la atención de sus discípulos sobre la fe del centurión.

Fijémonos ahora en alguien que tenía una fe aún mayor. Y eso nos va ayudar a entender mejor el significado y el objetivo de la crisis de fe.

Jesús se acababa de retirar a la región de Tiro y Sidón, un territorio fuera de los límites de Israel. Estando allí se acercó una mujer cananea (Mt. 15, 21-28). Era pagana. En aquellos tiempos, los gentiles no tenían los privilegios que disfrutaban los hijos de Israel. Pero en cierto modo, tenía fe en Cristo, y, como nos va a decir el relato, la puso en práctica de una manera extraordinaria.

Ella le suplicó: “¡Ten compasión de mí, Maestro, Hijo de David!”. (Esta eferencia mesiánica indica que ella creía en Él como el Mesías) “Mi hija está gravemente poseída por un demonio”.

“Pero él no respondió ni una palabra”.

¡Ni siquiera le respondió! Por lo menos, a los dos hombres anteriores les dijo algo. A esta mujer, nada.

Cuanto mayor sea la fe, tanto más tardará en llegar la respuesta a la oración. Dios sabe que con unos puede tomárselo con calma, y se da prisa con otros, menos afortunados – aunque en esos momentos los primeros pueden sentirse más desgraciados que nadie.

Evidentemente, ella no debió molestarle mucho este aparente rechazo, porque a continuación se dirigió a los discípulos. Consiguió así, con éxito, unos intercesores, porque los discípulos rogaron por ella diciendo a Jesús: “Déjala que se marche a su casa contenta de una vez, porque no hace más que gritar detrás de nosotros”.

Intentemos adivinar los sentimientos de una persona que acude a Jesús con fe y en respuesta sólo obtiene el silencio. Fijémonos que no es sólo silencio sino frialdad. Su respuesta a los discípulos fue: “Mi misión se dirige exclusivamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel”.

Dicho de otro modo: “No hay nada que hacer”.

Es una respuesta no muy diferente de la que María recibió en las bodas de Caná. El vino se había acabado. Se estaba produciendo una situación muy violenta. María presentó a Jesús la necesidad de los recién casados. Pero Él respondió: “No ha llegado mi hora” (Jn 2,4). Es decir, aparentemente una respuesta negativa.

María la aceptó plenamente, pero al mismo tiempo no dudó en decir en voz baja a los camareros: “Si cambia de opinión, haced lo que Él os diga”.

La mujer cananea tenía evidentemente una fe parecida. Oyó a Jesús decir “no” tan claramente como María; pero ella “se acercó y se postró a sus pies”. Le había oído decir “no” a un nivel, pero pensó: “Si me abajo, quizá lo oiga decir otra cosa”.

Por eso se postró, completamente, todo lo larga que era, de manera que no podía abajarse más.

Y entonces dijo: “¡Maestro, ayúdame!”.

Cualquiera de nosotros, por muy duros de corazón que seamos, habríamos dicho: “Está bien, no te preocupes. Quizá pueda hacer algo por ti”.

Pero Él no se conmovió. Ni una señal de piedad, de misericordia, de amabilidad. Sólo dijo: “No”.

La pobre mujer había recibido, en respuesta a su oración, sólo silencio, frialdad, rechazo.

Y encima, un desaire. “No es justo”, dijo “Tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros”.

Tenemos a la mujer completamente postrada a sus pies, en una postura cuyo significado Jesús capta, puesto que afirma que no quiere coger el pan y arrojarlo al suelo donde ella está postrada esperando recibirlo. Si eso no es un desaire a una petición sencilla y plenamente humana, no sé que más queremos.

Jesús conoce el material que tiene en las manos. Está tratando con una mujer de unas actitudes extraordinarias. Poco a poco él la va llevando de una cima a otra de la fe. Pero fijémonos en los medios que emplea: silencio, frialdad, desaire, humillación.

¿Cuál es su respuesta a este ultraje?

Ella respondió “Tienes razón, Maestro”. Acepta la humillación. “Tienes toda la razón, es evidente. Sería una equivocación coger el pan de los hijos y echarlo a los perros. No hay nada que discutir. Estoy completamente de acuerdo contigo”.

Y a continuación viene una de esas respuestas inspiradas por el Espíritu Santo, una de esas matizaciones maravillosas que no proceden de la sabiduría humana por muy elevada que sea. Es una de esas delicadas respuestas que sólo pueden proceder del amor. Después de haber aceptado toda la humillación, postrada en el suelo, y de escuchar la negativa, responde: “Es verdad todo lo que dices, Señor. Pero ¿qué te parece? Los perros comen las migajas que caen de la mesa del amo”.

Es decir, “No te pido el alimento que no me corresponde, porque reconozco que no merezco nada. Pero cuando los hijos ya han comido ¿no sobran siempre unas migajas? ¿Qué tal si me las dieras? Y ni siquiera pido que las echas, sino

sólo las que caen accidentalmente de la mesa. Estoy aquí en el suelo. Quizá yo coja alguna ¿Qué te parece?”

Esta mujer comprendió si duda la extraña conducta de Jesús para con ella. No era judía. No tenía otra instrucción que la que le venía del Espíritu Santo. Pero con su ayuda conquistó por completó el corazón de Jesús.

El texto afirma: “Jesús *accedió*”. Había perdido en su campo. Pero parecía contento, porque dijo entusiasmado: “Oh mujer, grande es tu fe...tendrás todo lo que quieres”.

Lo que Jesús esperaba era este acto heroico de fe. Si Él hubiera accedió inmediatamente, respondiendo a su petición a la primera, o a la segunda, ella nunca hubiera subido tan alto. No hay otro camino para acceder a la madurez, para crecer en la fe.

¿Quién era esta hija tan gravemente poseída por un demonio? No está fuera de lugar considerar a la hija como un símbolo de lo que Pablo llama “el hombre exterior” (2 Cor 4, 16), verdaderamente atormentado por un demonio es esta crisis de la vida, cuando vamos hacia Dios, y su anterior ternura, suavidad, y todo lo que hayamos podido recibir, se convierte en polvo y ceniza. Cuanto más suplicamos, menos parece que se nos escucha. Cuanto más nos hundimos, más parece que quiere que nos abajemos. Es el grito de un corazón que verdaderamente sirve al Señor lo que Jesús parece rechazar. ¿Por qué? Porque somos “siervos inútiles y no tenemos derecho al “alimento de los hijos”. No tenemos ningún derecho en el orden de la gracia. Cuando tenemos esto en cuenta es cuando pasamos de la confianza en nuestros méritos a la fe en su misericordia. En cuanto la mujer reconoció que no tenía derecho a la comida consiguió no sólo las migas, sino todo un banquete. En esto consiste sustancialmente la crisis de la fe – su resolución.

¿Cuántas personas pueden aguantar, sin aparentemente recibir respuesta, semanas, meses y quizá años de oración? Primero nos ponemos de rodillas, luego nos apoyamos en las manos y en las rodillas, después nos postramos con el rostro en tierra. ¿Cuántos pueden aguantar esto sin que desfallezca la esperanza de que Dios va a responder a sus súplicas, va a darles fuerza para controlar a rebelde naturaleza humana, y va a establecernos en la unión con Cristo?

La mujer cananea tenía esa fe que mueve las montañas. Para ella ninguna negativa era total, ningún “no” definitivo, continuo suplicando con fe. Cuanto más era puesta a prueba, más ponía su confianza en Jesús, hasta que por fin consiguió su objetivo, y obtuvo lo que quería.

Esta es la actitud que Dios espera de nosotros en la crisis de la fe: Confianza en su misericordia independientemente de la manera como Él nos trate. Sólo una gran fe puede penetrar esos aparentes desaires, entender el amor que la provoca, y rendirse totalmente a él.

EL SILENCIO DE JESUS

Quisiera retomar el diálogo entre Jesús y la mujer cananea para resaltar otro aspecto de la crisis de fe. La pregunta cuya respuesta buscamos es: ¿En que consiste la superación de la crisis de la fe? Creo que estaremos de acuerdo en que esta mujer decidida superó con éxito esta crisis en unos minutos. Sin duda a nosotros nos costaría unos meses, o unos años, el resolver la nuestra.

Ella venía de fuera de la región de Canaán suplicando: “¡Ten piedad de mí, Hijo de David, porque mi hija está gravemente atormentada por un demonio!” Y el evangelio dice que Jesús no le respondió ni una palabra.

Fijémonos en estas palabras. El evangelio no dice que no le hiciera caso, no dice que le contestara si o no, sino simplemente, que “no le respondió ni una palabra”.

Es decir, que la respuesta de Jesús es el silencio, la falta de respuesta. En este caso concreto, esa es la respuesta que la mujer obtuvo a su petición.

Si escuchamos cuidadosamente la conversación entre Jesús y la mujer cananea, observamos un cambio gradual en su actitud. Y este cambio ilustra maravillosamente lo que este acerca de la crisis de la fe puede decirnos sobre nuestra relación con Dios.

Traslademos este incidente a nuestra experiencia diaria. Imaginemos alguien a quien Jesús intenta arrancar de una relación infantil y centrada en sí misma, para llevarla a otra más madura y más digna de Dios. Esta persona tiene fe, pero está todavía muy débil, basada sobre todo en la experiencia del esfuerzo y del éxito. Podemos juzgar toda nuestra actividad según el éxito que obtengamos: de manera que si nos hemos esforzado y los resultados no han sido los que esperábamos nos sentimos frustrados. Imaginemos que hacemos lectura espiritual y dedicamos una hora diaria a la oración, o pasamos un año o dos estudiando Teología o Biblia. Esperamos ver algún fruto. Si pensamos que el fruto va a ser un progreso espiritual que podamos sentir o contabilizar, nos vamos a llevar una gran desilusión. A medida que pasa el tiempo, cuanto más esfuerzo hacemos para acercarnos a Jesús, tanto más parece que se retira a los escondrijos de los libros o del sagrario. Parece que siempre está “desconectado” cuando llamamos.

Esa es exactamente la situación de la mujer cananea. Acudió a Jesús y le pidió, con fe, lo mismo que Él parecía estar deseando ofrecer a otras personas. Su respuesta fue el *silencio*. Pero el *silencio* es ciertamente, una respuesta a la oración.

Fijémonos un poco más en el diálogo. Ella empezó acercándose a los discípulos. Finalmente, estos fueron a Jesús y le dijeron: “Señor, por lo que más

quieras, atiende a esta mujer y mándala a su casa, porque no para de gritar detrás de nosotros. No nos deja en paz”.

De nuevo la respuesta no es ni sí ni no, sino algo bastante enigmático: “Mi misión se dirige sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel”.

Por fin, llega la mujer y se postra ante Él. Démonos cuenta del retraso, en todo caso, ha aumentado su deseo. También parece haber hecho crecer su humildad. Tras postrarse, suplicó: “¡Maestro, ayúdame!”.

Una vez más la respuesta no es ni sí ni no, sino otra frase enigmática: “No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros”.

Esta afirmación o es abstracta, o es especulativa. En el nivel especulativo, quiere decir que no es justo ayudarlo. Se fija en el hecho de que el alimento corresponde a las personas de su familia, no a los esclavos, y aún menos a los perros, en cuya categoría la incluye. Dicho de otro modo, la mujer no tiene derecho a ninguna ayuda. Pero eso no quiere decir que no vaya a tenerla.

Hay una indirecta en estas palabras en las que las reservas de Jesús se vienen abajo. “No es justo” es un argumento bastante débil que la gente hace con frecuencia cuando está a punto de ceder. Representa su último baluarte. Quizá ella, con su extraordinaria sabiduría, lo percibió. En todo caso, aceptó el insulto con agrado – sin retirar en ningún caso su petición. No era una negativa terminante, en cuyo caso ella estaría desobedeciendo a Jesús. Si Él hubiera dicho “no”, ella no hubiera actuado correctamente. Pero Él no había dicho “no”. Las respuestas que Él le va dando, al mismo tiempo que parecen una serie de negativas, de hecho son una serie de “ánimos”, de invitaciones a la esperanza.

Durante el diálogo, la fe de la mujer florece poco a poco en confianza. De algún modo, penetra en el silencio misterioso de Jesús. Reconoce sus enigmáticas negativas como un retrasar la acción. No son una despedida brusca, sino un aplazamiento. Este aplazamiento de la respuesta a su petición es la ocasión que Él aprovecha para elevarla, mediante una gracia secreta, de la fe a la esperanza y a la confianza. No hay verdadera confianza que no se fundamente en la lucha por aguantar con paciencia el sufrimiento, esperando la ayuda de Dios.

Cuando la fe se convierte en confianza, la crisis de la fe ha cumplido su objetivo y se resuelve. Por dentro, reina una profunda paz interior.

El Señor escucha. El silencio de Jesús es el medio ordinario que Él utiliza para despertar en nosotros esa perfecta confianza que nos conduce a la humildad y al amor – y a obtener todo lo que pedíamos.

Si preguntamos a alguien a quien Dios está introduciendo en este tipo de crisis, normalmente nos dirá algo así: “Voy para atrás. Dios no me quiere. No escucha mi oración. Nunca me da lo que pido. No le puedo encontrar en los libros. La oración es un desastre, llena de distracciones. Abundan las tentaciones de todo tipo”.

Y sin embargo, por debajo de esos escombros permanece la misma perseverancia y ansia de contacto con Dios que demuestra cómo la gracia sigue actuando secretamente. Lo que está siendo destruido es nuestra dependencia de nuestros propios modos de ira hacia Dios. De hecho, Cristo está invitando a esas almas tan queridas a la misma expansión de la fe que experimentó la mujer

cananea. Recordemos cómo fue el final. Es el momento en que su confianza alcanzó el nivel que Jesús estaba esperando, Él accedió y dijo: “¡Mujer, grande es tú fe! ¡Que sea como tú quieres!”

Lo que realmente queremos y lo que el Espíritu Santo nos inspira para que deseemos en esta crisis de la fe es ser confrontados con la palabra de Dios en lo más profundo de nosotros mismos. Es el contacto con la divinidad de Cristo. Es ser conducidos interiormente cara a cara con el Dios vivo que, como nos dice la fe, habita en nosotros y, como nos dice la esperanza, recompensará a los que le buscan.

6

EL TIEMPO SE HIZO PARA LA ESPERA

El crecimiento espiritual que se nos revela con los relatos en los que hemos profundizado no es un progreso que nosotros podamos sentir y entender. Los valores implicados en este crecimiento espiritual son bastante diferentes de los valores que indican un progreso en cualquier otro ámbito, tales como gestionar un negocio, estudiar, o aprender un oficio. Si avanzamos en algo serio, iremos experimentando mayor facilidad, satisfacción, habilidad. Estos indicadores naturales de progreso son casi lo contrario de lo que ocurre en el ámbito espiritual. Es algo que aparece muy claro en el episodio de la mujer cananea.

Ella se acercó a hablar con Jesús con suficiente confianza en sí misma. Sabía que Él era amable y compasivo. Le habían dicho que había ayudado a mucha gente. Había oído hablar de sus milagros y creía en ellos y en Él. No previó ninguna dificultad para conseguir lo que quería. La suya era una petición humilde que merecía ser escuchada. Se dirigió a Jesús con las palabras que sabía que otros habían empleado. Es un buen ejemplo de aquellos que han alcanzado un cierto nivel de fe y creen que las cosas van a seguir siempre como estaban.

Llega entonces ese misterioso silencio. Llámese aridez, sequedad, desolación, lo que queramos. Nos va creciendo por dentro la terrible convicción de que por mucho que lo intentemos, por muy alto que gritemos, del otro lado de la eternidad no nos va a llegar ninguna respuesta.

Tendemos a juzgar según estemos. Hasta que no hayamos atravesado la crisis de la fe, no entenderemos a Jesús, ni sus caminos. Tenderemos a juzgarle como haríamos con cualquiera que parezca ignorarnos. Y por eso, el juicio que se forma en nuestra cabeza es “Ya no me quiere”. Después de todo, si intentamos hablar con alguien que constantemente nos da la espalda y se aleja, la conclusión lógica es “No vale la pena mantener esto. Es demasiado unilateral. Dios no se fija en mí. Por lo tanto no me quiere”.

Pero precisamente el objetivo de la crisis de la fe es liberarnos del prejuicio de nuestros sentimientos, para que podamos juzgar y actuar según la fe y el sentido común.

Fijémonos en los israelitas, los hijos de la familia de Dios, aquellos a los que por derecho les corresponde el alimento, como ejemplo de aquellos que sienten que merecen, por sus buenas obras, un poco de atención por parte de Dios. Generalmente, cuando alguien ha dejado algo por Dios o le ha servido con entusiasmo durante algún tiempo, empieza a sentirse virtuoso. Podemos haber sido catequistas durante unos meses o asistido diariamente a Misa durante unos

años. Quizá nos hemos dominado y no hemos dado una bofetada a alguien que no ha insultado. Y todas las personas de nuestro pequeño entorno empiezan a pensar que eres de verdad el centro del mundo. “He aquí alguien que practica la verdad de su religión”, dicen.

Si tenemos cualidades para el debate, podemos discutir con alguien y convencerle de que vaya a la iglesia y se acerque a los sacramentos. Quizá hasta consigamos convertir al pobre hombre. Empezamos a pensar que Dios nos debe algo. Que ciertamente somos una persona virtuosa. Los demás lo creen así ¿Por qué negar lo que es obvio?

Normalmente esperamos que los demás piensen bien de nosotros y no se sorprendan cuando una alabanza se cruza en nuestro camino. Y de eso a creer que Dios piensa lo mismo, hay un paso. Poco más o menos. Él cuenta con nosotros para que el mundo siga funcionando y la Iglesia sea lo que debe ser.

Y un día acudimos a pedir algo, como la mujer cananea, y no hay respuesta. Empezamos a preguntarnos si hemos hecho algo mal. ¿Estoy retrocediendo? En absoluto. El primer paso, casi nos decimos a nosotros mismos, la primera señal de movimiento, para ir avanzando en la vida espiritual, es empezar a preocuparse de si somos o no buenos amigos de Dios. No pretendo que esto se convierta en una preocupación, pero debería sacudir los cimientos de nuestra colosal autosatisfacción. No se nos pasa por la nuestra cabeza que necesitamos desesperadamente ayuda hasta que los innumerables rodrigones en los que nos hemos confiado empiezan a desmoronarse.

La primera respuesta que Jesús dio a la mujer cananea, o mejor, la frialdad que le demostró, la abajó un poco más. Para hacer la siguiente petición, se postró. Él iba minándole el terreno de debajo de los pies. Finalmente ella acabó tendida por tierra, con la cara en el suelo. Le costó un poco llegar a esa postura, pero, si somos sinceros, reconoceremos que nosotros tardamos años en conseguirla.

De hecho, muchos no creemos de verdad en el pecado original, especialmente si las cosas nos van bien. Pasamos unos cuantos años siendo amables con los demás, y sin tentaciones carnales, y creemos que se nos han acabado los problemas. Hemos alcanzado la vida angélica y nunca más experimentaremos movimientos de ira o de sensualidad. O sea, que se acabó el pecado original. Pero el pecado original existe y es tan real que ignorarlo, en la práctica, es no ser humilde. La humildad consiste en aceptar la realidad tal y como es, y el pecado original es, por lo menos la mitad de la realidad.

Cuando Jesús, por su muerte y su resurrección, nos devolvió la gracia, no nos devolvió la integridad, es decir, el control total sobre nuestras bajas pasiones mediante la razón y la voluntad – que fue el don que le hizo Dios a Adán. Quizá nos gustaría criticar a Dios por no devolvérsela. El problema es que nosotros somos arcilla y Él el alfarero. No vale decir: “Señor ¿por qué no has terminado el trabajo? Hiciste mucho, y podrías haber hecho sólo una cosita más. Podrías haber restaurado nuestra naturaleza caída hasta dejarla como antes”

Pero no lo hizo. No lo hizo porque quería mostrar el poder de la gracia en nuestra naturaleza humana caída. Puede que también quisiera asegurarme de

que ningún ser humano volvería a cometer el mismo fallo que Adán, que fue presumir, por falta de experiencia de la debilidad humana, de los dones de Dios.

Aunque Jesús por su pasión y su resurrección, nos elevó a una altura sobrenatural y a una dignidad mucho mayor de la que teníamos cuando Dios hizo a Adán el padre de la raza humana, ha dejado por completo nuestra naturaleza en la debilidad, ceguera e ignorancia en la que caímos por el pecado original. El triunfo de la pasión de Cristo acontece cuando el Espíritu Santo coloca la diminuta semilla de la gracia en este montón de estiércol, que es lo que a veces nos sentimos, y hace que esta semilla diminuta crezca y transforme la basura y las malas yerbas en un paraíso.

La gracia de Cristo llevará todo esto a plenitud si somos testigos, a través de la experiencia de nuestra debilidad, de la libertad y generosidad del Donante, y le atribuimos a Él toda la gloria. Lo que a Dios le disgusta es que alguien llegue diciendo: “Tenía que hacer algo con esto. Mirad lo que he hecho. ¿No es estupendo?”

El progreso espiritual consiste ante todo en asumir en nosotros mismos la realidad del pecado original tal y como es, sin desanimarnos. Esto es difícil. Dos tentaciones, la del orgullo y la de la desesperanza, acechan continuamente a la naturaleza humana. Cualquiera que quiera simplificar más de la cuenta y resolver las cosas por el camino más rápido, en tres fáciles lecciones, está siendo tentado en un sentido o en el otro. O deja por imposible la vida espiritual: “Soy demasiado malo”, lo que va contra la esperanza, o dice: “Bueno, me parece que soy bastante bueno, estoy lleno de virtudes” y eso es vanagloria.

En el episodio de la mujer cananea, Jesús, amablemente, pero con firmeza, deseando solamente conducirla a una mayor unión con Él, la lleva a enfrentarse con la realidad. Él le enseña que no es nada, y que no merece nada. A conduce a estar de acuerdo en que no merece la más mínima consideración. La lleva a postrarse en el suelo ante Él. Y sin embargo, con la fuerza de su gracia, ella sigue esperando a pesar de la tardanza.

El hábito de esperar a Dios instaura poco a poco en nosotros la actitud correcta hacia Él. No podemos presionar a Dios. y eso es lo que hacemos cuando decimos “Dame esto, dame aquello”, o “por favor, concédeme esto”.

Algunos hasta se atreven a decir: “Si no me das tal cosa, no volveré a rezar”.

O “¿Cómo puedes hacerme esto?”.

Y la respuesta de Dios a todo esto es: “Bueno, pero ¿tu quien eres?”

No hay nada tan humillante como esperar – para eso se hizo el tiempo, para que aprendamos a esperar. Esperar nos hace sentirnos inferiores a la persona que nos hace esperar. Y cuanto más capaces de esperar hemos sido, más aumenta en nosotros la humildad. Esa es la razón por la que algunos no aguantan, se levantan y se van.

LÁZARO

Para introducirnos en el siguiente pasaje evangélico, tenemos que echar un rápido vistazo a otro episodio anterior (Lc 10, 38-42). Jesús tenía gran amistad con una familia constituida por Lázaro y sus dos hermanas, Marta y María. Vivían en Betania, un pueblo cerca de Jerusalén. Parece que en sus idas y venidas a la Ciudad Santa, Jesús solía detenerse en su casa.

Lucas describe una ocasión en la que Marta estaba ajetreada preparando la comida para Jesús, “mientras María estaba sentada a sus pies y escuchaba sus palabras”. Marta se molestó un poco con la negligencia de su hermana y le echó en cara su falta de interés por el éxito de la comida. Al parecer Jesús tampoco estaba preocupado por la comida, puesto que defendió la tranquilidad de María. En ella podemos ver a alguien cuya fe se ha hecho más profunda por el amor y que está absorbida, no tanto por las palabras de Jesús, cuanto por su persona. Empieza a traspasar la naturaleza humana de Cristo y a captar su divinidad.

Vayamos ahora al episodio dramático de la resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-44). Este relato nos ofrece una comparación interesante entre la fe de Marta y la de María. Veamos cómo reacciona cada una de ellas ante las circunstancias. Evidentemente, Jesús va a aprovechar la ocasión para elevar la fe y el amor de sus amigas hasta un compromiso personal de otra manera nunca hubieran podido alcanzar.

Con nosotros ocurre lo mismo. Un acontecimiento que nos golpea, una crisis que desestabiliza el curso normal de nuestra vida, pueden ser un punto de despegue para la acción divina. Jesús espera el momento oportuno para darnos una gracia especial, para hacernos caer en la cuenta de nuestras motivaciones ocultas, para manifestarnos a nosotros (ya los demás) cómo son nuestras actitudes. La vida espiritual es vida, y por lo tanto puede ir en dos direcciones. Puede crecer o puede decaer.

El evangelio nos presenta a Lázaro como un amigo cercano a Jesús. cae enfermo, y se muere a los pocos días. Jesús les dice a los discípulos que sólo está dormido. Naturalmente, él sabe que lo va a resucitar.

En el evangelio hay tres personas a las que Jesús resucita: la hija de Jairo, en su propia casa (Lc 8,40-56; Mt 9, 18-26), el hijo de la viuda de Naim, en el camino al cementerio (Lc 7, 11-17), y Lázaro, después de estar cuatro días enterrado (Jn 11, 1-44). Siguiendo a San Agustín podemos ver en estas tres muertes un símbolo de las tres clases de pecado: el pecado secreto, simbolizado en la hija de Jairo, en su casa; el pecado público, en el pobre muchacho a quien llevan a enterrar; y el pecado habitual, simbolizado en la resurrección de Lázaro que no sólo estaba muerto, sino corrompiéndose.

Todos ellos estaban verdaderamente muertos. La muerte, en la Escritura, es el castigo del pecado, y el símbolo de la muerte espiritual.

Los tres son símbolos de los que han muerto espiritualmente, y que, en lo que respecta a la vida de la gracia, son interiormente cadáveres en distintos grados de descomposición.

Alguien que está espiritualmente muerto no se puede mover, si Cristo no se acerca y lo levanta de entre los muertos. Este es el increíble significado del sacramento de la reconciliación.

Los tres a los que Jesús resucita son personajes ciertamente dramáticos. Cada uno es un aviso para nosotros. Lázaro es el más llamativo, porque Jesús le describe como “nuestro amigo”. Es un símbolo del bautizado que ha caído en el pecado habitual – no está sólo enfermo, sino muerto y descomponiéndose – y que no puede hacer absolutamente nada a menos que Jesús se acerque y le saque de la tumba de la muerte espiritual.

Vamos a forzar un poco el símbolo. Lázaro no es sólo símbolo del cristiano bautizado que se ha despistado: es símbolo de la persona comprometida en el camino espiritual, a quien Cristo ha demostrado un amor especial, a quien llama su “amigo”, de acuerdo con las palabras de Jesús en la última cena: “No os llamo siervos, sino amigos” (Jn 15, 15).

Tenemos aquí un símbolo de la persona entregada al camino espiritual que ha entrado en la crisis de la fe y ha empezado a deslizarse cuesta abajo. Primero arraiga en él la enfermedad, y luego la muerte – el pecado. Después llega la descomposición – el pecado habitual. ¿Qué clase de pecado? Orgullo, avaricia, gula, vanagloria, ambición, lujuria, y todos los demás. Alguien que se entrega al camino espiritual no está más libre de tentaciones que los demás.

Las dos hermanas enviaron a Jesús un mensaje lleno de resignación y de fe. “Maestro, tu amigo está enfermo”. Empezaron a rezar por él cuando vieron que algo no marchaba. Jesús dijo a sus discípulos “esta enfermedad no es de muerte, sino para que se manifieste la gloria de Dios. En ella el Hijo de Dios va a ser glorificado”.

“Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Así que cuando oyó que él estaba enfermo, se detuvo, es verdad, dos días más en el lugar en que estaba”. Las palabras de Juan expresan un cierto asombro, ante la lentitud de Jesús en acudir a curarle. Finalmente, Jesús indica a sus discípulos que van a ir donde Lázaro. Era un mal momento para que Jesús apareciera por las cercanías de Jerusalén, porque los jefes de los judíos andaban buscándole. A los discípulos no les gustó nada la idea, y manifestaron sus objeciones. Entonces Jesús les dijo: “Lázaro, nuestro amigo ha muerto. Voy a ir a despertarle de su sueño”.

San Agustín dice algo interesante sobre esto: “Crear en Cristo es que Cristo habite en nuestro corazones y el sueño de Cristo en nuestros corazones es el olvido de la fe”. De modo que cuando nuestra fe empieza a adormecerse empieza el proceso regresivo, la enfermedad y la muerte.

Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro llevaba cuatro días enterrado. “Betania estaba cerca de Jerusalén y muchos judíos habían ido a dar el pésame a Marta y a María por la muerte de hermano”.

Fijémonos ahora en la reacción de las dos hermanas. En cuanto Marta oyó que Jesús había llegado, salió a recibirle, pero María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús: “Maestro, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano, pero yo sé que todo lo que pidas a Dios te lo concederá”.

Su fe había ya alcanzado un nivel en el que estaba dispuesta a creer que Jesús podía resucitar a Lázaro de entre los muertos. Sabía que podía haberle evitado la muerte.

Jesús le dijo: “Tu hermano volverá a vivir”, pidiéndole que creyera en la resurrección de Lázaro. Y ella vuelve a formular de nuevo un gran acto de fe: “Estoy firmemente convencida que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido al mundo”.

“Dicho esto, se volvió, y dijo a su hermana María, en privado: “El Maestro está aquí y pregunta por tí”. En cuanto María lo oyó, se levantó rápidamente y fue a su encuentro.

Fijémonos en que María no acudió inmediatamente. No lo hizo hasta que no fueron a buscarla. Marta, sin embargo, con su habitual prontitud para el servicio, se apresuró a exponer a Jesús su petición. No consiguió nada. Jesús permaneció don de estaba.

María esperó hasta que él mandó a buscarla ¿Para que iba a buscar fuera a quien ya tenía dentro? Actuó con esa discreción que procede del amor profundo, con ese equilibrio sobrenatural que no se precipita, sino que espera pacientemente el momento de la gracia. Pero en cuanto Jesús preguntó por ella, se levantó enseguida y se dio prisa para ir a su encuentro. En cada detalle se muestra dueña de sí sin anticipar la invitación de Dios, con prontitud para obedecer, y sin embargo sin ser dominada por las emociones, ni siquiera por la llamada de Jesús. Recibe la gracia de su visita sin perder la compostura.

La impaciente de Marta no ha conseguido nada.

Los judíos se levantaron para ver a donde iba María. En cuanto vio a Jesús se arrojó a sus pies, diciendo exactamente las mismas palabras de Marta: “Si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano”. Las mismas palabras, pero démonos cuenta de que ella consigue el resultado. Lo que cuenta no son las palabras, sino el motivo que las provoca. Su fe y amor mayores obtienen el milagro.

Ella se arrodilló delante de Él. Empezó a llorar. Esto ya era demasiado para el Señor.

“Ella lloraba, y los judíos que la acompañaban lloraban también. Al verlo, Jesús se conmovió en lo más profundo de sus entrañas”.

“¿Dónde lo habéis puesto”?, preguntó Jesús.

“Ven a verlo, Maestro” le respondieron. Jesús se echó a llorar. ¿Qué pasó en el corazón de Jesús? Los judíos dijeron “Fijáos cuanto lo quería”.

Pero ¿lloraba sólo por Lázaro? Algunos dijeron: “Abrió los ojos al ciego. ¿No podía haber impedido que este muriera?”

Este razonamiento superficial con la acusación implícita de que a Él le importaba poco de Lázaro, debió dolerle mucho a Jesús.

“Entonces Jesús, muy conmovido, se dirigió hacia el sepulcro”. Cuando llegó, dijo “Quitad la piedra”.

Esta orden asombró a los que le habían seguido. Lázaro llevaba cuatro días enterrado, con la piedra corrida para cerrar el sepulcro. Jesús pide a Marta y a María que crean que él puede levantar a su hermano de entre los muertos. Esto es demasiado para Marta, que no ha alcanzado aún ese nivel de fe. Con su habitual sentido práctico, avisa. “Maestro, su cuerpo ya debe oler. Lleva cuatro días muerto”.

Pero María no dijo nada. Su fe no vaciló. Recordemos que Lázaro es un símbolo de alguien que ha sido amigo de Cristo y en el que todo el mundo ha perdido la esperanza – excepto María. Para hacer el milagro, Jesús se apoya en su fe.

Empezaron a rodar la piedra. De la tumba salió el olor de un cuerpo en descomposición. Dudaron.

Jesús insiste: “¿No os dije que si tuviérais fe veríais la gloria de Dios?”

Estremecido, retiran la piedra. Marta tiembla. María permanece en silencio. Los ojos de todos están fijados en Jesús.

“Y él, levantando los ojos, dijo: “Padre, gracias por escucharme. Porque yo sé que tú siempre me escuchas, pero lo hago por estos que me rodean, para que puedan creer que soy tu enviado”.

“Y habiendo dicho esto, gritó con fuerte voz, “¡Lázaro, sal fuera!”

“Y el que había estado muerto salió, atado con bandas, y con la cara oculta tras un sudario.

“Y Jesús dijo: “Desatadlo y dejadlo andar”.

¿Qué fue ese grito, sino la señal del amor de Dios por el pecador, por uno de sus amigos que se había desviado, que estaba muerto y que tenía que ser devuelto a la vida?

8

MARTA Y MARIA

Con frecuencia, Jesús reacciona de manera diferente ante peticiones que parecen idénticas. Ya vimos cómo el funcionario real le pedía que fuera a curar a su hijo y Jesús decidió no acudir. Cuando el centurión se le acercó, pidiéndole por su siervo, espontáneamente se ofreció a ir con él. El primero necesitaba fe; el segundo tenía fe y lo demostró. A lo que Cristo responde es a nosotros, más que nuestras peticiones.

En el relato de la resurrección de Lázaro, vemos a Jesús reaccionando de una manera que nos recuerda cómo trató al oficial real y al centurión. Marta va a verle y se queda fuera del pueblo. María no va a verle hasta que Él la manda a buscar, y ante su petición silenciosa, Él entra inmediatamente en el pueblo.

El texto dice: “En cuanto Marta oyó que Jesús llegaba, salió a recibirle” (Jn 11,20).

A pesar de la petición de Marta, Jesús no se movió de donde estaba. Cuando María acudió, llorando, a la llamada de Jesús. Él se conmovió, e inmediatamente entró en el pueblo y sacó a Lázaro de la tumba. Es aquí donde podemos entender en qué consiste la crisis de fe. Su objetivo es llevarnos a un deseo radical de vivir sólo por la fe y desprendernos del apoyo de la consolación sensible.

Al comparar al funcionario real con el centurión y luego a Marta con María, observamos una paradoja: si buscamos la presencia sensible de Jesús – una presencia sensible que podemos experimentar y entender – no le encontraremos. Sólo le encontraremos si dejamos buscar el consuelo de su presencia sensible.

Es la misma idea expresada en el texto de Isaías citado en la carta a los Romanos: “Me dejé encontrar por los que no me buscaban. Me revelé a los que no preguntaban por mí” (Rm 10,20).

El grado de madurez que corresponde con el tránsito de la infancia a la adolescencia consiste en comprender y aceptar que Jesús es verdadero Dios, buscándole en la fe, sin apoyarse en los andamios naturales ni en las consolaciones sensibles de cualquier tipo.

Marta fue a ver al Señor, es decir, fue en busca de su presencia sensible; pero María se quedó en casa. ¿Por qué? Porque ella ya le poseía por la fe. Cuando Él la mandó buscar, estaba preparada para acudir. Vale la pena fijarnos en su admirable discreción, especialmente a la luz de lo que ocurre a continuación. Ella acudió a la llamada de Jesús. Se humilló a sí misma antes, al no hacer nada más. Cuando ella llegó llorando, Jesús se ablandó y le dio de lo que ella se atrevió a pedir.

Si buscar la presencia sensible de Jesús puede ser un impedimento, cuánto más lo será buscar la consolación sensible por sí misma, parte de Cristo. Esta es la razón de la ascesis de la vida monástica. Los autores espirituales, como San Juan de la Cruz, han observado que cuando las personas se entregan a la contemplación, entran rápidamente en la crisis de la fe. Las personas que no se dedican seriamente a la oración, entran en ella más despacio, o incluso ni entran. Esto puede deberse a que sus vidas están con frecuencia llenas de distracciones que ocupan el tiempo y disipan la energía necesaria para enfrentarse con Dios y con ellas mismas.

Pero si se las pone en un medio en el que los consuelos sensibles se reducen, o se les enseña a no buscarlos tan ardientemente, poco a poco esta crisis se les vendrá encima. En primer lugar, Jesús llega a ser una mayor realidad en sus vidas, como amigo. Después, poco a poco empieza a retirarse y llega la hora de vivir de verdad en la fe. Cristo les plantea la pregunta que tantas veces hizo a sus discípulos, a los que intentaba empujar a esta crisis: “¿Qué pasa con vuestra fe? (Lc. 8,25)... “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?” (Mc 4,40).

Jesús, en el evangelio, se queja una y otra vez de la falta de fe (Mt 14, 31; 17, 20; Lc 9, 41; 12, 28). Siempre que encuentra una chispa de ella, lo hace notar con entusiasmo y admiración (Mt 8, 10; 9, 29; 15, 28 etc) – e incluso con asombro, porque es poco frecuente.

Si le buscamos por su presencia sensible, se esconde. Si le buscamos por la fe, es decir, por sí mismo, lo encontraremos. Este parece ser el significado que brota de la comparación entre la oración de Marta y la de María. Ambas utilizan exactamente las mismas palabras, pero consiguen resultados completamente diferentes.

EL OBJETIVO DE LA CRISIS DE FE

Las pruebas que la vida trae consigo, dentro y fuera de nosotros, tienen como objetivo, en el proyecto de Dios, que vayamos madurando poco a poco, hasta que entremos plenamente preparados para el cielo. En la vida diaria, sin embargo, las cosas no son tan claras como en el papel. Porque la esencia del sufrimiento, especialmente del sufrimiento espiritual, consiste en que uno sufre sin el consuelo de experimentar que eso da fruto. Cuando uno siente que eso le conduce a algún sitio, el sufrimiento se acaba y se transforma en consolación. De vez en cuando el Señor levanta una esquina del velo y revela un fruto pequeño que puede estar madurando. Pero es sólo una esquina. El velo nunca se descorre del todo.

Consideremos ahora otras relaciones que también se deterioran durante la crisis de la fe.

Alguien que entra en un monasterio, por ejemplo, puede formular esta queja: "Fuera todo el mundo me trataba amablemente, me alababa, y me valoraba. Pero aquí, cuando hago algo mal, estas personas tan santas me lo hacen pasar fatal. No parece que me valoren. Esperan que haga cosas que nunca he hecho. ¿Cómo quieren que las haga a su gusto?"

Es un desengaño sentirse apreciado, que se fijen poco en uno en el monasterio, cuando fuera uno tenía muchas amistades y estaba bien considerado por ser capaz de llevar algo adelante. Si un novicio no hace lo que se espera de él, puede encontrarse haciéndose la siguiente pregunta: "Quizá me he equivocado de sitio. Podría haber hecho mucho más bien si hubiera permanecido en el ambiente en que yo era una lumbrera".

Esta actitud, evidentemente, no le llevará a uno muy lejos en la vida del monasterio, pero el sentimiento de humillación puede ocasionar un movimiento en la dirección correcta. El Espíritu utiliza con frecuencia este tipo de ocasiones para romper relaciones que se basaban en el egoísmo. Hacíamos favores a los demás, nos daban las gracias, nos sentíamos bien con nosotros mismos, y ya teníamos la recompensa. Es de lo más frustrante ver desaparecer una a una todas las gratificaciones al entrar en la casa de Dios.

Otras relaciones personales pueden llegar a ser más desmoralizantes. Santa teresa, que pasó por una prueba de este estilo, aunque anteriormente había sido muy sociable y agradable con los demás, experimentó de deseo de morder a la gente. Cuando tenía alguna trifulca con las otras monjas, en vez de alcanzar enseguida la *apatheia*, como recomendaban lo Padres Griegos, experimentaba

una gran dificultad para no morderlas. Cuando estemos así, preguntémonos honradamente: “¿Qué me pasa? Nunca antes me había sentido así. No era capaz ni de matar una mosca. Pero ahora siento una fuerte inclinación a coger una viga del techo y golpear con ella a alguien en la cabeza”.

No es sólo la tensión de la vida monástica. Es también la acción de Dios destruyendo algo. Lo que Dios destruye no son precisamente nuestras virtudes, sino nuestra dependencia de ellas, es decir, nuestros esfuerzos personales para que ellas nos lleven a Dios. Estos esfuerzos nos pueden ayudar hasta cierto punto, a partir del cual resultan cada vez más inadecuados. Tenemos que ser conducidos paso a paso a la situación en que se encontró la mujer cananea cuando, desconfiando de todos los recursos y con una desesperación amortiguada sólo por su esperanza en Jesús, gritó desde el fondo de su ser: “¡Ayúdame!”. Dos palabras que pueden expresar una serie de significados, desde la petición de boquilla de quien ha leído que dependamos de Dios, hasta la de alguien que ha experimentado la destrucción y la pérdida de todos los recursos humanos y se vuelve a Él desde lo más hondo. Este sometimiento total es el objetivo y el propósito de la crisis de la fe. En el evangelio de Juan, justo antes de la pasión de Jesús, un grupo de prosélitos griegos interesado querían ver a Jesús (Jn 12, 20.36). Normalmente Jesús estaba dispuesto a encontrarse con la gente. Por ejemplo, Nicodemo (Jn 3, 1-21), la samaritana (Jn 4, 1-42), y otras muchas personas que querían conocerlo.

Pero en esta ocasión llegaron estos hombres que dijeron: “Queremos ver a Jesús”. Los discípulos se lo dijeron, pero a Jesús pareció no interesarles. Estaba en vísperas de su pasión, de aquello para lo que había venido al mundo.

Su única respuesta fue: “Por fin ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad os digo que si el grano de trigo caído en tierra no muere, permanecerá infecundo. Pero si muere dará mucho fruto. El que ama su vida la pierde, pero el que la arriesgue la ganará para la vida eterna” (Jn 12, 23-26).

Era una ocasión de hacer apostolado, de iniciar una discusión ecuménica. Pero en aquel momento la pasión estaba a las puertas. Y nadie sabía mejor que Jesús que no iba a salvar a la gente con sus palabras, sino mediante su pasión y su muerte. Y por eso, en vez de hablar con ellos, lo que le interesaba era que los discípulos se habituaran a la idea de que había que morir para dar vida en plenitud. Él quería enseñarles que es tan importante que esta convicción crezca en nosotros, con ese crecimiento que nos llega por el sufrimiento que nos trae la vida, o el sufrimiento que Dios nos manda, que comparado con ella, todas las demás actividades – incluso el trabajo apostólico – deben esperar hasta que esto se haya cumplido, o por lo menos hasta que esté bien avanzado.

¿Cuánto bien, parece decir Jesús, crees que puedes hacer sólo, mientras que no hayas permitido que el grano de trigo de tu vida haya caído en tierra, para morir y poder dar fruto?

Es una equivocación, a la que conduce la interpretación equivocada de la literatura contemplativa, creerse que los que entran por este camino van a

conseguir una especie de paraíso en esta vida, aunque sea muy espiritual, lleno de consolaciones inefables y de gozo ininterrumpido.

La literatura sobre la vida contemplativa ciertamente promete cierto progreso después de que uno haya sido baqueteado durante bastante tiempo. Sugiere que va a entrar en una maravillosa libertad interior en la que en todo momento Dios está al alcance de la mano. Las experiencias de algunos místicos ciertamente le llevan a uno a creer que eso fue lo que les ocurrió. Pero tenemos que comprender el verdadero sentido de esa afirmación. Si no, podemos llegar ingenuamente a la conclusión de que, si nos empeñamos, nos convertiremos en una especie de superhombre o supermujer en las últimas cinco o diez semana de nuestra vida, y entonces ya nada nos podrá hacer daño.

Pero cuando va pasando la vida, caemos en la cuenta de que esas experiencias maravillosas de los místicos sólo duraban unos instantes y, que fuera de ellas, eran muy semejantes a nosotros. Quizá la primera vez que leímos a Santa Teresa no caímos en la cuenta de que sus éxtasis duraron sólo media hora. Nos creemos que debieron de durar la mitad de la vida. Hay mucha diferencia entre media hora y las otras veintitrés y media del resto de un día normal.

Cualquier vida verdaderamente contemplativa lleva consigo una gran cantidad de sufrimientos. Si durante unos minutos, incluso media hora, experimentamos alguna de estas grandes gracias, eso supondrá que las otras veintitrés y media serán más aburridas. Los grandes Padres del monacato nunca pensaron en una panacea en esta vida para nuestras dolencias espirituales. La vida cristiana, afirman, sólo llega a su perfección en el cielo. Quien busque su recompensa en esta vida, no sólo se desilusionará, sino que habrá equivocado el camino.

¿Cómo reacciona Jesús en ese episodio que nos narra el evangelio de Juan, en el que aparece experimentar una especie de anticipo de su pasión? Él confiesa: “¡Ahora mi alma está turbada hasta lo más profunda!” (Jn 12, 27).

La vida de Jesús se acerca a su fin. Sólo le quedan unos pocos días. Y le horroriza la muerte. Se siente casi infinitamente desgraciado. No se trata de una muerte bella, pacífica, indolora que le lleve a los brazos del Padre celestial. Es un grito. Le espera una agonía, un sufrimiento físico terrible, la sensación de que el Padre le ha abandonado. El triunfo de Jesús consiste en aceptar esa situación, no en disfrutarla. “¡Padre, líbrame de esta hora!”. Esa es la reacción de Jesús ante el sufrimiento.

Pero inmediatamente tiene lugar su heroica sumisión: “No, porque he venido a este mundo para esto”. Dicho de otro modo, “Quiero enfrentarme con este cáliz”. Pero no dice que no sea una prueba.

La idea de que el sufrimiento se transforma en alegría o que desaparece inmediatamente es absurda. Para ser cristianos, el evangelio no dice en ningún sitio que debemos regodearnos en la angustia y el sufrimiento que nos acontezcan. Crecer en la gracia no significa hacerse inhumano o insensible. Jesús sufrió como un ser humano. Entre él y nosotros hay una diferencia: Él estaba preparado, por amor a su Padre, para sufrir lo que el Padre quisiera.

Eso es lo que hizo la mujer cananea cuando le llegó la humillación y el sufrimiento. Se mantuvo firme, confió, y esperó contra toda esperanza. Estas son las actitudes verdaderamente cristianas y que indican un alto grado de madurez espiritual. Cuando las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad son los medios principales por los que vamos a Dios, y estamos dispuestos a que todos los demás medios desaparezcan – o nos lo quiten – cuando Dios nos lo pida, entonces somos verdaderos cristianos, entonces estamos de verdad imitando a Cristo, siendo sus servidores.

En el mismo episodio, Jesús amplía su promesa a sus servidores: “Quien permanezca en mi servicio (imitando mi crucifixión) será honrado por mi Padre (Jn 12, 26).

Quizá no en esta vida, pero sí en la que está por venir.

SEGUNDA PARTE

LA CRISIS DEL AMOR

UNA FE GRANDE PROVOCA UN GRAN AMOR

La fiesta de Santa María Magdalena les resulta bastante complicada a los liturgistas. Desde los tiempos de San Gregorio el Grande, si no antes, María Magdalena ha sido identificada con la pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los secó con su cabellera (Lc 7, 36-50). La investigación moderna ha tirado todo esto por tierra al descubrir que en realidad son tres las personas cuya fiesta conmemoramos en ese día, aunque la fiesta en sí se celebra en honor de Santa María Magdalena. La liturgia narra sus aventuras (Jn 20, 1-18). El evangelio habla de la mujer penitente de una ciudad de Galilea, y en la oración colecta se la identifica con aquella cuyas plegarias sacaron a Lázaro del sepulcro. Aparentemente, lo menos que podemos decir es que la liturgia resulta un tanto ambigua.

Pero, mirándolo más de cerca, la liturgia está en lo cierto. Aunque parezca referirse a tres personas, lo que celebra la Iglesia es una gran idea, una gran experiencia espiritual. Cuando comprendemos lo que les pasó a estas mujeres, hay algo que une a María Magdalena con la mujer penitente después de pasar por la prueba de la fe, y con María de Betania después de que Jesús resucitó a Lázaro de entre los muertos. Lo que la Iglesia celebra es el grado sublime de confianza y amor que es el resultado de agarrarse a la fe en medio de grandes pruebas. Son tres mujeres que han atravesado con éxito lo que he llamado la crisis de la fe. En la liturgia celebramos no sólo a esas mujeres, sino a todas las personas que han alcanzado al amor de Dios mediante el sufrimiento y la humillación.

Comparemos las experiencias de estas mujeres para comprender lo que quiero decir. María de Betania en el momento de su gran prueba se mantuvo firme en la fe en medio del desafío colosal que Jesús les planteó a ella y a Marta, es decir, su promesa de levantar de entre los muertos el cadáver de su hermano Lázaro, que ya empezaba a descomponerse. Ella creyó sin fisuras.

Cuando Lázaro salió de la tumba al oír el mandato de Jesús, ¿qué sentimientos experimentaría María hacia Jesús? Quién ha atravesado una gran

prueba y de alguna manera ha experimentado la ayuda divina, entenderá que una ola de gratitud desbordará su corazón cuando comprendió que su fe en Él no había sido defraudada.

No nos sorprende, por lo tanto, que durante la comida en casa de Simón el Leproso, seis días antes de la Pascua (Jn 12, 1-8), María ofreciera una prueba generosa de su amor a Jesús. Se presentó en la cena llevando un frasco con un libra de excelente perfume. Queriendo expresar la magnitud de su amor, derramó todo el contenido del frasco sobre la cabeza y los pies de Jesús. Este gesto simbolizaba, y era su manera de expresarlo, todo su ser. Por eso significó tanto para Jesús. Él reconoció claramente lo que el perfume, junto con la generosidad del gesto, significaba y alabó su exageración ante los enfadados economistas que estaban sentados a la mesa.

Fijémonos ahora en María Magdalena junto a la tumba de Jesús. Lo había perdido y lo andaba buscando con el corazón apesadumbrado y la mente dispersa. Jesús se le apareció antes que a nadie, como queriendo recompensar el ardor y la pasión de su búsqueda. Cuando la llamó por su nombre, provocó en ella una invasión de gratitud y de alegría. Y se entregó por completo a Él.

La mujer pecadora de que nos habla Lucas recibió una gracia semejante (Lc 7, 36-50). Su problema era de índole personal. María de Betania estaba llena de gratitud a Jesús por haber liberado a su hermano al que quería mucho. Es símbolo de los que alcanzan este grado de gratitud a través del amor a alguien. Ella rezó por Lázaro, símbolo de un gran pecador, alcanzó la misma transformación interior de la mujer penitente. En el caso de ésta última, fue el perdón de sus pecados lo que la transformó en un océano de amor.

Se nos cuenta que Jesús fue invitado a casa de un fariseo y que estaba reclinado a la mesa. De improviso, entró una mujer cuya vida era un escándalo en el pueblo.

“Después de asegurarse de que estaba en casa del fariseo, llevó una vasija de alabastro llena de perfume”. En aquella época debían fabricarse frasco de alabastro, porque María de Betania también llevó uno cuando ungió a Jesús. hay demasiadas cosas llamativamente coincidentes en los relatos acerca de estas dos mujeres, aunque parece que eran bastantes diferentes de manera de ser.

“Ella se puso detrás de Jesús, a sus pies, y lloró”. Sin duda estaba arrepentida de sus pecados. Deseaba ser perdonada, y no sabía si lo sería. Esas era su prueba. A ella no le importaban los pecados de nadie, sino los suyos. Evidentemente, tenía muchos.

“En un arrebato”, (que ciertamente debió ser un impulso del Espíritu Santo, a juzgar por los resultados) “derramó sus lágrimas sobre los pies de Jesús, y los secó con sus cabellos. Besó suavemente sus pies y los ungió con perfume”.

El anfitrión presenció la escena avergonzado y se dijo para si mismo “Si este hombre fuera profeta” (es decir, si fuera capaz de discernir) “sabría quien, y que clase de persona es la mujer que monta este alboroto. Obviamente es una mujer de la vida”.

Me atrevería a decir que hacía falta ser profeta para reconocer que ya no era la mujer que había sido hasta hacía poco. Porque lo que había sido, ya no lo era, puesto que estaba arrepentida.

Jesús leyó sus pensamientos y dijo: “Simón, tengo algo que decirte”.

“Dilo, Rabí”, respondió él.

“Había dos hombres que debían dinero a otro. Uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como ninguno de los dos podía pagar, el prestamista les canceló la deuda a los dos. ¿Quién te parece que le amaré más?”.

Simón replicó: “Supongo que aquel a quien hizo más feliz cancelándole una cantidad mayor”.

“Has juzgado acertadamente”, respondió Jesús. Entonces, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Cuando llegue a tu casa, no me ofreciste agua para los pies (que es la costumbre de cortesía). Esta mujer ha derramado sus lágrimas sobre mis pies, y los ha secado con sus cabellos. No me diste un beso de bienvenida (que es la costumbre de cortesía), ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No me ungiste con perfume (que también es la costumbre de cortesía), esta mujer ha ungido mis pies con perfume”. De este modo Jesús compara la absoluta falta de cortesía con que le había recibido el fariseo con las extraordinarias muestras de ellas que le había dado esta mujer.

Lo que de verdad está comparando es la respuesta al perdón de sus pecados por parte de la mujer con la respuesta del fariseo al perdón que él también había recibido, y la conclusión es: “Según esto, te digo que sus pecados, por numerosos que sean, le son perdonados, porque, como ves ha demostrado mucho amor”.

Y a continuación, el comentario cargado de ironía “Claro que al que se le perdona poco, muestra poco amor”.

Con otras palabras: “Puesto que no te crees muy pecador no se te puede perdonar mucho”.

Este fariseo es un ejemplo magnífico de alguien que se conoce poco a sí mismo, que no conoce su propio pecado, que está más o menos contento con sus virtudes y su servicio a Dios, y que casi se atreve a pensar que Dios le debe algo. El resultado de esta actitud es la incapacidad para entregarse, la incapacidad para amar.

En esta mujer penitente tenemos un ejemplo de aquellas personas que conocen su deterioro y su propia miseria, hasta qué punto están hundidas en el pecado, que no se lo ocultan ni a sí mismas ni a Dios (ni por lo tanto, a nadie) y que claman a Cristo para que su amor les salve.

La mujer no dice “Te debo quinientos denarios y te pagaré cinco cada mes, según lo acordado”. No. Se postra a sus pies y confía totalmente en su misericordia.

Imaginemos lo que sintió cuando Jesús se volvió hacia ella y le dijo: “Se te perdonan tus pecados”. Eso era lo que ella quería oír. No pidió ser santa, no pidió ser mística, no pidió nada. Todo lo que quería, y lo deseaba ardientemente, era librarse de sus pecados. Conectó con el punto débil de Jesús, porque ésa es precisamente la razón por la que Él bajó del cielo: “He venido a salvar lo que

estaba perdido". No lo que estaba perdido en parte, no lo que estaba en baja forma, sino lo que era completamente incapaz - *jarruinado!*

Es decir, que Jesús está dispuesto a edificar la nueva creación de la gracia sobre *nada*, que es lo que hizo con la primera creación. No pide nada más que el sincero reconocimiento de la propia necesidad, y la esperanza en su misericordia.

Ella se conmovió cuando escuchó sus palabras. Puesto que las palabras del Señor realizan lo que significan, en aquel momento fue perdonada.

Los otros empezaron a murmurar. A nadie le importaba lo que pensarán. Y a ella menos.

Jesús entonces le dijo: Tu fe te ha salvado".

¿Fe en que? *Fe en su amor*. Eso es lo que la salvó. Había disparado una flecha y dado exactamente en la diana de Jesús, en el centro de su corazón. Él lo abrió para ella y para todo el que comprendiera, que quisiera seguir sus pasos y experimentar la invasión de la misericordia. En aquel momento Jesús la santificó.

De este modo, las tres mujeres cuya fiesta celebramos en el día de Santa María Magdalena espiritualmente son sólo una. Podemos sintetizar su actitud hablando de un hilo de esperanza, lo mismo que ocurrió con la cananea. Pero al que se agarran, cuando todas las ayudas humanas han desaparecido, con fe en su amor.

En su fiesta celebramos el momento en que comprendemos que la fe y la esperanza han cumplido su misión. Es la fiesta de los que han alcanzado, mediante la humillación y el sufrimiento una permanente unión con Cristo.

EL DESARROLLO DE LA ATENCIÓN ESPIRITUAL

Al reflexionar sobre la fiesta litúrgica de Santa María Magdalena, sugería que, aunque conmemoremos a tres personas, espiritualmente las tres son una. Todas llegaron a un conocimiento profundo de Cristo, no intelectualmente, sino, a través de la experiencia del amor – la única manera en que alguien puede acceder de verdad al conocimiento de las realidades divinas. Superaron la crisis de la fe y de la esperanza, y llegaron a Dios a través de la humillación y el sufrimiento.

En los salmos tenemos ejemplos de lo que dicen a Dios este tipo de personas cuando Él les da esta gracia. El Salmo 34 es como su canto. Fue escrito por David tras haber escapado de la presencia de Akis, el rey filisteo de Gat (1 Sm 21, 11-16).

La historia es la siguiente: David estaba huyendo de la persecución de Saúl. Justo inmediatamente antes de este episodio, Saúl había intentado matar a David clavándolo a la pared con una lanza, pero falló (1 Sm 19, 8-10). Entonces Saúl empezó a perseguirlo como a un perro. David huyó al campamento del rey filisteo. Doeg, que estaba al servicio de Saúl, estaba también allí. Al comprender que estaba atrapado, David finió que estaba loco. Lo cual era una humillación no pequeña para el poderoso guerrero que había matado a Goliat, pero Dios quería humillarle. David empezó a golpearse contra la pared y a mesarse la barba como un loco.

El rey Akis, que esperaba un guerrero poderoso para unirlo a sus tropas dijo: “¿Por qué me habéis traído a este loco? ¿No tengo ya bastantes locos a mi alrededor? ¡Echadle fuera!”

De este modo, David consiguió escapar. Su reacción a la respuesta de Dios a su súplica de liberación es la misma que la de las tres mujeres. Es una manera magnífica de responder a los dones de Dios y a su gracia – lo único que Él pide. El corazón de David se derritió en gratitud a Dios. A lo largo de los salmos encontramos ecos de esta actitud. Por eso son una escuela tan valiosa de oración. Nos enseñan cómo debemos reaccionar a los dones de Dios, y, si el espíritu de los salmos nos cala hasta los huesos, realmente sabremos cómo rezar.

Esta es exactamente la gratitud que experimentó María de Betania cuando vio a Lázaro saliendo del sepulcro después de cuatro días. O la mujer pecadora cuando comprendió en lo profundo de su corazón, que lo que más había deseado, el perdón de sus pecados, le había sido otorgado gratis por el Señor. Sólo les quedaba agradecer. El Salmo 34 brota de una efusión de amorosa alabanza.

Escuchemos unos cuantos versículos: “Bendeciré al Señor en todo momento. Su alabanza estará siempre en mi boca”.

La alabanza es el fruto del amor. El corazón de la comunidad cristiana arde en deseos de alabar a Dios. Siente una necesidad urgente de alabarle, no sólo de vez en cuando, sino en todo el tiempo, por las gracias que él derrama en cada momento sobre el mundo. David, y las mujeres que conmemoramos en la fiesta de Santa María Magdalena, están bajo la influencia de la misma gracia. Han entrado más profundamente en el corazón de la comunidad cristiana, cuerpo místico de Cristo, y tienen que alabar a Dios. Es una necesidad del amor y de la gratitud.

Continúa: “Mi alma glorifica al Señor; los pequeños me oirán y se alegrarán”. Los pequeños, es decir, los que se han humillado como yo”. Ellos comprenderán lo que grito y por que salto de agradecimiento y de alegría. Dios es tan bueno. Ha sido tan bueno conmigo.

“¿Cómo glorificar al Señor conmigo?”. Exaltemos juntos su nombre. Su nombre expresa lo que Dios es, es decir su misericordia y su bondad, que David ha experimentado.

Luego describe lo que ha ocurrido: “Busque al Señor y me respondió y me libró de todos mis miedos”. Esta vez David estaba asustado. Como la mujer pecadora, o sabía si el Señor iba o no a responderle.

“Contempladle para que estéis radiantes de alegría; y vuestro rostro no se avergonzará”. Es un hombre afligido el que grita, y el Señor lo escuchó y lo salvó de todas sus angustias. “El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen, y él los libra”. David no duda en absoluto de que va a recibir la protección segura y continua del Dios vivo.

A continuación viene el verso que más me interesa destacar: “Gustad y ved qué bueno es el Señor. Feliz el hombre que se refugia en Él”.

La comunidad cristiana ha incluido este versículo en varios cantos de comunión. Viene a expresar un misterio del amor, el hecho de que alcanzamos un mayor conocimiento de Dios por el amor que por la reflexión intelectual.

En la relación normal con las cosas, primero entendemos y conocemos, y luego amamos. Por ejemplo, primero estudiamos filosofía u otra materia, durante muchos años, y después disfrutamos resolviendo problemas por intuición. Pero en el orden sobrenatural es al contrario. Según el salmista, debemos primero gustar, disfrutar, y luego entender. Debemos primero experimentar a Dios por el amor antes de poder entenderle y responderle como hicieron David y aquellas tres mujeres.

Los sentidos espirituales son una analogía de los corporales: vista, oído, olfato, tacto y gusto. En las cosas materiales, el gusto y el tacto son los más íntimos, porque un objeto debe estar físicamente presente para que lo gustemos o toquemos. Está menos presente físicamente cuando lo vemos, lo oímos o lo olemos. Tocamos por dentro cuando un objeto está interiormente presente. Dios está substancialmente presente en lo más profundo de nuestra alma, y si Él hace sentir ahí su presencia, la analogía más adecuada es la del gusto – la experiencia más íntima, y más directa de nuestros sentidos. Es una analogía; no una realidad físicamente presente, pero constituye una experiencia espiritual.

Los Padres de la Iglesia nos recuerdan continuamente que la experiencia de los sentidos espirituales exige una ascesis, para que no dependamos de las realidades exteriores ni del conocimiento natural para ir a Dios. La purificación de los sentidos exteriores es necesaria para experimentar la realidad a través de los sentidos espirituales. Y por eso David nos dice, nos invita, nos urge, a que nos humillamos, a que tomemos el camino que él tomó, de sufrimiento y humillación, para que podamos “gustar” la sublime experiencia de Dios y entender qué maravilloso es Él.

Quoniam suavis est Dominus, es como se dice en latín “Qué bueno es el Señor”. Es decir, qué agradable, qué bien resulta, qué estupendo, qué parecido a volver a casa es la experiencia de Dios.

La misma palabra se utiliza en este dicho de Jesús “Tomad mi yugo sobre vosotros porque mi yugo es llevadero (*suave*) y mi carga ligera” (Mt. 11, 29-30). La palabra latina *suave* no es fácil de traducir. Viene a significar que la voluntad de Dios está como hecha a medida; se ajusta a uno, se adapta a todas nuestras arrugas, a todas nuestras mañas.

La experiencia de Dios, por lo tanto, es siempre adecuada. Se adapta a cada uno. Es lo que uno ha estado buscando. Aunque nada será plenamente satisfactorio hasta que lleguemos al cielo, sin embargo, mediante los sentidos espirituales, esta experiencia sorprende como cuando volvemos a casa: es algo que siempre ha debido estar ahí y que de repente comprendes que lo está. “Gustad y ved”.

El resultado de esta experiencia es la vuelta total a Dios que ejemplifican las tres mujeres: María de Betania, vaciando el frasco entero de perfume sobre la cabeza de Jesús (Mt. 26, 7), María Magdalena arrojándose en sus brazos (Jn. 20, 16). No se nos dice lo que hizo la mujer pecadora, se deja a nuestra imaginación. Pero cada una cantó a su manera el salmo 34.

Si superamos las pruebas que se nos presentan, cantaremos la misma canción.

LOS SENTIDOS ESPIRITUALES

La doctrina sobre los sentidos espirituales procede de los primeros Padres de la Iglesia. Los sentidos espirituales describen a grandes rasgos los diversos niveles de la experiencia psicológica que tiene lugar cuando se despierta la atención espiritual. No se puede dar una definición exacta de ellos porque son espirituales, y las cosas espirituales solamente pueden ser descritas negativamente o mediante símbolos que nos las sugieren sin decirnos lo que son.

El evangelio de Lucas habla de la casa de una familia donde Jesús solía pasar la noche en sus viajes a Jerusalén, un lugar donde podía descansar tras sus duras jornadas de enseñanza en el templo. Un día hablaba con María de Betania, que estaba sentada a sus pies, mientras su hermana Marta se ocupaba de preparar la comida. Marta se quejó de que María perdiera el tiempo, y de que no le ayudara en las faenas. María no estaba perdiendo el tiempo, sino que estaba interiormente presente a las palabras del Señor. De hecho, en alguna traducción se dice que escuchaba *su palabra*. El singular indica que iba más allá del contenido de las palabras y que escuchaba a *la persona* que hablaba. Recordemos lo que sentimos cuando estamos ante alguien fascinante. Cuando esa persona habla, todo se desdibuja y ya no prestamos atención a lo que se dice. Pasamos de escuchar con los oídos a escuchar con el corazón.

A medida que cultivamos la amistad con Cristo, llega un momento en que también nosotros vamos, más allá de las palabras concretas del evangelio, a la persona que habla, la Palabra eterna encarnada en Jesús y que se nos revela en el texto. María de Betania es un ejemplo del proceso de asimilación de la palabra de Dios en niveles de atención cada vez más profundos. Cuando estamos atentos a la persona de Cristo que nos habla a través del texto, hemos conseguido la atención espiritual. El objetivo de toda práctica devocional verdadera y de todo método de oración es que alcancemos una relación verdaderamente interpersonal con Cristo. Esto implica relacionarnos no sólo con las palabras de Jesús, o con los detalles de su presencia física, sino con la *persona* de Jesús, la Palabra eterna hecha hombre.

Poco a poco, la atención espiritual – ese no-saber conceptual o sentimental – llega a ser habitual. La presencia de Dios se insinúa en nuestra conciencia en la oración y continúa desarrollándose después. Entonces es cuando la enseñanza de los Padres de la Iglesia puede ayudarnos a entender las riquezas escondidas en esta atención espiritual. Hablan de la experiencia inicial de la presencia de Dios

como un perfume. Esto lo atribuyen al sentido espiritual del olfato. El olfato, uno de los sentidos externos, es la atracción o repulsión que experimentamos cuando a nuestro alrededor hay un olor agradable, o desagradable. El aparato olfativo apenas tarda en aceptar o rechazar un olor concreto. Si es glicina o un perfume, lo disfrutamos; si es ajo, o algo desagradable, nos marchamos a otra habitación.

El sentido espiritual del olfato se manifiesta por un atractivo para la oración, la soledad y el silencio, para estar tranquilo y esperar a Dios con atención amorosa. Esta atracción nos conduce irresistiblemente a un encuentro con Cristo incluso cuando Él hace mucho que no se nos manifiesta. Las palabras del Cantar: “Atráeme, correremos tras el olor de tu perfume”, no significan que vayamos a experimentar el olor de un perfume delicioso. Más bien, experimentamos la presencia de Dios *como* si su presencia fuera un olor delicioso que sale de dentro y que nos trae a él. No podemos controlar este perfume; sólo podemos percibirlo o seguir su rastro. Se comunica a su manera, cuándo y como Dios quiere.

Si el atractivo por la oración y el silencio perduran, independientemente de que nos sintamos o no consolados, será una señal de que se nos está dando la gracia de la oración contemplativa. Esta gracia nos atrae a la práctica diaria de la oración independientemente de su contenido psicológico.

Los Padres de la Iglesia percibieron que consciencia de la presencia de Dios, despertada por la práctica de la oración contemplativa, no es estática. Es una relación dinámica que se va desarrollando y haciéndose más íntima, unificada y profunda. La voluntad es la boca del alma. Cuando el Espíritu Santo derrama el amor divino sobre esa facultad, todo nuestro ser experimenta a Dios, no sólo como una atracción, sino como una Presencia. En eso consiste la experiencia interior de ser abrazados por Dios. Los Padres atribuían esta experiencia al sentido espiritual del tacto.

La imagen de Juan en la última cena, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Cristo, es un símbolo de este segundo despertar. Fijaos que el texto dice que Juan apoyaba su cabeza en el *seno* de Jesús. La costumbre de aquella época, cuando se reclinaba uno a la mesa, era apoyarse en un brazo y comer con el otro. Por lo tanto, era fácil para Juan, que estaba reclinado cerca de Jesús. La palabra “*seno*” hace referencia al hueco del tórax, al lugar entre los pechos. No podía estar más cerca. En esa postura, Juan tenía su oreja pegada al corazón de Jesús, que es donde tiene lugar el máximo desvelamiento divino.

El sentido espiritual del tacto es mucho más íntimo que el sentido del olfato y la atracción del perfume delicioso de la presencia de Dios. El toque divino, igual que su perfume, no es una sensación física. Es más bien *como si* Dios tocara o abrazara nuestro espíritu. El abrazo divino puede parecer como si Dios descendiera de arriba y nos rodeara en un abrazo, o como si nos abrazara desde dentro, y nos diera un beso en el centro de nuestro espíritu. Nuestra identidad propia desaparece, y por un momento Dios es todo en todo. El gozo que procede de esta profunda fuente espiritual puede desbordarse en los sentidos externos, y entonces el cuerpo también goza. El Espíritu de Dios puede transformar todo el organismo en una intensa celebración de amor, paz y alegría – un “*alleluia*”, por decirlo con las palabras de Agustín de Hipona.

El sentido espiritual del gusto implica una comunicación aún más profunda de Dios. El salmista nos urge a estar abiertos a esta gracia: “Gustad y ved que el Señor es dulce”. Una cosa es estar tan cerca de alguien que podamos tocarlo, y otra que penetremos su espíritu. Sólo Dios que habita en lo profundo de nosotros, puede ser experimentado de una manera tan profunda e íntima.

Cuando saboreamos algo, normalmente lo consumimos y lo transformamos en nuestra propia sustancia; se hace algo nuestro. En la unión divina, la presencia de Dios surge no sólo como una atracción o un abrazo irresistible, sino como una presencia unificadora en lo más profundo de nosotros mismos. Ahí es donde tiene lugar la gracia de Pentecostés: Cristo que vive nuestra vida, o más exactamente viviéndonos. Cuando todo nuestro ser está enraizado en Dios, le vemos en todo y vemos todo en él. Esto no es fruto de una sola experiencia, por lo menos normalmente, sino el desarrollo pleno de los sentidos espirituales. Una vez que hemos accedido a la experiencia del gusto espiritual, nos podemos mover por los sentidos espirituales como los ángeles por la escala de Jacob, símbolo de la relación con Dios en todos los niveles de nuestro ser.

Alguien podría objetar: “Ese don que recibió María Magdalena sentada a los pies de Jesús y escuchando sus palabras es magnífico, pero ¿cómo puede la gente normal que nunca conoció a Jesús en la carne, esperar la misma gracia? Y si hablamos de Juan, descansando en el pecho del Señor, nadie puede esperar disfrutar de esa posición privilegiada”.

Es cierto que Dios dio a esas personas la gracia simbolizada en las circunstancias externas. Él comunicó el perfume interior de su presencia a María de Betania, y el toque de la unión divina a Juan; sin embargo, Dios dio a todos los apóstoles, en la última cena, la gracia de la unión divina al ofrecerles el pan y el vino transformados en su presencia física y espiritual. De este modo, al recibir la eucaristía, a nosotros también se nos ofrece la gracia que corresponde al sentido espiritual del gusto, la forma más elevada del despertar espiritual.

Lo mismo que hay una gracia mayor que el perfume del Amado, una gracia mayor que el toque de Cristo, y una gracia mayor que el gusto de Dios, hay una gracia mayor que la experiencia de la unión divina. Siempre que reflexionamos sobre nosotros mismos, somos conscientes de una dualidad, y la presencia divina nos invita no sólo a la unión, sino a la unidad. Fijaos en la distinción que Jesús hace, en el discurso de la cena, entre estos dos estados. Por encima de cualquier experiencia, por muy espiritual y profunda que sea, permanece el misterio de la pura fe y del amor puro. En eso consiste la capacidad que tenemos de entrar en la unión divina. Dios, energía divina, es tan poderoso y tan íntimo que ninguna facultad humana puede percibirlo en su esencia. Pero la fe recibe la gracia de la unión divina. La convicción creciente, que nace de la experiencia espiritual y de la purificación de la oración contemplativa, nos despierta poco a poco a la realidad de la fe como camino estrecho que conduce al puro amor de Dios. San Juan de la Cruz dice que la fe es un rayo de luz en la oscuridad. Un rayo de luz que atraviesa el vacío es imperceptible si no hay polvo que refleje la energía como luz. Y sin embargo, la energía está totalmente presente en ese lugar.

La oración de la fe nos libera de nuestras expectativas y de cualquier apego al desarrollo de los sentidos espirituales. La contemplación se manifiesta no sólo por los sentidos espirituales, la presencia sensible de Dios y la cada vez mayor inmersión de nuestras facultades en la presencia divina; se manifiesta igualmente en la convicción de la pura fe y en el total sometimiento del puro amor que cree que la energía divina se derrama continuamente en nuestro espíritu, pero a un nivel demasiado exquisito y demasiado sublime para que podamos percibirlo en esta vida. Esta comunicación divina es la esencia de la contemplación. San Juan de la Cruz la llama la escala a la divina unión.

EL IMPULSO DE LA ESPERANZA HACIA EL AMOR

Nos hemos fijado en unos personajes del evangelio, que se caracterizan porque quieren algo: el funcionario real, el centurión, María de Betania, su hermana Marta, María Magdalena, la mujer cananea y la mujer pecadora. Todas estas personas le pidieron algo a Jesús. Soportaron la humillación y el sufrimiento, para obtener algo que a otros se les dio en cuanto lo pidieron. Jesús los tomó de la mano, por decirlo de alguna manera, guiándolos paso a paso de una fe débil a una fe fuerte y viva, una fe que poco a poco Él mismo fue transformando en esperanza. El resultado de esta esperanza fue una vuelta completa a Dios, una conversión en el más pleno sentido de la palabra. Así es como acaba resolviéndose la crisis e la fe.

Recordemos que el mensaje original del evangelio es: “Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca, ya llega” (Mt. 4, 17).

“Haced penitencia” significa “Convertíos” o “Cambiad el corazón”. no significa “Haced una serie de ejercicios religiosos, aguantad una serie de pruebas hasta alcanzar tal nivel de austeridad”, sino “Dejad que vuestro corazón sea transformado”.

Ese es el fruto maduro de la crisis de la fe. Cambia radicalmente, interiormente, en lo más profundo, nuestros valores, nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. María de Betania se convirtió a Jesús desde lo profundo de su ser cuando vio a su hermano salir del sepulcro. En aquel momento se entregó totalmente a Dios, expresándolo con el gesto generoso de derramar sobre Él el perfume de su amor durante la cena en casa de Simón el leproso.

Hemos dicho que la crisis de la fe es la primera parte del proceso de crecimiento. Hay además otras crisis que pasar para poder entender plenamente “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” (Ef. 3, 18) del amor de Dios, al que nos invita la gracia del bautismo. Esta crisis corresponde al paso de la adolescencia a la edad adulta.

La segunda crisis es una purificación del amor.

¿Necesitamos purificar el amor?

Recordemos los episodios de María de Betania, de la mujer cananea y de la mujer pecadora cuando recibió la seguridad del perdón de sus pecados. La ola de gratitud que se derramó en sus corazones, inundándolas de amor y de alabanza, no debió desvanecerse en unas horas, ni en unos días. Concedió a cada una, una unión estable con Cristo, que se tradujo en la práctica; esperaron en su

misericordia, una esperanza que a partir de entonces las hizo fuertes a pesar del desánimo, las pruebas, las dificultades e incluso la misma muerte del Señor.

Imaginemos que por la gracia de Dios nuestra fe ha sido purificada y que hemos experimentado que nuestra esperanza y nuestra confianza han madurado en amor. Sabemos que amamos a Dios y que no buscamos tanto sus favores cuanto a Él mismo. ¿Pensaríamos que un amor tan fuerte necesita aún purificación?

Miremos a María, la madre de Jesús (Lc 2, 41-52). Podríamos pensar que, al menos, ella era perfecta en el amor y en la gracia desde el principio. Pero la idea que Dios tiene del amor es distinta de la nuestra.

Si aceptamos como históricos los relatos de la infancia, la Sagrada Familia cumplía cada año el precepto de visitar el templo de Jerusalén, según la costumbre judía. En una ocasión, cuando Jesús tenía doce años, se perdió. María y José habían iniciado el camino de vuelta a casa y llevaban ya un día de camino cuando le echaron de menos. Volvieron a Jerusalén en su busca. Le buscaron durante tres días. Para María fue como un anticipo de su muerte, y para José, la gran prueba de su vida, después de la cual el evangelio no vuelve a hablar de él.

Tenemos la tentación de preguntar lo mismo que María cuando por fin lo encontró. ¿Por qué Jesús no le dijo lo que iba a hacer? Actualmente, si un chico se escapa de casa, se le considera un niño conflictivo y corre el riesgo de acabar en manos de un trabajador social. Lo buscaron por todas partes. Cuando unos padres cariñosos pierden un hijo, la pena de cada uno aumenta la del otro. Debían estar destrozados después de tres días y tres noches. Podemos imaginar su sorpresa cuando lo encontraron en el templo, en medio de los rabinos, aparentemente pasándolo la mar de bien. El evangelio no dice que hubieran estado discutiendo todo el tiempo. Los rabinos estaban encantados con su inteligencia y sus respuestas.

Sus padres se alegraron de verle y le abrazaron. María no pudo resistir una palabra de reproche a pesar de su alegría. Después de todo, era su hijo. Le dijo lo que cualquier madre le diría a un hijo que se ha escapado de casa y que ha desaparecido sin decir nada: “Hijo ¿por qué has hecho esto con nosotros? ¡Tu padre y yo estábamos angustiados mientras te buscábamos!”

Ni siquiera María pudo en ese momento ocultar sus sentimientos. Su disgusto había sido enorme. Hablar de ello aliviaba la tensión. Pero Él no manifestó ninguna señal de arrepentimiento, y dio la impresión de estar satisfecho con lo que había ocurrido.

Entonces tiene lugar una afirmación extraordinaria. ¡Sólo Dios puede pronunciar semejante reproche! Vemos a una mujer destrozada, su propia madre, y a José, intentando ocultar sus sentimientos. Jesús les dice: “¿Por qué me buscáis? No sabías” – es decir, no deberíais saber – “que tengo que ocuparme de los asuntos de mi Padre?”

“Pero ellos no entendieron el sentido de la respuesta que les dio”. Estaban atónitos.

Tras haber dicho esto, tras haber dejado perfectamente claro quien era él y cuál era el lugar de ellos, “bajó con ellos a Nazaret y le estaba sujeto”. Esa era la voluntad de su Padre, por el momento – durante muchos años.

Debió ser María quien contó este episodio a Lucas. Quizá quería que supiéramos que a ella también había que recordarle que la voluntad de Dios tiene que ir por delante de cualquier deber y de cualquier afecto, por muy legítimo que sean, incluso los queridos por Él, como el amor de un hijo a su madre.

Según la doctrina de la Iglesia Católica, María no padeció el pecado original ni sus consecuencias. Era dueña de todos sus sentimientos y emociones, y una hija perfecta de la gracia. Pero también necesitaba que Jesús le recordara la primacía de la voluntad de Dios. Aunque estaba perfectamente unida a esa voluntad durante la prueba de la búsqueda de su hijo, su comportamiento para con ella la desorientó. Y como en todos los casos de respuestas enigmáticas y de aparentes reproches, la respuesta de Jesús era una invitación a una nueva profundidad de pureza de corazón, a una nueva efusión de amor divino. Y le recuerda a su madre: “No soy sólo tu hijito. Soy el hijo de Dios vivo. Él es mi Padre. Y debo de hacer lo que Él me ha encomendado”.

Démonos cuenta de que esto implica que José no es su padre en el sentido normal de la palabra.

Hasta este momento, Jesús había sido un hijo obediente. ¿Había que recordarles que no les pertenecía tanto ellos cuanto al Padre, y que su voluntad debía estar por encima de todo, incluso de *ellos*?

Naturalmente, ¿cómo podían saber que la voluntad del Padre iba a exigir esta misión a su hijo – que tenía sólo doce años – y les iba a dejar a ellos al raso?

Lo mismo nos ocurre a nosotros cuando pensamos que amamos a Dios todo lo que podemos y que experimentamos su amor a nosotros. Cuando todo está en paz y hemos superado con éxito las pruebas de la fe y alcanzado lo que parece una esperanza indefectible en el Señor, de repente, sin razón aparente, llega una nueva llamada a purificar nuestros corazones y a abrirlos una vez más a la búsqueda interior del amor divino.

Cuando en la liturgia del ciclo de Navidad se proclama esta lectura, la oración colecta pide que se nos manifieste “la voluntad de Dios perfecta, buena y agradable”. Esta oración sugiere que hay niveles de sometimiento a la voluntad de Dios. La buena voluntad de Dios es su voluntad por encima de cualquier afecto. Y la perfecta voluntad de Dios es su voluntad por encima de cualquier otro amor, inclusive nosotros mismos.

Nunca tuvo María ninguna duda acerca de su sometimiento a la voluntad de Dios, bajo ningún concepto. Y sin embargo, Él quería continuar perfeccionando la pureza de su adhesión a la voluntad del Padre.

Tras habérselo recordado, hizo las maletas y bajó con ellos a Nazaret y volvió a ser otra vez un hijo obediente – hasta que llegó el momento de abandonarlos para siempre, para llevar a plenitud la redención del mundo.

EL OBOLO DE LA VIUDA

El evangelio de Lucas nos ofrece otro ejemplo sobre la crisis de amor. Si comprendemos estos versículos, hemos entendido a Jesucristo. Aquí tenemos una de las grandes revelaciones de la Escritura.

Jesús estaba un día en el templo, cuando “vio que la gente echaba su ofrenda en el tesoro” (Lc 21, 1-4)

Debía ser una caja como la que muchas iglesias tienen en la puerta. En cualquier caso, se fijó en cómo iba creciendo la colecta. Había ricos que echaban su ofrenda. Pero Él se fijó en una pobre viuda que echó dos moneditas. Entonces sus ojos se llenaron de alegría y quizá de lágrimas, dijo a sus discípulos: “En verdad os digo que esta viuda, pobre como es, ha echado más que nadie. Porque todos los demás han echado de lo que les sobra, pero esta mujer ha echado lo que necesita para vivir”.

Justo antes de este episodio, Jesús había hablado de los escribas: “Tened cuidado de los escribas que se visten de ropas finas y celebran ceremonias en las plazas públicas; se sientan en los sitios principales en las sinagogas y en los puestos de honor en las comidas. Devoran la hacienda de las viudas y recitan largas oraciones por las que recibirán un castigo” (Lc 20, 45–47).

Jesús desprecia las apariencias, y especialmente las piadosas. Y entonces llega esta pobre señora. Ella no tiene ni idea de que Jesús se está fijando en lo que hace. Por lo que sabemos, nunca supo la impresión que le causó a Jesús. ni Él tampoco la llamó después y le dio unas palmaditas en el hombro. Ni le devolvieron nada por su generosa ofrenda.

¿Quién es esta viuda? Ante todo, era una viuda, es decir, no tenía un marido que la sostuviera. Era además una mendiga. Había perdido todos los apoyos materiales. Echó su dinero “en el tesoro”, que podemos interpretar como el tesoro de la Iglesia, por cuyos méritos se salvan los pecadores y se santifican los santos. Echó todo lo que tenía, que eran dos moneditas. Podemos libremente interpretar que eran todo lo que constituye la naturaleza humana, es decir, el cuerpo y el alma. No tenía excedentes, es decir, no tenía nada que ofrecer más que su cuerpo y su alma. Y puesto que eso era todo lo que tenía, ofreció más que nadie.

¿No nos recuerda esto la doctrina, repetida una y otra vez de los evangelios, de lo que Dios desea de nosotros en el don, no de nuestro dinero, sino de lo más profundo de nosotros, el don de nosotros mismos? Ese don es más precioso que todo lo demás que podamos ofrecerle, y que podemos considerar excedentes: dones naturales, como la predicación, la enseñanza, la administración, la capacidad de relación; dones carismáticos, como el don de lenguas, de hacer

milagros, de curar enfermos. Estos son los excedentes que mucha gente buena echa generosamente en el tesoro de la Iglesia.

Entonces llega esta viuda. Es un símbolo de una vida total y únicamente orientada hacia la búsqueda de Dios.

Tiene muy poco que ofrecer. Sólo tiene la pobreza, su soledad, su debilidad – su necesidad extrema.

Ese es exactamente el sacrificio que Job, después de la actuación del demonio sobre él, ofreció a Dios desde el estercolero (Job 2,8). Todas sus cosas buenas, todos sus logros humanos, todos sus valores – lo que yo llamo sus “excedentes” – le habían sido arrebatados, y Job ofrecía a Dios el don radical, el don de sí mismo.

Si hemos comprendido el significado de este episodio, hemos comprendido el misterio y el poder de una vida escondida de oración. Aunque ciertamente queremos hacer un uso razonable de nuestros talentos, servir a los demás y cumplir bien nuestras obligaciones, eso no es lo esencial. El don que Dios quiere que le ofrezcamos es mucho más difícil que todas las demás formas de servicio, porque es el don total de nuestro ser – de nuestro ser más profundo, sea el que sea. Generalmente incluye mucha pobreza, debilidad, pecado. Y eso es lo que normalmente predomina en nuestra consciencia. Esta ofrenda de nuestra indigencia espiritual es un don para el cual no hay recompensa en esta vida. Agradamos a Cristo cuando no tenemos nada de que presumir tras largos años de servicio y sin embargo continuamos sirviéndole. Pero cuando alguien así llega al cielo, el descubrimiento será impresionante.

Pocas personas aspiran a este don. Quizá por eso la Iglesia está hoy tan dividida. Estas dos moneditas, o mejor dicho, el don total de uno mismo que representan, no caen en el tesoro con demasiada frecuencia. Jesús miraba el tesoro precisamente para tener la alegría de ver a esta pobre viuda acercarse y depositar – sin hacer ruido, porque era muy pequeña – su diminuta ofrenda. Esto es, en resumen, lo que la vida escondida significa, un don que no es especialmente llamativo. Su poder apostólico consiste en que conmueve profundamente el corazón de Cristo, fuente de la gracia.

LA RECOMPENSA DEL ÓBOLO DE LA VIUDA

La ofrenda de esta viuda es substancialmente la misma que la de María de Betania (Mt. 26, 6-7). Recordemos que ofreció a Jesús todo el contenido de un frasco de perfume. No nos sorprende que ofreciera perfume. Todo el mundo sabía que amaba a Jesús, y que aquel perfume era un símbolo de su amor. Pero lo que produjo el asombro de todos los presentes en la cena y la indignación al menos de un discípulo fue la generosidad del don, el gesto extraordinario de derramar, no unas gotas del valioso unguento, sino *todo lo que había en el frasco*.

“Aquí está”, dijo, hablando con el gesto, más que con las palabras. Lo más que se esperaba era una gotita.... Ella *rompió* el frasco y derramó todo el perfume sobre su cabeza. No pensó en dejar un poco para el día siguiente, o para otra persona, o para si misma. No pensó en el precio. El elemento fundamental de la historia es la *generosidad* del don. Eso es lo que conmovió tanto a Jesús. Por eso quiso Él que este gesto se recordara siempre, “En donde quiera que se predique este evangelio” (Mt 26, 13).

El evangelio nos dice que la viejecita ofreció “todo lo que tenía para vivir” (Lc.21, 4). Numéricamente no era mucho – dos moneditas – pero era todo lo que tenía. Jesús se dio cuenta inmediatamente y llamó la atención de los discípulos exactamente de la misma manera que lo hizo sobre la ofrenda de su amiga., María de Betania

Sería vanidad de nuestra parte pretender ofrecer algo grande a los ojos de los demás o ante los nuestros. Las personas intelectuales albergan la secreta esperanza de alcanzar a Cristo por su inteligencia. Las que tienen mucha fuerza de voluntad, esperan llegar a Él mediante sus austeridades o sus actividades. Ambos medios son útiles, pero no son definitivos. Son solo medios. Si nos sentimos atraídos hacia uno o hacia otro, podemos tender a hacer de ellos fines, en vez de medios.

Lo que Cristo valora es la entrega de un corazón verdaderamente humilde. Por ningún otro medio podremos alcanzarle, y menos lograr la perfecta unión. Así de sencillo y así de difícil. No tenemos que tener nada para ofrecer, sólo tenemos que poseernos a nosotros.

En la escuela a la que acudí de niño había un programa de gimnasia muy bien diseñado para que los chicos estuviéramos ocupados durante el tiempo libre. Consistía en una serie de pruebas de atletismo, como trepar por una cuerda o por un poste, salto de altura, salto de longitud, etc. en cada una de estas pruebas se

ganaban una serie de puntos, y al final del año el chico que tuviera más puntos recibía una copa preciosa en la que estaba grabado su nombre.

El profesor de gimnasia era una de esas personalidades geniales que dirigen a veces los programas de atletismo, conocido cariñosamente como “Jefe”. Uno de los ejercicios más difíciles y emocionantes era el de trepar por una cuerda. Durante esta prueba, el Jefe solía tener en la mano un gran cronómetro. Los participantes daban un paso al frente, agarraban la cuerda con las manos, y cuando el Jefe decía: “¡Ya!”, empezaban a subir. Llegar arriba en diez segundos, valía diez puntos. En seis segundos, sesenta puntos, en tres segundos, ciento cincuenta puntos. Había que ser muy astuto y fuerte para subir tan deprisa. Era un ejercicio para el que hacía falta mucha musculatura.

Algunos chicos solían subir la cuerda a gran velocidad. Había uno, que se llamaba Joe, que era un intelectual. Como suele ocurrir con los intelectuales de esa edad, estaba muy gordo. A Joe esta actividad le resultaba humillante. No podía levantarse del suelo.

Cada vez que llegaba este ejercicio él agarraba la cuerda. Cuando el Jefe decía: “¡Ya!”, entonces Joe se balanceaba inútilmente en medio de las burlas de sus compañeros. Era la ocasión de vengarse de todos los sobresalientes que tenía en clase. El esfuerzo hacía que el cuello se le hinchara y que la cara se pusiera roja. Sus compañeros le gritaban: “¿Qué pasa, Joe? ¡Date prisa! ¡Venga, arriba!”

Un día, cuando llegó el ejercicio de trepar por la cuerda, y llamaron a Joe para hacerlo, se negó. El Jefe era espabilado y tenía un don para entrenar a aquellos chicos.

“Joe ¿no vas ni siquiera a intentarlo?”, preguntó el Jefe.

Joe contestó: “No”, la multitud se puso a abuchear.

El jefe aspiró el humo de su cigarro, y mirando de frente a Joe, le desafió con esta oferta: “Te daré un punto si lo intentas”.

¡Un punto por intentarlo! Aquel día otros habían conseguido sesenta, ochenta y hasta cien puntos. Como oferta, no era demasiado atractiva. Pero Joe dio un paso adelante, a pesar de las burlas de sus compañeros, agarró la cuerda con las dos manos, y se balanceó con su habitual incapacidad. Sopló y resopló durante treinta o cuarenta segundos, no consiguió nada, y se retiró. Era el fracaso habitual. Sin embargo, el Jefe, alardeando, puso un uno junto al nombre de Joe.

Otro chico del curso ganó la copa. Pero ¿Quién pensamos que la habría recibido si la Persona que se fijó en la viuda hubiera sido el Juez de Joe?

Cuando los ángeles de la guarda repasaron las notas al final del curso escolar, vieron que muchos habían tenido cientos de puntos. Cuando llegaron al nombre de Joe, solo vieron uno. Pero vieron también la humillación que había ras aquel único punto por intentarlo. Cogieron sus lápices y empezaron a añadir ceros. Al final se encontró con millones de puntos.

Desde el punto de vista de Dios, lo que cuentan son los esfuerzos y no los éxitos. Si aceptamos nuestra pobreza y nuestra limitación, pero seguimos intentando, tendremos más nota que nadie en el cuaderno de Dios, como le pasó a la pobre viuda. Después de todo ¿Quién la había hecho una pobre mendiga? La

acción divina nos empuja hasta el límite simbolizado por Job, en donde ya no tenemos nada que ofrecer. Y sin embargo Jesús nos pide que sigamos esforzándonos, aunque sepamos que no vamos a tener éxito. Obedecer, guardarnos la crítica, ser amable con un enemigo, parece a veces imposible. Dios nos anima diciéndonos: "Te daré un punto si lo intentas".

Y es por esto. Si nos esforzamos y recibimos ese punto precioso por intentarlo, Dios puede coger su lápiz y empezar a añadir ceros detrás. Pero si ese punto tan importante falta, los ceros añadidos no resolverán nada. Nuestra nota será sólo un cero.

¿Qué quiso decir Jesús cuando afirmó, al ver la ofrenda de la viuda, "Ha echado más que nadie?". Ella sólo echó dos moneditas. Pero Él sabía que iba a añadir ceros y que al final ella ganaría la copa. Consiguió el primer premio, pero sin saberlo. Nunca se le pasó por la cabeza que estaba haciendo algo importante. La verdadera grandeza nunca se da importancia. Su mano izquierda no sabe lo que hace la derecha (Mt 6,3).

La doctrina de Jesús es fantástica. Va derecha al corazón de lo más profundo de la realidad, y presenta auténticos valores, esculpidos en la pobreza y en la superficialidad, en todo lo secundario y lo accidental. "Hijo mío, dame tu corazón (Prov. 23, 26). Eso es lo que Él quiere. A eso él puede añadirle todo. Pero sin eso las notas que Él nos ponga serán siempre muy bajas, aunque aplaudan mucho los espectadores.

LA PLENITUD DE LA CRISIS DE AMOR

Jesús desestabilizó la sublime tranquilidad de la más hermosa vida de familia que ninguna pareja ha llegado nunca a disfrutar, recordándoles quién era Él. Quería purificar sus motivaciones. Si éstas tenían que ser purificadas ¿qué diremos de las nuestras?

En el Antiguo Testamento tenemos un caso parecido en la historia de Job (Job 1-2). Ahora no nos interesa si fue un personaje histórico o una ficción literaria, porque el mensaje es el mismo. Hay personas que se desilusionan cuando se enteran de que algunos de nuestros amigos del Antiguo Testamento son sólo una leyenda, pero si es así habrá que aceptarlo. En cualquier caso, todo lo que Job representa, y junto con él todos los demás Jobs de la historia, sí que es una realidad.

Job es el símbolo de la persona que ha alcanzado una unión con Dios profunda y estable. La Biblia lo describe como un hombre rico. Se nos enumeran sus grandes riquezas, símbolos de su estado interior. Asimismo, se nos habla de sus muchas cualidades, de su caridad generosa, de la pureza de su vida. El mismo Dios manifiesta su gran satisfacción con la conducta de Job.

Su felicidad despierta la envidia de Satanás. Si alguien piensa que se puede hacer santo sin unas cuantas peleas con Satanás, va contra veinte siglos de tradición y de experiencia cristiana. No tenemos que marcharnos al desierto, como San Antonio, para desafiarle. Si nos comportamos como es debido, pronto nos toparemos con él.

Job se preocupaba de sus asuntos, vivía santamente y edificaba a todos. Al leer el texto podemos pensar que estaba casi preparado para pasar de esta vida a la vida del cielo.

Sin embargo, el texto continua: “Un día, cuando los poderes celestiales estaban en la presencia de Dios, y entre ellos, el enemigo del hombre, el Señor le preguntó dónde había estado, ‘dando vueltas por la tierra’, dijo, ‘de un lado para otro’. ‘Entonces’, dijo el Señor, ‘habrás visto a mi siervo Job. Es un hombre auténtico, honesto, que no tiene igual en la tierra. Teme a su Dios y se guarda de hacer el mal”.

La respuesta de Satanás expresa su envidia hacia esta gente, así como su insolencia. No tiene reparo en decirle a Dios: “Job teme a su Dios y no pierde nada con ello. Su vida, su familia y sus posesiones están protegidas por ti, y tú bendices todo lo que él emprende. Sus bienes materiales aumentan sin cesar. ¡Ciertamente,

no pierde nada sirviéndote! Tócalo sin embargo un poco, atacando su riqueza, y ya verás cómo se aparta y blasfema de ti”.

Dios no supo que responder. Tuvo que admitir esa posibilidad. Ciertamente, la virtud de Job no había sido del todo probada. “De acuerdo”, dijo Dios, “haz con sus posesiones lo que quieras, pero a él no lo toques”. Entonces el demonio se retiró de la presencia de Dios.

No podemos echar a Dios la culpa de esta situación. El demonio existe. No podemos escapar de su envidia cuando empezamos a crecer en la vida de la gracia. Pero Dios utiliza la astucia del demonio para que sus siervos crezcan más deprisa y más fuertes. Job es una de esas personas para las que la crisis del amor empieza por una serie de tragedias personales inesperadas, que afectan a sus posesiones, a su familia y finalmente a su propia salud.

Estaba sentado en casa de su hijo mayor, bebiendo un vaso de vino, cuando fueron llegando una serie de mensajeros trayéndole malas noticias. El primero le contó que sus bueyes y sus asnos habían sido robados, y que habían matado a todos sus servidores menos uno; el segundo, que un rayo había matado a sus ovejas; el tercero, que unos bandidos se habían llevado sus camellos. Cuando estaba recuperándose de estas desgracias, llegó otro mensajero y le dijo que todos sus hijos e hijas estaban en casa cuando se levantó una tormenta; el techo se desplomó y todos murieron.

¿Cuál fue la reacción de Job “se levantó, rasgó sus vestiduras, se afeitó la cabeza y se postró en el suelo en reverencia”.

Expresa su fe incommovible y su profunda resignación con estas palabras: “Desnudo vine a este mundo desde el vientre de mi madre, y cuando me marche, me iré desnudo. El Señor lo dio, el Señor lo quitó. No acontece nada que no sea la voluntad del Señor. Bendito sea el nombre del Señor”.... “En todo esto Job no pecho ni profirió insensateces contra Dios”.

Así acaba el primer capítulo. Podríamos pensar que en ese momento Job recibió la palma del martirio. Había alcanzado el mismo nivel de amor que el rey David y que las tres mujeres a las que conmemoramos en la fiesta de Santa María Magdalena. Pero ahora este mismo amor va a ser probado. Job permanece unido a Dios en medio de su dolor, demostrando así que ama a Dios por encima de todos sus bienes y más que a su familia.

En el capítulo segundo, Satanás vuelve a actuar de la misma manera. “De nuevo los poderes celestiales vinieron ante al presencia de Dios, y en medio de ellos estaba el enemigo del hombre. Y dijo lo mismo acerca de sus viajes. Había estado dando vueltas por la tierra, de un lado para otro.

“Bien”, dijo el Señor, “ya has visto a mi siervo Job. No hay nadie como él en la tierra, un hombre tan verdadero y honesto, siempre temeroso de Dios y que se cuida de no hacer el mal”.

Dios, después de todas estas pruebas, podía continuar diciendo lo mismo que la vez anterior. Y añadió. “es una lástima que me vayas empujando a hacerle daño para nada”.

Evidentemente, Dios no estaba de acuerdo con aquello de probar a Job. De algún modo se había visto obligado a ello por la maldad del demonio.

“No”, respondió el enemigo, “piel por piel. Un hombre está siempre pronto a dar todo lo que posee para conservar su vida. Deja caer tu mano sobre los huesos, sobre su carne. Veremos si no se vuelve contra ti y blasfema”.

Con estas palabras el demonio incitaba a Dios a probar la pureza del amor de Job para ver si realmente lo amaba por encima de todas las cosas, y de si mismo.

Las tres mujeres y David estaban preparados para amar a Dios, pero esperaban también sus dones. Todos pidieron algo. Incluso aquellos que intentan servir al Señor con generosidad esperan al menos una señal de reconocimiento. La pregunta que se nos plantea es: ¿Realmente amamos sólo a Dios, sin otra razón que porque Él es infinitamente amable?

Esto no significa que no valoremos el deseo de ir al cielo. Pero está tan lejos que a veces casi desaparece. Dios permite que esté enterrado durante algún tiempo, para que sus siervos alcancen la perfecta pureza de amor que no llega sino a través de una profunda purificación. Esta clase de pruebas no son tan frecuentes como pensamos. Dios selecciona para un trato especial a aquellos que él más ama, y no cesa hasta que ha cumplido su objetivo. El tremendo desafío de la vida cristiana consiste en que Dios está pronto para recorrer todo el camino de su entrega a nosotros si nosotros recorremos todo el camino de nuestra entrega a Él.

Volviendo a la historia de Job, los argumentos del enemigo impresionaron a Dios, y dijo: “Haz lo que quieras con él, pero no toques su vida”.

Entonces el enemigo salió de la presencia de Dios. Hirió a Job, un hombre completamente inocente. Para ser exactos: “Hirió a Job con una llaga de los pies a la cabeza, de modo que se vio obligado a sentarse en el estercolero y a rascarse con una teja”. Su mujer tampoco le ofreció consuelo.

“¿Todavía perseveras en tu inocencia? Mas te valdría maldecir a Dios y morir”.

“Hablas como una estúpida”, respondió Job, “¿Acaso debemos aceptar sólo lo bueno que Dios nos manda?”. Y también entonces Job guardó silencio.

Ocurre con frecuencia que cuando alguien está pasándolo mal, viene otro y le da donde más duele, o dice algo totalmente inoportuno. Pero eso forma parte del programa de ser especialmente favorecidos por Dios. Él cuida especialmente de ellos.

En cuanto a Job, Dios no sólo permitió que todo esto le ocurriera, sino que además le quitó todos sus amigos y le envió otros tres “amigos” para consolarle con piadosos discursos, que le acusaron de toda clase de males que nunca había cometido. En realidad se trataba de tres falsos amigos de los que Job acabó hartándose.

“Tened compasión de mí, al menos vosotros, mis amigos”, les suplicó. Es decir: “¡Por favor, dejadme solo!”.

El falso consuelo que le ofrecían hizo que Job perdiera la paciencia. La paciencia de Job es proverbial, aunque si estudiamos el texto veremos que sólo llega hasta el capítulo 2.

“La noticia de la desgracia que le había acontecido llegó a tres de sus amigos” y cuando fueron a verle, apenas pudieron reconocerle. “Gritaron muy alto y lloraron, desgarraron sus vestidos y echaron polvo en sus cabezas, y durante siete días y siete noches se sentaron en el suelo delante de él sin decir palabra. Y ninguno le dijo ni una palabra, porque el dolor era muy grande” (Job 2, 11-13).

¿Qué podían decirle a Job? Lo mejor era permanecer en silencio.

“Finalmente, Job rompió su silencio y maldijo el día de su nacimiento: “Maldito sea para siempre el día en que nací... ¡Ojalá hubiera sido el vientre mi tumba!... Ojalá hubiera muerto al nacer...Pues ahora estaría descansando y tranquilo, con los reyes y los notables de la tierra que se edifican soledades... ¿Para qué dar a luz a un desdichado, la vida a los que tienen amargada el alma, a los que ansían la muerte que no llega y excavan en su búsqueda más que por un tesoro, a los que se alegran ante el tumulto y exultan cuando alcanzan la tumba, a un hombre cuyo camino está cerrado y a quien Dios por todas partes cerca? (Job 3, 1ss).

El sufrimiento del inocente es un misterio. Quizá lo mejor sea aceptarlo así y no intentar explicarlo. Aparentemente, Job en sus quejas no mencionó a Satanás. Pasó a paso, material y espiritualmente como podemos ver en el texto si continuamos leyendo, al final le queda sólo una brizna de consuelo: que Dios es Dios, el Creador que puede hacer lo que quiera; y nadie tiene derecho a decirle: “No puedes hacerme esto”.

A medida que va aceptándolo, en silencio, la pureza de su amor aumenta. Al final, Dios hizo a Job el doble de rico (otro símbolo de la gracia interior de Dios) de los que era cuando empezaron para él todas estas pruebas.

LA MAYOR GRACIA DE JUAN

Nos hemos acercado a varios personajes del evangelio que han atravesado la crisis de la fe. Podríamos también mencionar a los que no pasaron por ella, pero fijémonos en los que lo hicieron. Son personas que han dejado los “pañales” espirituales, por decirlo de alguna manera, y han avanzado hacia la adolescencia. Es el momento de vestirse con la ropa adecuada a la edad espiritual de cada uno. Si nos fijamos en nuestra vida natural, nuestros comienzos son insignificantes. No sería razonable esperar unos inicios gloriosos al empezar nuestra vida espiritual. Debemos adaptarnos a estos humildes comienzos.

Mientras respondamos a los acontecimientos que trae la vida centrados en nosotros mismos, somos sólo principiantes abandonados a las mil y una emociones y reacciones que brotan en nuestro corazón de la mañana a la noche: esos sentimientos de enemistad, discordia, ira, odio, celos, envidia, impaciencia, timidez, desánimo, codicia. Es decir, mientras el orgullo, la ambición y la sensualidad dominan nuestra conducta.

Mientras estemos a gusto siendo principiantes, porque no podemos hacer otra cosa que empezar a diario, todavía podemos preguntarnos: “¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?” (Sal. 74, 9-10). A esta edad espiritual necesitamos una madre, y la devoción a la Virgen María ha demostrado ser una gran ayuda para la gente que atraviesa esta etapa. Necesitamos alguien que nos coja en brazos, que nos consuele, que nos enseñe a caminar, que nos levante cuando caemos y que seque nuestras lágrimas.

La respuesta de fe a los acontecimientos de la vida es señal de adolescencia espiritual. Dejamos de intentar resolver nuestros problemas emocionales por motivos egoístas, e intentamos resolverlos como los personajes que hemos visto en el evangelio. El triunfo nunca se consigue al cien por cien, sino que es cuestión de ir avanzando en medio de innumerables retrocesos.

En la crisis de la fe Dios nos pide dos sacrificios. Unos es el sacrificio del desierto, y el otro el sacrificio de la alabanza. Hemos visto ambos en los episodios que ya hemos descrito. El sacrificio del desierto es el sacrificio de soportar las tentaciones. Cuando experimentamos la rebelión de nuestra naturaleza, nos ofrecemos a Dios en un estado de debilidad, pobreza y aparente derrota. Es el sacrificio de servir a Dios sin entusiasmo, sin sentir que estamos consiguiendo algo – sólo la rutina diaria de las mismas tareas de siempre u de los mismos fallos de siempre.

El otro es el sacrificio de la alabanza, ejemplificado en las tres mujeres que conmemoramos en la fiesta de Santa María Magdalena, y en el himno de David, el Salmo 34. De vez en cuando, en la travesía del desierto, llegamos a un oasis, y durante unos momentos Dios nos permite experimentar su amor y ser conscientes de su ayuda divina. Cuando estamos agotados y no nos quedan más fuerzas, y ponemos toda nuestra esperanza en él; o cuando esperábamos fallar, y por una razón incomprensible, que sólo puede ser gracia de Dios, no ha sido así; entonces brota una ola de gratitud, a veces muy suave, y otras como una marea. Podemos llamarlo consolación, si queremos. Por lo menos es la consolación de no haber fallado, de no habernos rendido a la tentación y al pecado.

También Jesús pasó por el sacrificio del desierto. De hecho, fue en el desierto donde él experimentó la tentación. Se permitió sentir el lastre terrible de la debilidad humana. Eso le hizo gritar en su agonía que se apartara de él su pasión y su muerte. Nosotros también, en momentos de fervor, deseamos hondamente servir a Dios, y cuando llega el momento y el Señor nos ofrece el sacrificio del desierto, nos encontramos de repente ante una cruz que parece completamente por encima de nuestras fuerzas. Empiezan a temblarnos las rodillas y decimos al Señor: “¿No podríamos retrasar esto uno día – hasta que yo sienta un poco más de fuerza?”.

Él dice: “No mañana, sino hoy”. Si lo superamos, la consecuencia es esa profundización de la fe que procede que haber experimentado la ayuda de Dios cuando en verdad ya no contábamos con ella, y sin embargo, seguimos esperando contra toda esperanza.

Estos dos sacrificios son frecuentes en el proceso de crecimiento. Ciertamente necesitamos los dos. Necesitamos experimentar nuestra debilidad y necesitamos experimentar la fuerza divina una y otra vez antes de que podamos alcanzar la edad de la adolescencia espiritual.

Hay una gracia especial que está en conexión con el sacrificio de la alabanza, pero no es la misma que recibió María de Betania cuando estaba a los pies de Jesús, más absorta en Él que en sus palabras. Evidentemente, María estaba creciendo por dentro. Estaba recibiendo una mayor comprensión de los misterios que Él le enseñaba.

Pero hay aún una gracia mayor descrita en el evangelio de Juan (Jn. 13, 1-30). Jesús acababa de lavar los pies a sus discípulos. Fue un magnífico ejemplo de humildad, y debió producir una gran admiración en el corazón de Juan. Sin duda su amor por Jesús adquirió una mayor profundidad.

“Cuando Jesús dijo esto, se conmovió en lo más profundo de su alma, y con gran énfasis declaró: ‘En verdad os digo que uno de vosotros me va a traicionar’”.

Una vez más le vemos sufriendo con dolor, y no con alegría. Era el sacrificio del desierto que Jesús se permitió sentir, la agonía que todo ser humano siente cuando es traicionado por alguien a quien ama.

“Los discípulos se miraron unos a otros, sin tener idea de a quién se refería. Entonces uno de los discípulos, el que Jesús amaba, se reclinó en su seno. El seno es el hueco del tórax. De este modo, Juan tenía su oído pegado al corazón

de Cristo. Estaba lo bastante cerca como para escuchar su latido, su reacción al caer en la cuenta de la traición.

Podemos preguntarnos “¿Qué hizo Juan para estar así?”. En aquella época, cuando se reunían para cenar, se reclinaban apoyándose en el codo izquierdo. Así, no le fue difícil, puesto que estaba tan cerca, acercarse y reclinarse su cabeza en el pecho de Jesús.

Pedro quiso decirle algo a Jesús. Vio que Juan estaba en una posición en la que podía hablar con Él sin que nadie les oyera, y susurró: “Pregúntale a quién se refiere”.

“Entonces él, reclinándose sobre el pecho de Jesús le dijo: ‘Maestro ¿Quién es?’”

Ya lo hemos visto reclinado en el pecho de Jesús. ¿Cómo pudo llegar tan cerca? Quizá se apartó un momento para escuchar a Pedro. En cualquier caso, la postura de Juan es de lo más significativo. Vimos a una mujer pecadora lavándole los pies; vimos a María de Betania derramando el perfume sobre su cabeza; pero ahora estamos presenciando una gracia mayor. ¿Qué representa el pecho de Jesús? ¿Y qué significa apoyar la cabeza en su seno?

Sabemos que el seno de Abraham simbolizaba, para los judíos, la felicidad perfecta: intimidad, protección, seguridad y familiaridad. La intimidad, por lo tanto, es una de las características. En la parábola de Lázaro y el rico (Lc 16, 19-31) leemos que el pobre, Lázaro, fue llevado al seno de Abraham, donde era feliz. Es el lugar al que todos querían ir. Si el seno de Abraham es el paraíso ¿qué será el seno de Jesús?

Juan habla en otro lugar del Hijo único “que estaba en el seno del Padre”. Parecería que Juan, descansando en el seno de Jesús, era conducido por él al seno del Padre.

Pablo afirma que “Cristo es la cabeza de todo hombre... y Dios es la cabeza de Cristo (1 Cor. 11, 3). Al reclinarse Juan en el seno de Jesús, Cristo es verdaderamente su cabeza.

En aquel momento, los discípulos iban a recibir la eucaristía. En el cuarto evangelio, Juan va siempre un poco por delante de los demás en la captación espiritual. Quizá Jesús está enseñándole lo que de verdad significa la eucaristía: no se trata tanto de que Cristo entre en nosotros, cuanto de que nos adentre en Él. Cada vez que recibimos la eucaristía nos injertamos en sus ramas, y somos, en la vid, lo que Él es. En ese momento, Juan es como una ramita que está siendo injertada más profundamente en la Vid. Lo que él experimentó, no lo sabemos, pero es evidente que su posición le permitió conocer secretos que los otros no llegaron a conocer.

Jesús le revela tres cosas: la primera, quién va a traicionarle; la segunda, el gran amor que él tiene al traidor; la tercera, la agonía que su corazón está sufriendo con esta traición.

Jesús respondió: “Es aquel a quien dé un pedazo de pan mojado en salsa”.

Tradicionalmente, ese era un gesto de amistad. Podemos interpretarlo como el último intento, por parte de Jesús para mostrar su amor al traidor. Le mostró que sabía quien era y que a pesar de todo seguía ofreciéndole su amistad.

“Entonces mojó un pedazo, y con su misma mano se lo ofreció a Judas. Tras el bocado entró en él Satanás, y él salió y era de noche”.

Descansar en el pecho de Jesús no es perder el tiempo. Porque, como Jesús dice, “Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo”. Es un descanso un poco especial; no es un sueñecito. Es diferente del ocio, por muy santo que sea, del que María disfrutaba a los pies de Cristo. Es más bien la gracia de descansar en Dios independientemente de lo que uno haga. Es la gracia mayor, porque une la acción y la contemplación. Esta gracia de Juan, que es la gracia de Marta y María juntas, exige una mayor madurez espiritual.

Una cosa es ser capaz de rezar y de descansar en Dios cuando todo está en silencio y en paz. Otra es serlo cuando vamos corriendo para coger el tren de cercanías, o recogemos productos manufacturados en el extremo de una cadena de montaje. Es mayor gracia ser capaz de hablar como los demás y seguir descansando en Dios, que tener que parar de hablar con alguien para poderlo hacer con Dios. Es una gracia mayor que la de María, porque implica una mayor libertad de espíritu, una mayor intimidad con Dios. Nos lleva al umbral de la crisis de amor.

Juan simboliza además el dominio sobre nuestras mil y una pasiones. Están en calma porque la fe las ha conquistado. No es que no las sintamos más. Sino que el hábito de referirlo todo a Dios y de acudir a él en busca de refugio, junto con la experiencia de haber sido liberados, nos ha aportado una profunda estabilidad interior. Es el descanso del Sábado, simbolizado en el domingo, y del que el cielo es la plenitud.

“Dales, Señor, el descanso eterno”, reza la Iglesia por los que duermen en el Señor. Eso no significa que estén sentados bajo una palmera celestial. Significa la culminación de todos nuestros deseos y la posesión del objeto al que tienden, el Dios Trinidad.

El descanso que Juan simboliza en esta escena es el descanso de los que son activos en el amor, la forma más elevada de actividad accesible al ser humano en esta vida.

La plenitud del amor trae consigo el máximo descanso al mismo tiempo que hace posible el máximo de acción.

María, la madre de Jesús, es un ejemplo de esta gracia. Por eso, en la fiesta de la Asunción, en la liturgia cisterciense, se lee el evangelio de Marta y María (Lc. 10, 38-42). Como perfecta contemplativa, une en sí misma la capacidad de trabajar por Dios y de descansar en Él, que pertenece a los que han superado la crisis de la fe y del amor, y han entrado interiormente en el Sábado del Señor.

LÁZARO: SÍMBOLO DEL DESPERTAR CRISTIANO

La historia de Lázaro es una anticipación de la muerte y la resurrección de Jesús. Lázaro representa al hombre caído en el momento de ser levantado de la muerte del pecado a la vida de Dios mediante la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La enfermedad que Jesús permitió que Lázaro padeciera es el símbolo del falso yo del hombre, con todas sus debilidades, ignorancia, y orgullo, junto con todas las heridas grabadas en el inconsciente desde nuestra infancia hasta el momento actual. El significado profundo de este acontecimiento consiste en el hecho de que Lázaro sea levantado de la enfermedad y elevado a la vida del espíritu. La resurrección de Lázaro manifiesta plenamente el significado de la resurrección de Jesús, que restaura a la humanidad pecadora, no sólo en el amor divino, sino en su sobreabundante plenitud.

Jesús destaca el carácter especial de la enfermedad de Lázaro con estas palabras: “Esta enfermedad no es de muerte, sino para la gloria de Dios”. Esta actitud se manifiesta en la disponibilidad a morir al propio yo y a esperar con paciencia la resurrección interior, que sólo puede venir de Cristo.

I

Un hombre llamado Lázaro estaba enfermo. Estaba en Betania, el pueblo en que vivían María y su hermana. María era la que ungió los pies del Señor con perfume y los secó con sus cabellos. Lázaro, su hermano, estaba enfermo.

“Sus hermanas mandaron a Jesús un mensaje: ‘Señor, tu amigo está enfermo’.

“Cuando recibió la noticia, Jesús dijo: ‘Esta enfermedad no es de muerte, sino para dar a conocer la gloria de Dios. Mediante ella, Dios será glorificado’.

“Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. De modo que cuando oyó que estaba enfermo, se demoró dos días más en el pueblo en que estaba” (Jn 11, 1–7).

La enfermedad de Lázaro era una de estas enfermedades que Dios manda a sus amigos. ¿Qué pensaría Lázaro al ver que Jesús no venía? ¿Y sus hermanas, cuando veían que Lázaro se iba poco a poco debilitando? Habían mandado a Jesús un mensaje hablándole de la seriedad de la enfermedad de Lázaro. Sabían que Jesús amaba a Lázaro – y que *las* quería. Él mismo había convertido su casa en una especie de apeadero en sus muchos viajes a

Jerusalén, y en lugar de descanso después de haber enseñado en el templo durante el día. El mismo Juan, al relatar este acontecimiento, parece asombrado de que Jesús no se diera prisa en acudir enseguida. Escribe, como disculpándole “Es verdad que se demoró” – como diciendo “Tengo que aceptarlo” – “dos días más después de haber recibido el mensaje”. Parece que no tuvo en cuenta la petición de su amigo y la angustia de las hermanas. Al quedarse donde estaba dos días más, no sólo dejó que la enfermedad se agravara, sino que Lázaro muriera e incluso empezara a corromperse. Lázaro llevaba cuatro días en la tumba cuando Jesús llegó.

¿Cuál es esa misteriosa enfermedad que cae sobre los que Jesús ama de manera especial? Es el reconocimiento del falso yo, que incluye todos los malos hábitos que han ido tejiendo nuestra personalidad desde que empezamos a existir. Incluye también el daño emocional que hemos podido recibir desde nuestro nacimiento, por la manera como hemos sido educados, y por el ambiente en que hemos vivido; todo el daño que otras personas nos han hecho, sabiéndolo o no, en una edad en la que aún no podíamos defendernos; todas las técnicas que hemos adquirido, muchas de ellas inconscientemente, para evitarnos el dolor de situaciones insufribles. Toda esta miseria humana constituye una parte significativa del sufrimiento de esa enfermedad.

En realidad, Lázaro siempre había estado enfermo, aunque sin ser consciente de ello. La enfermedad consistía en hacerse *consciente* de que estaba enfermo, y, al dejar que siguiera su curso, acabar con la muerte de su falso yo. Sólo entonces podía Dios, mediante el poder del Espíritu Santo, levantarle a la plenitud de la vida, que es el fruto (en este caso anticipado) de la muerte y resurrección de Cristo.

El episodio de Lázaro que cae enfermo y muere está en la misma línea de los textos de la Escritura que expresan los sentimientos de los amigos de Dios cuando se enfrentan a la experiencia del pecado. Aunque no hayan contribuido personalmente a él, experimentan en sus vidas el peso del pecado original y de sus consecuencias. Esta pobreza es el objeto de la acción purificadora de Dios en ellos y en nosotros. La luz divina empieza a brillar en nuestras almas con tal intensidad que somos capaces de percibir claramente hasta qué punto estamos enfermos.

Si estamos en penumbra en una habitación que parece bien barrida y ordenada, y alguien asciende cincuenta bombillas de mil vatios, la habitación empezará a “gritar”. Esto es lo que acontece interiormente cuando Dios le da al interruptor de su luz interior. Entonces, quien se creía gran amigo de Dios empieza a pensar si alguna vez ha oído siquiera hablar de Él. Job describe su experiencia con estas palabras: “¿Por qué ocultas tu rostro y me tienes como enemigo tuyo? ¿Quieres asustar a una hoja que se lleva el viento destrozándome como una paja seca? Pues escribes contra mí tus amargos fallos, me imputas las faltas de mi juventud; pones mis pies en cepos, vigilas todos mis pasos y mides la huella de mis pies” (Job 13, 24-28).

En esta enfermedad coinciden dos extremos: la luz de Dios y la miseria humana. El alma se derrite en la presencia de Dios. Se siente derribada y clama

con las palabras del Salmo 69: “¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello! Me hundo en el cieno del abismo sin poder hacer pie; he llegado hasta el fondo de las aguas y las olas me anegan. Estoy exhausto de gritar, arden mis fauces, mis ojos se consumen de esperar a mi Dios” (Sal. 69, 1-5)

Quizá el aspecto más doloroso de esta experiencia es la confrontación entre la majestad de Dios y la pobreza espiritual de la persona que se va haciendo consciente de hasta qué punto está enferma. Jonás vivió esta experiencia en forma de rechazo, cuando rezó en el vientre de la ballena: “Me habías arrojado en lo más hondo, en el corazón del mar, una corriente me cercaba: todas tus olas y tus crestas pasaban sobre mí. Yo dije: ¡Arrojado estoy delante de tus ojos!” (Jon. 2, 4-5),

Otro síntoma característico de esta enfermedad es la convicción de estar castigado, encarcelado, abandonado y que Dios rehusa escuchar los gritos desesperados de quien pide ayuda. Citando al profeta Jeremías: “Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor: él me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Contra mí solo vuelve él y resuelve su mano todo el día. Mi carne y mi piel ha consumido, ha quebrado mis huesos. Ha levantado contra mí en asedio amargor y fatiga. Me ha hecho morar en las tinieblas, con los muertos de antaño. Me ha emparedado y no puedo salir; ha hecho pesadas mis cadenas. Aun cuando grito y pido auxilio, él sofoca mi súplica. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos” (Lam 3, 1-9).

Esto es lo que sintió Lázaro cuando comprendió que Jesús podía haber venido y curarle, y no lo hizo. La enfermedad había seguido su curso, para poder cumplir su objetivo, porque no hay otra manera de que éste se cumpla que no sea pasar por ella. Esta es la razón por la que “Jesús se quedó dos días más en el lugar donde estaba” sabiendo que Lázaro estaba enfermo.

Lázaro, depositado en el sepulcro – y empezando a corromperse – es la imagen más vívida de la experiencia espiritual de los que sufren esta purificación, aparentemente olvidados y abandonados por Dios.

II

Jesús estaba al otro lado del Jordán. Recibió el mensaje de las dos hermanas: “Señor, tu amigo está enfermo”, y según parece, no hizo caso a esta humilde súplica. Cuando los otros discípulos se interesaron por Lázaro, Jesús replicó: “Lázaro, nuestro amigo, duerme”. Después comunicó su muerte a los discípulos con estas palabras: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis. Vamos, vamos ahora a verle”.

Cuando Jesús llegó a Betania, se encontró con la situación que él mismo había provocado dejando morir a Lázaro. Escuchó la súplica de Marta y vio llorar a María. Sus lágrimas hicieron que su corazón se conmoviera y sus ojos se inundaron de lágrimas. Se conmovió en lo más profundo de sí. En Pentecostés, la

casa en la que los discípulos estaban reunidos fue zarandeada por un viento muy fuerte. Este estremecimiento de Jesús en lo más profundo de sí mismo fue también un movimiento poderoso del Espíritu, que estaba a punto de inundar el alma de Lázaro, lo mismo que ocurriría después con la casa donde estaban reunidos los discípulos.

Sacudido por esta profunda emoción provocada por el Espíritu, Jesús se dirigió hacia la tumba. “Estaba excavada en la roca y una gran piedra le cerraba la entrada. Jesús dijo: ‘Quitad la piedra’.

‘Maestro’, dijo Marta, la hermana del difunto ‘ya huele, porque lleva cuatro días enterrado’”. Su fe empezaba a flaquear. Rápidamente, Jesús acudió en ayuda de Marta con esta magnífica promesa: ‘¿No te he dicho que si tienes fe, verás la gloria de Dios?’. Esa gloria es la plenitud de la salvación.

Los que estaban presentes consiguieron quitar la piedra de la entrada del sepulcro. Jesús rezó a su Padre. La tarea sublime de recrear un ser humano requiere la cooperación de la Fuente de toda vida. “Padre, te doy gracias porque siempre me escuchas, pero digo esto por el bien de estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado”.

Jesús experimentó en su interior otra fuerte sacudida del Espíritu, y gritó con voz fuerte, anticipando su grito en el Calvario: “¡Lázaro, sal fuera!”.

No “Sal”, sino “Sal fuera”. Sal fuera de tu vida vieja, que se parece a la muerte, a una vida que es totalmente nueva. Mientras los presentes miraban, “el que había estado muerto durante cuatro días salió dando tumbos, con las manos y los pies atados con vendas, y con un sudario sobre su cabeza”.

Jesús les dijo: “¡Desatadlo, y dejadlo andar!”.

Todo el que soporta de verdad su propio pecado, soporta el pecado, soporta el pecado de todos los demás, y el mundo se redime una vez más por él. Ha muerto la muerte más importante, que es la del falso yo. Cuando la muerte física llegue, será, como la de Cristo, una muerte redentora.

Todos tenemos un corazón endurecido por el egoísmo. Esto está simbolizado en la piedra que Lázaro tenía sobre su tumba. Cuando se ha experimentado el peso de esta piedra, ya no se puede seguir juzgando a los demás. Se comprende demasiado íntimamente la aplastante carga de la debilidad, de la ignorancia y del pecado con la que cada ser humano se debate.

III

En la historia de Lázaro hay dos cosas que conviene subrayar: las consecuencias de la oración de María de Betania, y las consecuencias de la enfermedad y la muerte de Lázaro. El poder de la oración de María de Betania cuyas lágrimas impulsaron a Jesús a resucitar a su hermano después de llevar tres días enterrado, llama especialmente la atención, porque fue precisamente la resurrección de Lázaro lo que desencadenó los acontecimientos que llevaron a la crucifixión de Jesús, y de este modo a la redención del mundo. Marta acudió a

suplicar a Jesús, pero no ocurrió nada. María hizo lo mismo, con las mismas palabras, y Él fue inmediatamente al pueblo y realizó el milagro. La resurrección de Lázaro hizo que los fariseos decidieran dar muerte a Jesús. Todos los acontecimientos de la vida de Jesús están vivos en la Iglesia y conservados a lo largo de los tiempos para ser actualizados una y otra vez generación tras generación. Cristo sigue vivo, especialmente en los sacramentos de la Iglesia, donde comparte con nosotros los dones que recordamos en el evangelio. Jesús pudo haber llegado a la muerte por otros caminos. Pero eligió dar el paso final que le llevaría inevitablemente a ella y a la redención del mundo, gracias a las súplicas de esta mujer – no por la actuación de ninguno de los apóstoles.

Este hecho hay que ponerlo en paralelo con las consecuencias de la enfermedad y la muerte de Lázaro. Si él no hubiera aceptado la muerte, no habría podido ser levantado de entre los muertos gracias a la oración de María de Betania. Por eso, la muerte de Lázaro tenía el mismo significado y llevó a las mismas consecuencias que la oración de María. Ambas son manifestaciones del modo cómo acontecen las cosas en la economía de la salvación divina.

La enfermedad y la muerte de Lázaro están presentes a gran escala en el mundo de hoy. El mundo moderno yace bajo un persistente sentimiento de angustia, de estar abandonado por Dios, o experimentando su ausencia. Esta sensación de ausencia de Dios se caracteriza por la pérdida del sentido de la vida y la consecuente soledad, vacío y desconcierto que acecha al hombre moderno. En el mundo occidental estamos viviendo lo que se ha llamado la era post-cristiana. Para comprender lo que esto significa para innumerables personas, basta con leer la vida de alguien como Malcom X. Los cambios culturales se suceden con tal rapidez y urgencia que pocos son los que pueden integrarlos en sus experiencias pasadas o en las tradiciones de las que preceden. Desvinculado de sus raíces, y abandonado a lo que parecen fuerzas incontrolables de cambio político y social, el mundo moderno experimenta una sensación creciente de condena que se cierne sobre él.

Esta sensación tiene que reflejarse en la Iglesia. Dios llama a los cristianos a entrar en la agonía de nuestros tiempos, y a estar dispuestos a compartir, corredentoramente, la misma experiencia psicológica de estar alejados de Dios.

Cuando Jesús, al escuchar la oración de María, resucitó a Lázaro, muchos creyeron en Él. Este es el poder de los que están dispuestos a soportar las consecuencias del pecado en cualquier época histórica en que les toque vivir. En la nuestra, las consecuencias del pecado son ciertamente enormes. Lo mismo que la sensación de alejamiento de Dios es muy profunda en el mundo de hoy, también tiene que serlo la participación en esta experiencia. Los acontecimientos que parecen trastocar completamente nuestra vida forman parte del plan redentor de Dios, si encontramos gente como María y como Lázaro para cooperar con su misterioso designio. La suya es una clase especial de pobreza, una pobreza tan intensa y tan total que sólo la palabra *muerte* puede describirlas.

IV

Lázaro es el símbolo de la consciencia creciente del propio pecado que acaba con la muerte del falso yo. El camino hacia este sepulcro es una gran gracia; de él va a salir mucho más. Pero el camino hacia el sepulcro es también un desafío a la fe. Si alguien disfruta de la certeza de la cercanía de Jesús, no podemos hablar de enfermedad ni de muerte. Para que sea auténtica, hay que tener la sensación de la ausencia de Dios; el concepto que uno tiene de Dios debe ser zarandeado. Ese es el síntoma más importante de la enfermedad. Lázaro, cuando estaba muerto, no era consciente de todo lo que estaba ocurriendo fuera de su tumba. No sabía que había una muchedumbre de plañideras allí reunida, ni que Jesús había venido por fin, ni que estaba tan cerca de él.

La oscuridad, la humedad, la falta de aire en la cámara funeraria son símbolos de la situación psicológica de Lázaro y de sus sentimientos más profundos. La gran piedra que cerraba la tumba significa la sensación de estar encerrado y prisionero ¿Qué ocurre cuando se mueve la piedra?

Un rayo de luz disipa inmediatamente las tinieblas. Nunca agradecemos tanto el amanecer como cuando llega tras una noche pasada en la más completa oscuridad. Una ráfaga de aire fresco penetra en la tumba, liberándola de su ambiente sofocante. Entra el calor, que seca las paredes húmedas y suaviza el frío. En su terrible sensación de encerramiento, Lázaro empieza a sentir cierto alivio. La esperanza se va abriendo camino. Su deseo de libertad aumenta. Su amor a Dios se aviva. Pero esto es sólo el principio – el primer movimiento de la vida divina, cuando empieza a despertar del atontamiento de la muerte espiritual.

Entonces suena el fuerte grito de Jesús, que Lázaro oye en lo más profundo de su ser – un sonido que hace que las paredes de su prisión se derrumben. Ser llamado por el propio nombre, como lo fue María Magdalena (Jn 20, 11ss), no consiste tanto en escuchar la voz de Cristo con los oídos, cuanto en saber, en lo más profundo de uno mismo, con una convicción inquebrantable, que Dios nos conoce por completo, por dentro y por fuera, y sigue amándonos. Esto es lo que todos deseamos oír, y queremos verificar una y otra vez. Somos llamados por nuestro nombre cuando nos acontece la seguridad interior de su amor. Esta certeza penetra todo el ser humano, su cuerpo, su alma, su espíritu.

Lázaro despierta a la plena consciencia del amor que Dios le tiene, al derramarse el Espíritu en su espíritu por la voz de Jesús. Se levanta, abandonando su modo ramplón y puramente humano de mirar las cosas. Sus primeros pasos – porque estaba todavía atado de manos y pies – sólo podían ser inseguros y vacilantes. Normalmente, el despertar a la vida divina no tiene lugar en un instante, sino gradualmente.

Lucha por llegar hasta la abertura de la gruta. Su mirada se encuentra con la de Jesús. Espera el abrazo de aquél a quien ya está interiormente unido. La resurrección interior de Lázaro no es completa hasta que no se le otorga la gracia suprema “¡Desatadlo y dejadlo andar!”. Estaba allí, en la abertura de la tumba, “atadas las manos y los pies, y su cara cubierta con un sudario”.

¿Cómo tenemos que entender este “desatadle”? Significa la liberación de toda muerte y de todo sepulcro. La fuerza de Jesús sustituye a su debilidad. Su espíritu está alerta a cada movimiento del Espíritu dentro de él. Ya no es el espíritu humano el que le conduce, sino el Espíritu Santo, que se ha adueñado de todas sus facultades.

TERCERA PARTE

LA FORMACION
DEL DISCIPULO

PEDRO: LA FORMACION DEL DISCIPULO

El relato de la preparación de Pedro para su misión se escribió para los que quieren ser apóstoles de Jesucristo y desean saber cómo llegar a ello. Podemos aprender mucho del modo cómo Jesús fue formando a sus primeros discípulos, convirtiéndolos en apóstoles. Pedro es el que mejor retratan los evangelios. Por ese motivo me voy a fijar en él y en el trabajo que Jesús llevó a cabo con él.

I

Pedro era un tipo normal. Tenía un pequeño negocio de pesca en el mar de Galilea. Vivía con su suegra, un dato que indica qué buena persona era. Su esposa probablemente había fallecido. El evangelio no lo menciona. Pedro era impetuoso y rebosaba fogosidad, tenía su miguita de ambición, le gustaba ser un pez gordo (o al menos el centro de atención), era autoritario en su manera de hablar y de hacer las cosas, era un líder, y sufría a causa de una ristra de defectos. No pretendo, desde luego, dejar a Pedro por los suelos. Lo que pretendo explicar es que, cuando Cristo decide elegir a alguien como nosotros y hacer algo con él, eso es cosa suya y no nuestra. Es Él quien tiene el máximo interés en ello, y es Él quien va a llevarlo adelante - ¡y a pesar de nosotros!

El evangelio es como un espejo en el que, si lo miramos de cerca, vemos lo que Dios va haciendo en nosotros a lo largo de la vida. En los encuentros de Jesús con las personas que acudían a él, y a lo largo de la relación con los discípulos, vemos ejemplos y símbolos del modo en que nos encontramos con Él y de cómo Él se relaciona con nosotros y nos va transformando. Esto apenas ha cambiado con la Ascensión. Sólo se ha hecho más fuerte.

Fijémonos en la llamada a los primeros discípulos. Jesús había vivido oculto durante treinta años. Nadie sabía quién era, ni siquiera Juan Bautista. A Juan se le había anunciado que reconocería al Mesías, el Hijo de Dios, cuando viera una paloma que descendía sobre él. Era la única señal.

Juan tenía sus propios discípulos; Andrés, el hermano de Pedro, y Juan, el discípulo amado, fueron antes discípulos suyos.

Cuando tuvo lugar el bautismo de Jesús y Juan vio cómo la Paloma descendía sobre él, como se le había anunciado, comprendió que Jesús era el Hijo de Dios. Empezó a lanzar indirectas a sus discípulos: “El Mesías, el Hijo de Dios, el que todos estábamos esperando, ha llegado”.

Un día Juan estaba con sus discípulos en su lugar habitual del Jordán, cuando Jesús pasó por allí. Fijando su mirada en Jesús, y asegurándose de que sus discípulos le oían, dijo: “¡Mirad! ¡Ahí está el cordero de Dios!”.

Cuando ellos oyeron esto y miraron a Jesús que pasaba, se quedaron fascinados. Empezaron a seguirle por la orilla del río, casi sin saber por qué. Naturalmente, Jesús miró hacía atrás, para ver qué pasaba – a nadie le gusta que le sigan – y les dijo: “¿Qué queréis?”

No supieron qué contestar. Les dio vergüenza de que los hubiera pillado siguiéndole. “¿Dónde vives?”, contestaron, a falta de algo mejor que decir.

Él respondió: “Venid y lo veréis”. Lo siguieron. Él, amablemente, los invitó a su tienda, y pasaron el resto del día con Él.

Reflexionando sobre esta experiencia mucho más tarde, cuando escribía el evangelio, Juan recordaba aún la hora exacta del encuentro: “Era la hora cuarta”. Aquel momento de su vida, en el que por primera vez se encontró con Cristo, quedó tan grabado en su memoria que nunca lo olvidó, estaba tan indeleblemente grabado que hasta al final de su podía precisar el momento exacto.

Esto puede pasarnos también a nosotros en algún momento de nuestra vida. Podemos estar atravesando la ciudad en un taxi, meciendo las piernas en el borde de una piscina, o leyendo un libro; podemos incluso estar en la iglesia – no importa. En algún momento, si Cristo nos busca – y eso es lo importante – Él nos hace conscientes de que quiere que hagamos algo por él – algo importante. Dice algo así como “¿Qué te parece? ¿Quieres ser mi discípulo?”.

En cuanto Andrés y Juan encontraron a Jesús, quedaron tan encandilados que quisieron hablar de él a sus amigos y a familiares. Andrés se lo contó a Pedro, y en la primera ocasión se lo presentó a Jesús.

Cuando Jesús se encontró con Pedro, le miró muy atentamente y dijo: “Tú eres Simón (así es como lo conocían), hijo de Juan, pero te llamarán Cefas (que significa Pedro)”.

“Pedro” es un mote: significa “Roca”. Fijémonos en lo humano que era Jesús – la primera vez que se encontró con este pescador grande y fornido, le dijo “¿Qué, Roca! ¿Cómo estás?”.

¿Por qué Jesús llamaría a este hombre “Roca”? Quizá porque era un matón. Quizá por su terquedad; o quizá por la forma de su cabeza. En cualquier caso, el mote debió llamar la atención de sus amigos, porque se le ha conocido así hasta nuestros días. Bajo la gran cúpula de la basílica de San Pedro, en Roma, escrita con letras de medio metro de altura, encontramos la leyenda *Tu es Petrus* – tú eres roca.

Algunos podrían argüir que el mote profetizaba que un día Pedro sería la piedra fundacional de la Iglesia. Desde el punto de vista humano, sin embargo, Pedro era lo menos parecido a una roca. Era tan inestable, tan impetuoso, tan poco de fiar. Nadie le llamaría “Roca” refiriéndose a una piedra fundacional. Es más probable que el incidente sea una muestra del sentido del humor de Jesús. Pretendería gastar una broma, lo mismo que los amigos llaman “Flaco” a un gordo. En cualquier caso, los discípulos estaban encantados. Jesús los atrajo con su manera tan agradable y acogedora de acercarse a ellos, poniéndose a su nivel.

II

Jesús buscaba a Pedro. Este es el dato fundamental en todas las vocaciones. No son muchos los que escuchan a Jesús la primera vez diciéndoles “Ven y sígueme”, y lo dejan todo para seguirle. En los sinópticos así lo *parece*, pero recordemos que los sinópticos son *kerigma*, es decir, una especie de catecismo, una síntesis de las enseñanzas de Jesús, que lo apóstoles predicaron a comunidades concretas. No pretendieron contar todos los detalles. Si estudiamos los evangelios detalladamente veremos que los discípulos tuvieron una relación muy cercana con Jesús y presenciaron muchos milagros antes de comprometerse con Él. Ya le habían tratado bastante cuando Él les pidió que se comprometieran. Así es como funciona normalmente todo lo humano. Los evangelistas sintetizan cuando dicen solamente: “Jesús vio a los hijos de Zebedeo en la barca, los llamó, y ellos inmediatamente dejaron las redes y le siguieron”.

Es cierto que le siguieron aquel día. Pero si pensamos en un compromiso permanente, es claro que hizo falta una mayor convicción y mucho más tiempo.

Jesús andaba tras Pedro. Quería hacer algo de él. Un día que Jesús pasaba por la orilla del lago de Galilea, donde Pedro tenía su negocio, y lo llamó, Pedro lo siguió, y a partir de entonces empezó a tratar a Jesús con más frecuencia y más largamente. Empezó siguiéndole en sus recorridos. Le vio convertir el agua en vino en las bodas de Caná. O sea, que cada vez se iban conociendo más.

Un día Jesús llegó a Cafarnaum, el pueblo de Simón Pedro, y fue a *su* casa. Esta elección tuvo su importancia. Era un pueblo pequeño. Sabemos lo que significa cuando alguien importante – y Jesús empezaba a ser conocido – viene a tu pueblo, y se aloja en tu casa. Eso tiene consecuencias.

Pero había un pequeño problema con el servicio. La suegra de Pedro estaba en cama con fiebre. Jesús la tomó de la mano y la curó, para que pudiera atender a los huéspedes. Pedro valoró sin duda aquella manera tan rápida de solucionar el problema. Mas tarde, al final del día todos los vecinos del pueblo, y los de los alrededores, trajeron a los enfermos a la puerta de la casa. Jesús los curó a todos. Para un vecino de un pueblo pequeño, todo esto era muy halagüeño. Pedro empezaba a ser importante, y a interesarse más por Jesús.

Entonces Jesús se marchó silenciosamente al desierto para pasar toda la noche en oración. Probablemente estaba cansado de tanta actividad. ¿Quién iría a buscarlo? Pedro, naturalmente. Sus cualidades de líder empezaban a manifestarse. Seguramente que hoy Pedro sería presidente del Rotary Club local.

Parece que los jefes del pueblo se reunieron y decidieron enviar una delegación de los vecinos más importantes para conseguir que Jesús volviera. Había hecho tantos milagros...El pueblo, de repente, había adquirido mucha fama” ¡No podemos dejar que este hombre se marche!”.

Puesto que Jesús había hecho aquel milagro en la casa de Pedro, había comido allí, y había curado a los enfermos que estaban en la puerta, los vecinos decidieron que Pedro era el más indicado para ir a buscar a Jesús y traerlo de vuelta. O quizá fue el mismo Pedro quien dijo: “Esto es cosa mía”. En cualquier caso, Pedro estaba al frente de la delegación que fue “en busca de Jesús”.

Pedro salió al desierto para buscar a este hombre y traerlo de vuelta. Encontró a Jesús rezando. Cuando se volvió para saludar a Pedro, sus ojos debían tener una expresión de curiosidad. Pedro, perdiendo un poco de su ímpetu, exclamó: “Todo el mundo te está buscando”. La respuesta de Jesús fue sorprendente: “Vamos a otro sitio”.

“*Vámonos*”, es decir, tu y yo, “a otro sitio”. Es decir, “No me importa que la gente me busque. Lo que me interesa es que *tú* me busques”. Se parece a aquella otra vez, un poco más adelante, en que Jesús llamó a sus discípulos y les preguntó: “¿Quién dice la gente que soy yo?” y tras varias respuestas, les preguntó más directamente: “Y vosotros ¿Quién decís que soy?”.

Jesús le estaba diciendo a Pedro: “Ya se que estás entusiasmado conmigo. Ya sé que quieres que vuelva. Pero tienes un montón de motivaciones que no me importan. Lo que me interesa eres tú, Pedro, como persona, no lo que toda esa gente quiere que yo haga.

III

Un día estaba Jesús predicando cerca de la orilla del lago. Cada vez se agolpaba más la gente, de manera que apenas podía respirar. Había varias barcas amarradas a la orilla. Jesús se subió a la de Pedro y predicó desde allí. Cuando terminó de predicar, dijo a Pedro: “Vamos más adentro, y que tus hombres echen las redes para pescar”.

Fijémonos en la delicadeza de Jesús. Pedro no era jefe de un gran negocio, y cuando más adelante presumió “Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido” fue un camelo. Él sólo tenía dos barquitas y un par de hombres contratados. Pero Jesús se dirigió a él como si se tratara de un gran empresario: “Dile a tus hombres que echen las redes”.

Pedro refunfuñó. Era un buen pescador y sabía lo que hacía. “Maestro”, dijo, “Tu eres un rabino. No creo que sepas mucho de pesca. Primero, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada. Además, los peces de este lago no pican durante el día”.

Es decir: “Tu sabes de lo tuyo, y yo de lo mío... Sin embargo, para darte gusto, volveremos a echar las redes”.

Pedro, amablemente, condescendió a la petición de Jesús. Los hombres se pusieron a remar, llegaron al centro del lago, y echaron las redes. Asombrosamente, inmediatamente empezaron a tensarse. Entonces empezaron a tirar de ellas. La barca se escoró hacia un lado. Los hombres gritaron a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Juan y Santiago estaban faenando con ellos. Se dieron prisa en llegar. Había una cantidad tan extraordinaria de peces que las redes casi se rompen. Al final, las dos barcas estaban llenas de peces que les faltó poco para hundirse. ¡Era un milagro que llamaría la atención a cualquier pescador! – especialmente después de haber estado toda la noche trabajando sin pescar nada.

Cuando Pedro vio lo ocurrido, no podía creerlo. De repente se arrojó a los pies de Jesús. Estaba acostumbrado a dar órdenes a los dos o tres hombres que tenía contratados, y a su suegra. Dijo bruscamente, “¡Señor, sal de mi barca, porque soy un pecador!”. Estaba tan excitado y tan aturdido que no sabía lo que decía.

“La admiración se había apoderado de él, así como de los que estaban con él, a causa del número de peces que habían cogido”.

Este hecho acabó de decidir a Pedro. La milagrosa redada de peces fue la llamada decisiva para convertirse en discípulo de Jesús. Fue el gesto que le tocó el corazón, que se adecuaba a su manera de ser, a las circunstancias de su vida, y hasta a su profesión. Fue el momento de la gracia.

El evangelio nos cuenta que cuando llevaron las barcas a la playa Pedro, Santiago y Juan abandonaron todo y se hicieron discípulos suyos. En este momento se convirtieron en seguidores a tiempo completo. Antes, le habían seguido de vez en cuando, y durante unos días. A partir de este momento, Jesús empezó a enseñarles en su escuela de formación apostólica. Fue un verdadero noviciado. Jesús trabajó en la formación de los discípulos durante los dos o tres años siguientes, con muchos fracasos, y también con muchos éxitos.

IV

Entre los milagros que ocurrieron después, el de la resurrección de la hija de Jairo, una niña de doce años, resulta especialmente impresionante. Cuando Jesús supo que ya había muerto, dijo a su padre: “No tengas miedo. Sólo ten fe en que se salvará”.

Jesús siempre pedía fe a los que no la tenían, y cuando la encontraba en alguien, la alababa.

Cuando Jesús llegó a casa de la niña, no permitió que nadie entrara excepto Pedro, Santiago y Juan. Echó fuera a las plañideras y tomando a la niña de la mano, la levantó. El haber sido testigo de un milagro tan asombroso fue importante para Pedro.

Un poco después, Jesús eligió doce apóstoles de entre sus discípulos y les encargó la misión, les dijo que fueran a todos los pueblos y aldeas que Él pensaba visitar. “Os doy poder para expulsar demonios y para curar a los enfermos”, les dijo. “Decidles que el reino de los cielos está cerca”.

Ellos salieron en misión. Echaban demonios a montones; curaban todo tipo de enfermos; fue un éxito aplastante. Estaban encantados con su actuación, y con los resultados de su misión.

En cuanto volvieron, Jesús los reunió, para tener algo de intimidad, y los llevó a un lugar tranquilo para descansar y rezar. Cuando se tranquilizaron, les dijo: “No os alegréis tanto de los poderes milagrosos que habéis ejercido, sino alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos”.

Así suavemente, apaciguaba su entusiasmo por todo lo secundario. Lo principal era que sus nombres estaban escritos en el cielo, que viene a ser como “Habéis sido llamados por mi Padre. Eso es lo importante. Os quiere. Todo eso tan estupendo que habéis hecho está bien. Pero no os entusiasméis demasiado con ello”.

Después tuvo lugar el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Alrededor de Jesús se había reunido una multitud enorme. Se estaba haciendo tarde, y los apóstoles estaban preocupados. “Tendríamos que mandar a esta gente a su casa”, dijeron.

Pero Jesús replicó: “No, dadles el pan y los peces que tenéis”.

Los discípulos empezaron a repartir el pan y se asombraron al ver que el pan y los peces se multiplicaban en sus manos. Hoy hablamos de participar activamente en la liturgia, pero aquello fue participar activamente en un milagro. Podemos imaginarnos cómo estaba Pedro. Después de haber sido elegido para ver cómo la niña resucitaba; después el éxito en la misión de los apóstoles, ¡ahora esta participación activa en el milagro! ¡Debía estar flotando! Este fue sin duda uno de sus períodos “en alza”.

V

A Jesús le gusta alternar las rachas malas y las buenas. Así que poco después llegó una mala racha. Podemos llamarla “el remojón de Pedro”. Quizá Jesús pensó que la mejor manera de apaciguarle era mandarle a nadar.

Después del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, Jesús se retiró a la montaña a orar. Los discípulos se fueron en la barca y, siguiendo sus instrucciones, se dispusieron a cruzar el lago.

“Jesús les obligó a ir por delante de Él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente, y se fue a rezar solo. A última hora de la noche, se acercó a ellos, caminando sobre las aguas”.

Cuando vieron a alguien caminando por encima del mar, tuvieron miedo. Gritaron “¡Es un fantasma!”.

Él les dijo; “No temáis. Ánimo. Soy yo”.

Y he aquí que la visión venía hacia ellos, caminando sobre el agua. Y ellos estaban en la barca, zarandeados por las olas. Jesús les dijo “No tengáis miedo”, y esas palabras resonaron como una trompeta en el orgullo de Pedro. “¡Señor, dime (una vez más en tono de mando) que vaya hasta ti sobre las aguas!”.

El Señor le dijo: “Ven”.

Pedro salió de la barca, con los ojos fijos en Jesús, y empezó a caminar hacia Él. ¡*Estaba* andando sobre las aguas!

De repente empezó a sentir la fuerza del viento ¡Se asustó! Se fijó en aquellas olas enormes. ¡Estaba aterrorizado! Empezó a hundirse. Pero tuvo suficiente presencia de ánimo para gritar: “¡Señor, sálvame!”.

Eso era lo que Jesús esperaba. Inmediatamente agarró a Pedro de la mano y le sacó del agua. Jesús subió a la barca, mientras los otros ayudaban al pobre y empapado pescador. Pedro parecía una rata ahogada. Este cambio de papeles, de pescador a pez, debió resultarle bastante humillante, especialmente delante de los amigos.

En este episodio, Jesús nos da una buena lección de acompañamiento espiritual. Hay personas a las que no se les puede decir nada. Sólo aprenden por experiencia. Si alguien intenta decirles: “Mira, si golpeas la cabeza contra esa piedra, te saldrá un chichón, y tendrás una jaqueca, por esto y esto...” – no escucharán. Se les puede dar toda clase de razones, desde las ciencias hasta la teología, pero no se fiarán. La única manera de aprender es que se estrellen contra la piedra, sientan el chichón, y les de la jaqueca. A partir de entonces asentirán, pero no antes.

Los amigos de Pedro estaban encantados con su desconcierto. No dudaron en recordarle que era un buen pescador, pero no un pez.

Jesús podía haberle dicho: “Mira, Pedro, por lo que más quieras, tranquilízate ¿quieres? Quédate en la barca como los demás”. Pero en vez de eso, Jesús le hizo caso y le dijo: “Ven”.

Cuando Pedro se secó la cabeza, y quizá las lágrimas, Jesús le dijo: “Pedro, ¡Qué poca fe tienes!”. Este reproche implica que Pedro *podría* haber caminado sobre las aguas – lo mismo que Jesús. Al señalar la poca fe de Pedro, Jesús le hizo reflexionar sobre su motivación. Quizá no quería tanto a Jesús como pensaba, quizá el motivo de salir de la barca no era el amor. Si hubiera sido ese el motivo, había tenido éxito. Pero él pretendía ser más que nadie; o, dicho de otro modo, intentaba ir por delante de la gracia e impresionar a sus compañeros. Y por eso Jesús le dejó fracasar delante de ellos.

Eso es lo que nos pasa cada vez que empezamos a destacar más de la cuenta o intentamos llamar la atención. Jesús deja que subamos un poco, y luego nos damos de

cabeza. Entonces llega el momento de rezar, de reconocer honradamente nuestro fallo, y de esperar la gracia sanadora de Dios.

Cuando llegaron a la orilla, la multitud a la que Jesús había dado milagrosamente de comer estaba esperándoles. Para responder a sus preguntas, Jesús pronunció un largo discurso sobre la fe y la eucaristía, que provocó división entre la gente. Muchos decidieron apartarse de Jesús. Juan nos cuenta que Jesús se volvió hacia los discípulos y les dijo: “¿También vosotros os vais a marchar?”

Ellos respondieron: “No, nosotros te seguiremos”. Pedro era el portavoz. Jesús valoró este voto de confianza, porque incluso algunos de sus discípulos le dejaron, y se volvieron a sus casas. La enseñanza de Jesús sobre la eucaristía era demasiado para ellos.

De vez en cuando, tenía lugar una crisis en la vida de los discípulos de Jesús, y tenían que tomar una decisión. Este fue uno de esos momentos importantes y decisivos, y Pedro estuvo donde debía.

VI

Por entonces ocurrió algo que preocupó a los discípulos, y especialmente a Pedro. Jesús había criticado severamente a los líderes de los judíos, o sea, a los peces gordos. “Esos fariseos son guías ciegos... Serán arrancados y echados fuera”.

Los discípulos se acercaron a Jesús después de una de estas críticas, y se quejaron: “Mira, Señor, a los fariseos no les gusta lo que dices. Si quieres que te acepten como Mesías ¿no te parece que sería mejor no hablar tan claro?”.

Los discípulos habían invertido mucho en el éxito político de Jesús. Pensaban en el Mesías como en una especie de héroe nacional, y de rey. Estaban preocupados por su futuro. Jesús intentaba continuamente romperles aquellos esquemas tan estrechos, pero ellos no se enteraban de los que Jesús les decía. En realidad, esta falta de comprensión era una característica suya. Marcos nos dice que después de la milagrosa multiplicación de los panes y de los peces y del discurso sobre la eucaristía, la mente de los discípulos “estaba embotada”. No entendían lo que aquello significaba.

En una ocasión, cuando Jesús pensó que el momento adecuado, se volvió a Pedro y le preguntó: “¿Quién dices tú que soy yo?”.

La gente hablaba de Jesús. fue en este momento cuando Pedro hizo su gran acto de fe: “¿Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo!”.

Jesús le recompensó diciéndole: “Pedro, sobre ti edificaré mi Iglesia”.

Fue una magnífica promesa, ciertamente mayor que la promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob. Pero Jesús dijo: “Sobre ti edificaré mi Iglesia”. No dijo “Te entrego ahora mi Iglesia”.

Dándose cuenta de que Pedro empezaba a sentirse importante, añadió rápidamente: “No digas nada a nadie sobre esto”. A Pedro le hubiera gustado convocar a la prensa. Tenía el secreto deseo (no tan secreto para los demás) de ser la mano derecha del Mesías. Estaba convencido de que eso era lo suyo. Cuando Jesús comprendió que Pedro se estaba tomando su misión futura demasiado en serio, desde el punto de vista meramente humano, empezó a hablar a Pedro y a los discípulos de su pasión y muerte.

“desde entonces, Jesús empezó a decir claramente a los discípulos que era necesario que subiera a Jerusalén, que sufriera a manos de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los escribas, que muriera y que a los tres días resucitaría”.

Con otras palabras, su reino se establecería, no mediante el poder político, la ambición, o el prestigio, sino a través del sufrimiento y de la cruz. Pedro tenía que cambiar sus ideas sobre el colegio apostólico.

VII

Pedro seguía preocupado por la actitud de los escribas y los fariseos – las cosas no marchaban demasiado bien en aquél área de la opinión pública. La escena siguiente es verdaderamente asombrosa. Nos muestra la confianza y la camaradería de los discípulos con Jesús. Porque, por increíble que parezca, Pedro llamó a Jesús para “enseñarle”. Esto es lo que nos dice el Evangelio: “Pedro tomo a Jesús aparte y empezó a reprenderle” - ¡al Hijo de Dios!”

Le dijo: “Señor, esto de ir a Jerusalén y de ser crucificado – no creo que sea una buena idea. Los escribas y fariseos están descontentos al ver cómo van las cosas, y se han sentido ofendidos por tu críticas. Ahora hablas de ser crucificado. ¿Qué va a pasar con el reino mesiánico? ¿Qué va a pasar con *nosotros*?”. *¿Que va a pasar con Pedro!*

Y su admonición final fue “¡Que Dio no lo permita, maestro!... Por favor, ¡no hablemos más de sufrimiento!”.

Aunque acababa de hacerle jefe de los apóstoles, el Señor se volvió muy enfadado y dijo: “¡Apártate, Satanás!”. ¡Menuda bronca! Los demás discípulos lo oyeron y temblaron. Jesús lo dijo lo bastante alto como para que todos lo oyeran. Descargó sobre Pedro toda su indignación, porque en este momento Pedro estaba entrometiéndose en algo esencial al reino, la voluntad del Padre. Porque sin cruz no hay salvación. Jesús estaba dispuesto a obedecer sus órdenes – hasta cierto punto – pero no en algo esencial. “¡Quítate de mi vista!”

“Satanás” – es la palabra más dura que pudo dirigirle – “Eres un tropiezo para mí”.

Podemos imaginar a Pedro empezando a encogerse. “No piensas como Dios, sino como los hombres”.

Jesús sabía cómo reñir para poner a cada uno en su sitio, desde el más importante hasta el más pequeño. Cuando nos hemos salido del terreno que nos corresponde, no lo hace saber de una forma inconfundible.

Esta humillación debió ciertamente dolerle a Pedro. Las palabras de Jesús le habían atravesado como una espada de dos filos, hasta el fondo del corazón. No hubo nada que las suavizara.

Pero Jesús no se quedó contento con aquello. Se volvió hacia los demás discípulos, dispuesto a despedirlos a todos si no aceptaban la doctrina de la cruz.

“Mirad”, les dijo “si alguien quiere seguirme, que se niegue a sí mismo y que cargue con la cruz. Sólo entonces puede ser mi servidor. Quien se preocupa de conservar su vida, la perderá. Quien libremente la pierde por mí, la salvará para siempre. ¿Qué provecho saca un hombre si gana todo el mundo, pero pierde su alma?

En esta ocasión, Jesús le dio a Pedro donde le dolía. Pedro estaba apabullando de verdad. Necesitaba un poco de consuelo. Fijémonos en cómo reacciona Jesús. Le ha reñido de verdad, y ahora le va a proporcionar un gran consuelo. Cuanto más bajo caemos, más subimos.

VIII

Entonces tuvo lugar el acontecimiento de la Transfiguración – una consolación desbordante para cualquiera. Una vez más, Jesús llamó a Pedro, a Santiago y a Juan y subieron a una montaña alta. Jesús se transfiguró delante de ellos. La gloria escondida en la hondura de su alma empezó a inundar su cuerpo. Su rostro brillaba como el sol, y hasta sus vestidos brillaban como la nieve. De repente Moisés y Elías aparecieron junto a Él, hablando de su muerte que iba a tener lugar en Jerusalén. Naturalmente, los apóstoles estaban fascinados con aquella visión. La belleza inundó sus sentidos y sus corazones de emoción. Querían acampar en el monte, y disfrutar el gozo de la consolación que parecía penetrar hasta la médula de sus huesos.

Pedro, como siempre, tenía que decir algo. Callarse no era de sus virtudes: “Señor, es bueno quedarnos aquí contigo. Si quieres, haremos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”.

Muy acogedor por parte de Pedro, sugiriendo ese alojamiento para Jesús y sus huéspedes, que nadie le había pedido.

Mientras estaba todavía hablando, una nube luminosa los envolvió, y sonó una voz: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Escuchadle”.

Cayeron rostro en tierra, temblando, vencidos por el asombro. Un momento después, Jesús se acercó a ellos. Estaban todavía aterrorizados y no se levantaban. Pero cuando Él les tocó y les dio unas palmadas en el espalda, miraron hacia arriba y sólo le vieron a Él.

El resplandor de la visión debió haber sido impresionante. Cuando bajaban de la montaña, Pedro empezó a recuperarse de su asombro y de su temor. Pensaba lo estupendo que sería contarles a los demás la magnífica visión que acababan de tener. ¡Cómo lo valorarían por aquel privilegio!

Jesús se volvió y les dijo: “Quiero añadir una cosa, Pedro. No contéis a nadie esta visión hasta que yo haya resucitado de entre los muertos”

Jesús estaba siempre refrenando la exuberancia de Pedro, pero lo hacía de una manera que nunca lo aplastaba.

IX

Pedro tuvo una de sus rachas “en alza” después de la Transfiguración. Por eso corría el peligro de una nueva y dolorosa caída. Jesús aprovechó la ocasión para hacer una prueba: habló por segunda vez de su pasión. Mientras que atravesaban Galilea, les dijo: “El Hijo del

Hombre va a ser entregado a manos de los hombres. Ellos lo condenarían a muerte, pero al tercer día resucitará”.

Todos estaban muy preocupados. Esta vez Pedro no hizo ningún comentario. Había aprendido la lección y guardó silencio. Pero le esperaba otra humillación.

Jesús y sus seguidores entraron en Cafarnaum y se les acercó un recogedor de impuestos. Interrogó a Pedro, que se presentó como portavoz, y le preguntó: “Vuestro Maestro ¿no paga el impuesto del templo?” (Evidentemente, todo el mundo pagaba el impuesto del templo). Rápidamente Pedro respondió: “Por supuesto que sí. Nosotros siempre pagamos los impuestos. ¡Somos ciudadanos cumplidores de la ley!”. Cualquier mancha sobre el maestro era también una mancha para Pedro.

Cuando entro, y antes de que dijera ni una palabra. Jesús le llamó aparte: “Quiero decirte una cosa, Simón. ¿Qué te parece, a quien cobran impuestos los reyes de la tierra, a sus hijos o a los extraños?”.

Pedro empezó a sentirse incómodo con esta conversación. Jesús era el Hijo de Dios. Obviamente, su padre era el dueño del templo. Como Hijo de Dios, era claro que no tenía que pagar impuestos en la casa de su Padre. Pedro tuvo que responder de la única manera posible: “A los extraños”.

Jesús prosiguió: “Entonces los hijos están exentos”

Es decir: “¿Quien te crees que eres, comprometiéndote a pagar el impuesto del templo?”

De nuevo Jesús hizo una pregunta para que Pedro profundizara en sus motivaciones y se preguntara los “por qué”. Era como pillarle en cueros. Percibimos su defecto dominante, el respeto humano, el fallo que más tarde le llevaría a negar a Jesús tres veces.

Primero Pedro dijo “lo correcto” para agradar al recogedor de impuestos. Después dijo “lo correcto” para agradar a Jesús. Esto le puso en un dilema: “He dicho que mi maestro paga el impuesto. Pero ahora veo que Jesús no tiene que pagar el impuesto...”

Pedro estaba empezando a sudar. Estaba en boca del lobo. Una vez más, había abierto la boca demasiado pronto. Debería haber ido primero a consultar a Jesús. No estaba encargado de nada. Eso era lo que Jesús quería que comprendiera. Jesús le había dicho: “Pedro, sobre ti edificaré mi Iglesia”, es decir, en el futuro. Jesús no le había encargado de nada aquel día. De manera que el pobre Pedro estaba disgustado.

Jesús amablemente lo sacó del atolladero. “Sin embargo”, continuó diciendo, y nos podemos imaginar a Jesús sonriendo, “no debemos escandalizar a nadie”, poniendo el dedo en la llaga del problema de Pedro. “Esto es lo que puedes hacer. Ve al mar, echa el anzuelo, y coge el pez que pesques. En su boca encontrarás una moneda para pagar el impuesto. Llévasela al recogedor de impuestos, y paga por ti y por mi”.

Estas palabras desbordan sentido del humor y una suave ironía. Ante todo, Pedro era un buen pescador con red, pero no con anzuelo. Tenía que ir a la orilla, poner cebo en el anzuelo, echarlo al mar y sentarse a esperar. Y a medida que pasaba el tiempo se le hacía más obvio que el gran pez que pescaría tendría en su boca la cantidad de dinero que hacía falta para pagar. Los otros discípulo, que le habían seguido hasta la orilla para que qué hacía, no escatimaron una palmada en el hombro para felicitarle. Así de deliciosamente humano era Pedro, y también Jesús.

X

A continuación Pedro entra en una racha baja. Los hijos de Zebedeo pensaron que había llegado la ocasión de formular sus reclamaciones. Convencieron a su madre para que le pidiera a Jesús que les diera un puesto importante en el reino mesiánico que estaba cerca. De modo que la madre de los hijos de Zebedeo se acercó y se postró delante de Jesús, diciéndole: “Te tengo que pedir un favor”.

Jesús le dijo: “¿Qué quieres?”.

“Concedemos que estos dos hijos míos se sienten contigo en tu reino, uno a la derecha, y el otro a la izquierda”.

Podemos imaginarnos cómo se les calentaría la sangre a los demás discípulos. “¡Estos dos hijos de.....!” ¿Y había alguno más enfadado que Pedro, al ver a sus dos primeros compañeros intentando hacerse con los dos puestos principales del reino?

Jesús no respondió a la mujer. Se volvió hacia los muchachos: “Mirad ¿Os dais cuenta de lo que pedís? ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?”

Una y otra vez en el evangelio Jesús pregunta intencionadamente. Normalmente, no les dice a las personas que se equivocan, o que cometen una estupidez. Les hace una pregunta que les obliga a pensar en sus motivaciones profundas, y a juzgar por si mismos.

Los hijos de Zebedeo replicaron: “Si, podemos”.

Y el comentario de Jesús fue: “Mi cáliz si lo beberéis, pero lo que me pedía, no os lo puedo conceder, porque esos sitios los ha reservado mi Padre para los que Él quiera”.

De este modo, Jesús, suave, pero firmemente, los puso en su sitio.

Entonces los otros discípulos se indignaron contra los dos hermanos. Y Jesús les dio una lección importante sobre el ejercicio de la autoridad en su reino. “El que quiera ser importante entre vosotros, debe ser vuestro servidor, y el que quiera ser líder entre vosotros que sea esclavo de todos”.

Es decir, “No tenéis ni idea de lo que significa ocupar el primer puesto”.

XI

Como Pedro seguía un poco “en baja”, Jesús le dio un empujoncito. Le envió a preparar la cena pascual. Los acontecimientos se precipitaban, y Jesús tenía que pasar su amarga pasión. Seleccionó a Pedro para aquella tarea, pero para que no se creyera que era el centro del mundo, mandó a Juan para ayudarle. De manera que Pedro y Juan salieron a preparar la cena.

Cuando todo estuvo preparado y con todos reclinados a la mesa, Jesús interrumpió la cena para lavar los pies de sus apóstoles. Una vez más vemos a Pedro en su defecto dominante. Jesús quiere dar ejemplo. Quiere hacer algo por Pedro y por los demás. Quiere servirles. Va pasando delante de cada uno, lavándoles los pies. Cuando llega a Pedro, éste dice: “¡Oh, no! ¿Lavarme tú a mí los pies? ¡Nunca!”. Es su manera habitual de hablar sin pensar.

Jesús le dijo suavemente, pero con firmeza: “Lo que yo hago tú no lo entiendes. Pero ¿haces el favor de dejar que te lave los pies? Lo entenderás poco a poco”.

Hay mucha gente como Pedro. No se puede hacer nada por ellos. Son siempre ellos los que hacen algo por los demás. Pero a veces el Señor quiere hacer algo por nosotros. Quizá no sabemos por qué lo hace, pero es seguro que lo hace por algo.

Jesús avisa: “Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo”.

Y entonces Pedro pasa de un extremo al otro: “¡Lávame la cabeza, las manos, todo!”

Si uno de nosotros hubiera sido Jesús, creo que hubiéramos cogido la palangana y...Jesús permaneció tranquilo, aguantando a Pedro, y finalmente consiguió lavarle los pies.

Durante la última cena hubo otra pelea sobre quién iba a ser el más importante. Incluso en los últimos momentos de la vida de Jesús, los discípulos parecían incapaces de meterse en la cabeza qué significaba en verdad el discipulado.

Jesús intenta prepararles para su marcha, y para su pasión, pero sin éxito. Son como niños pequeños alrededor de su padre, que intenta explicarles una tragedia familiar. No entienden, es demasiado para ellos. Jesús continúa haciendo lo posible para explicarles su marcha, pero finalmente tiene que rendirse. Mas arde entenderán.

Él les había avisado: “Seréis probados en la fe, porque está escrito: Golpearé al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero cuando resucite de entre los muertos (fijémonos que siempre les anima, les da esperanza), iré delante de vosotros a Galilea, y allí me veréis”.

Otra vez Pedro habló: “Aunque todos pierdan la fe en ti, yo no desfalleceré”.

Así es Pedro, en lo mejor de su ímpetu. Es como un enorme misil a punto de despegar de la rampa de lanzamiento con una gran humareda y una gran explosión – pero no pasa nada; se queda en el suelo, fracasado.

Jesús contestó: “Tengo que ser sincero contigo, Pedro. Esta noche, antes de que cante el gallo, me vas a negar tres veces”.

Pedro dijo: “Aunque muera contigo, nunca te abandonaré”. Confía en si mismo, bastante seguir de su propia lealtad, en vez de confiar en la ayuda y en la protección de Dios. Durante el ministerio de Jesús en la tierra, nunca aprendió la lección. Y Jesús le dejó. Pedro tendría que aprender por experiencia.

XII

Durante la pasión de Jesús, Pedro no sólo se quedó dormido en el huerto, sino que tampoco le sirvió de ayuda ni de consuelo. Hasta hizo un disparate, que molestó a Jesús, cortando la oreja del siervo del sumo sacerdote. Después huyó mas tarde apareció, en el Pretorio, calentándose junto a una hoguera. Cuando la criada le interrogó y porfió con él, negó a Jesús, una, dos y tres veces. La tercera vez, la criada le dijo: “Tú eres uno de ellos. Tu mismo acento te traiciona”.

A voces, jurando, y sudando – no había olvidado cómo hacerlo – Pedro gritó: “¡No tengo nada que ver con ese hombre!”.

Este es el gran Pedro, el que iba a ser la mano derecha del Mesías; el que iba a morir por Él; el que iba a hacer toda clase de cosas por Jesús; el que “lo había dejado todo para seguirle”. La suerte estaba echada. Inmediatamente, cantó un gallo. ¿Qué gong sonaría en los oídos de Pedro! Recordó la predicción del Maestro, “Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces”. Salió fuera y lloró amargamente. En el relato de Lucas se nos dice que al pasar Jesús sus miradas se encontraron, y Pedro salió y rompió en sollozos.

Pensemos cómo se sentiría Pedro cuando Jesús le miró a los ojos. Fue la hora más oscura de su vida. Por primera vez comprendió: “No soy digno de ser discípulo ni un minuto más. Salió y lloró. Comprendió por primera vez que por sí mismo no era nada; sólo un fracasado, una música celestial. Una sola mirada del Señor....

Cuando Jesús quiere de verdad hacer algo de nosotros nos mira como miró a Pedro. Nos hace ver en las profundidades de nuestro corazón y percibir todo el mal escondido en él. En el momento en que Jesús miró a Pedro, arrancó de él todas sus pretensiones y sus ganas de aparentar.

Jesús tuvo que seguir sólo, sin ayuda de Pedro ni de los demás apóstoles. Tenía que continuar la obra de la redención y entregar su vida por ellos. Sólo cuando todo hubo pasado empezaron ellos a recuperarse, y sólo porque Él los reanimó.

Pedro, a causa de su triple negación, estaba en la más honda de sus depresiones. Con su comprensión habitual y conmovedora, en la primera aparición después de la resurrección, Jesús le envió a Pedro un mensaje especial, al decirle a las mujeres junto a la tumba vacía: “Id a comunicar a los discípulos y a Pedro, que he resucitado”. A medida que Pedro revivía, era un nuevo Pedro, escarmentado, más prudente.

XIII

En lo que respecta a Pedro, la aparición más importante de Jesús después de la resurrección tuvo lugar junto al lago Tiberíades. Jesús les había dicho a los discípulos: “Id a Galilea. Allí nos veremos”. De modo que se marcharon a Galilea, y se sentaron junto al lago, esperando. Esperaron y esperaron algún tiempo más. Finalmente se cansaron de esperar. Pedro, más inquieto que los otros, anunció: “Voy a pescar”. Como si dijera: “Es absurdo estar aquí sentados esperando más tiempo – no ocurre nada”.

Los otros dijeron: “De acuerdo. Vamos contigo”. Subieron a la barca, remaron hacia dentro del lago, y empezaron a pescar.

La noche se les echó encima. Se hizo tarde, cada vez más tarde. No pasaba nada. Fue una de aquellas noches perdidas – un símbolo vívido de lo que sentimos cuando hemos estado rezando durante mucho tiempo y no ha ocurrido nada. Pedimos y pedimos, pero no tenemos respuesta. Estuvieron toda la noche en el lago. Su frustración y su enfado crecían a medida que pasaba la noche.

Hacia el amanecer, un hombre apareció en la orilla y les gritó: “Muchachos ¿habéis pescado algo?”

Se miraron unos a otros cada vez más enfadados. “¿Quién se cree ése que es?” cualquiera debería saber que los pescadores no están fuera a esas horas si han pescado algo.

Ellos le respondieron: “¡No!”

Sin molestarse por la respuesta cortante a su amistoso saludo, el hombre gritó otra vez: “¿Por qué no echáis la red al otro lado de la barca? A lo mejor pescáis algo”.

No tenían nada que perder, así que echaron la red al otro lado de la barca, e inmediatamente se llenó de peces. Este conjunto de circunstancias es notablemente parecido al descrito en la ocasión en que Pedro fue llamado al discipulado.

Juan al instante, reconoció al hombre, y dijo a Pedro: “¿Es el Señor!”.

Juan, el discípulo amado, tenía la capacidad de percepción que procede del amor, e inmediatamente reconoció a Jesús. Esa es la característica de la fe viva. Penetra los acontecimientos de la vida y reconoce en ellos a Cristo.

Pedro, como era de esperar, saltó al agua y nadó hasta la orilla. Jesús dijo: “Todo está preparado”. Cariñosamente, había empezado a freír algunos peces para los hambrientos pescadores. Dijo a Pedro: “¿Por qué no vas y cuentas los peces? Y después me traes algunos de los que habéis cogido”.

Mientras tanto, los otros se fueron acercando. Trajeron los peces a la orilla y estaban clasificándolos.

El evangelio dice que “Se reunieron alrededor de Jesús para desayunar”. Él los había invitado, diciéndoles: “Venid a comer”. Pero ninguno se atrevía a preguntarle quién era. Ya sabían quien era.

Su comida con Jesús se parece a la eucaristía. No hay intercambios externos, pero si una verdadera comunicación, un intercambio totalmente interior y demasiado profundo para expresarse en palabras. Jesús los va preparando poco a poco para una nueva forma de presencia que ellos todavía no conocen, y que les será dada mediante la efusión del espíritu Santo en Pentecostés.

XIV

Cuando acabaron de desayunar, Jesús llamó aparte a Pedro. Caminaron juntos por la playa. Jesús le echó el brazo por encima. Pero el corazón de Pedro estaba ahogándose.... Quizá pensaba: “Bueno, llegó el momento. Negué al Señor tres veces. Ahora va a recordármelo, y a decirme que Juan me va a reemplazar como jefe”.

La experiencia de esta confrontación inevitable había estado pesando en la mente de Pedro. En las apariciones que preceden a ésta, Pedro no dice ni una palabra. Estaba demasiado humillado después de su triple negación como para decir algo. Sabía que había fallado, y que era normal que Juan le reemplazara. Él, Pedro, no valía nada. Era lógico que Jesús buscara alguien mejor. Nadie había hecho nada peor que él: negar al Señor tres veces.

Jesús había permitido aquellos tres pecados para que Pedro se conociera a sí mismo. Ahora pretendía completar su obra. Así que dijo a Pedro, llamándolo por su nombre y hablándole de un modo muy formal: “Simón, hijo de Juan ¿me amas?”

Pedro respondió: “Señor, tu sabes que te quiero”. Pero no utilizó la palabra que el Señor acababa de pronunciar. La palabra que Pedro empleó significaba el amor de una persona por otra, el amor humano.

Fue la primera vez que Pedro puso toda la carne en el asador. Lo único que podía decir es que amaba al Señor como un amigo ama a un amigo. No pretendía nada más.

El Señor contestó: “Apacienta mis corderos”.

A primera vista, es como si el Señor estuviera ofreciendo a Pedro una oportunidad de reparar por sus tres negaciones con un acto de amor. Pero mirándolo más de cerca, lo que ocurría era más profundo. El Señor, mediante estas preguntas inquisitivas, cruciales, estaba literalmente levantando a Pedro, y conduciéndolo a un abismo de humillación a otro. Las humillaciones anteriores no tenían ni comparación con ésta. Le hablaba a Pedro al corazón, apuntando a lo más precioso y profundo – su amor por Él – y cuestionándolo. Estaba deliberadamente dudando de él.

“Dijo por segunda vez, ‘Simón, hijo de Juan, ¿de verdad me amas?’”.

Una vez más Jesús hablaba de caridad, de amor desinteresado. “¿Me amas como yo he demostrado amarte al morir por ti, y como yo os mandé que os amárais los unos a los otros?”.

Pedro no quería correr ningún riesgo, de manera que respondió usando las mismas palabras que antes: “Te quiero con todo mi amor humano”.

Jesús responde: “Se pastor de mi rebaño”.

Pedro se va haciendo consciente de que está siendo reinstaurado como cabeza de los apóstoles. ¡Pero a qué precio! ¡El de la humillación más profunda! Este era el objetivo de la formación de Jesús: humildad. Sólo ella conduce al amor del que Jesús habla.

Por fin llega la última pregunta: “Simón, hijo de Juan (y aquí utiliza el Señor las mismas palabras de Pedro) ¿de verdad me quieres – hasta con tu cariño humano? ¿Eres de verdad mi amigo?”. Esto debe haberlo dolido. Es decir “¿Estás seguro de tu cariño por mí?”. O de nuevo “¿De verdad que me quieres?”.

Pedro está espiritualmente desnudo delante de Jesús en su pobre y maltrecha humanidad. No puede ofrecer nada más que lo que Jesús le da. Jesús le recompensa por cada nueva humillación, al aceptarla él, con una nueva vuelta de tuerca de la gracia, confirmándole en su vocación única como “Roca”, convirtiendo su montón de arena en un sólido bloque de granito sobre el que edificar su Iglesia.

El evangelio dice que Pedro “se entristeció” de que Jesús le preguntara por tercera vez “¿Me amas?”.

Pedro gritó desesperadamente: “Señor, tu sabes todo”, apelando al conocimiento divino que Jesús tenía. Pero entonces, como si temiera el juicio divino, vuelve a apelar a su conocimiento humano, repitiéndole por tercera vez: “Tú sabes (aunque sólo sea humanamente) que te quiero.

Es una afirmación formulada todavía con palabras que expresan el afecto humano, como diciendo: “¿No crees en mi pobre amor humano por ti?”.

Totalmente humillado ante Jesús, y ante los que estaban con Él. Pedro oyó a Jesús que le decía: “Apacienta mis ovejas... Te hago jefe de los apóstoles por tu pequeñez, que ahora aceptas plenamente. E voy a conceder el amor heroico que no te atreves a expresar. Un día darás de verdad tu vida por mi”.

Las últimas palabras de Jesús a Pedro son idénticas a las primeras que le dirigió hacía mucho tiempo: “Sígueme”.

Eran las mismas palabras de Jesús cuando le llamó estando en la barca. ¡Pero qué diferencia! ¡Qué profundidad de sentido habían adquirido a lo largo de los años! La misma voz, las mismas palabras. Los oídos que escuchaban eran los mismos. Pero el corazón había

sido transfigurado. También nosotros empezamos a seguir a Jesús una y otra vez, sin importarnos cuánto hayamos avanzado.

Así es el gran apóstol que Jesús modeló con sus propias manos. Y Jesús nos toma de la mano con la misma suavidad y con la misma firmeza, y nos lleva en la misma dirección. Lo que en definitiva Él pregunta a cada apóstol no es lo que ha hecho, sino si le ama.

“¿De verdad me quieres?”. La respuesta de Pedro a esa pregunta es lo que le constituye en apóstol.